

A woman with long dark hair, wearing black lace lingerie, is shown from the back. A man's hands are visible, unzipping her top. The scene is dimly lit with blue and red ambient lighting.

NICOLÁS
HYDE

EL
NOVA
DEL
PLACER



«PERVERSAS PASIONES»

EL ENCANTO DEL PLACER

S E R I E :

« P E R V E R S A S P A S I O N E S »

NICOLÁS HYDE

Copyright Nicolás Hyde

©2024

All rights reserved.

ISBN: 9798343019261

Sello: Independently published

Imagen de portada por VitalikRadko.

Se prohíbe la distribución total o parcial de este libro. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor.

Los hechos narrados a continuación son producto de la imaginación del escritor y, en ningún momento se trata de normalizar actos violentos, solo es un relato perteneciente al Dark Romance Erotic, por lo que se recomienda discreción.

ADVERTENCIA:

Este libro contiene material destinado exclusivamente a lectores adultos. El relato erótico presente en estas páginas explora temáticas y situaciones de naturaleza sensual y sexual, con descripciones detalladas de encuentros íntimos, palabras y expresiones malsonantes.

Es importante destacar que todos los personajes involucrados en estas historias son mayores de edad, y las escenas de contenido explícito que se narran están basadas en el mutuo acuerdo y consentimiento de los protagonistas. Aunque algunas situaciones puedan presentar un tono más intenso o rudo, todos los actos son consensuados.

Se recomienda a los lectores que sean sensibles a contenido sexual explícito, o aquellos que no cumplan con la edad legal para consumir este tipo de material, abstenerse de continuar la lectura.

La finalidad de este libro es proporcionar una experiencia literaria adulta. Por favor, leed con responsabilidad.

SINOPSIS

Después de sucumbir ante otro hombre mientras su marido observaba impotente, Camila no puede dejar de revivir esa noche en la que fue dominada por un mafioso que despertó cada rincón de su lujuria sin límites ni reparos. Nunca imaginó que la infidelidad podría encender su cuerpo de manera tan intensa, pero ahora tiene algo claro: jamás volverá a ser la misma.

¿Logrará Camila sofocar el incendio que la consume o caerá una y otra vez en la tentación de entregarse a otros hombres?

Una historia de pasión y lujuria que retará la mente y el cuerpo, explorando el placer prohibido de la infidelidad.

CAPÍTULO 1

El sonido de las agujas del reloj taladró sus tímpanos. Tic tac, tic tac. Cada vez más fuerte, creando un eco espectral que rebotó en su mente y le hizo recordar las largas horas que pasó a su lado, esos instantes en el que su cuerpo fue consumido por el calor de sus músculos, de su vigorosidad.

Espiró con desánimo y se giró para acomodarse en la cama.

Sin querer, su vista se concentró en su marido, Marcos, que estaba profundamente dormido a su lado, recostado sobre su costado, con los párpados cerrados, la boca entreabierta y una mano debajo de la almohada, estirando los dedos hacia su parte de la cama, como si esperase tocarla.

La sensación sofocante que acrecentó el ruido de las agujas del reloj echó raíces en su pecho a medida que descubría el cuerpo de su pareja. Algo en su interior se removió como una serpiente parasitaria y, ante los latidos erráticos de su nervioso corazón, se giró y sent  en la cama, despacio para evitar que los goznes del colchón la delataran. No quería despertar a Marcos, alertarlo, que supiera que no estaba bien.

Cerró los párpados y se abrazó las piernas con los brazos, encogiendo las rodillas y llevándolas contras sus turgentes tetas que tenía marcadas gracias a los labios masculinos que la lamieron, mordieron y succionaron por mucho más tiempo del que era capaz de recordar.

Tragó saliva y se humectó los resecos labios con la punta de la lengua.

No importaba cuántas vueltas le diese a su situación actual, cuántas veces repasara en su cerebro lo que hizo, las veces en las que se corrió frente a su esposo.

Negó con la cabeza y se mordió el pulgar. El calor sonrojó su rostro y su cabello la cubrió cuando se encogió en su lugar.

 C mo fue capaz?,  c mo transgredió sus sagrados votos matrimoniales? De qué le sirvió adorar a su marido por tantos años, aguardar el toque de sus manos pese a que su cuerpo demandaba diferentes atenciones, para que todo terminase de la misma manera. Fue una sucia zorrita, se comportó como una putita ansiosa de devorar la masculinidad de un hombre del que ni siquiera sabía su nombre, porque s , ni esa atención tuvo. Pese a que pasó horas y horas con él, pese a que durmió a su lado, desnuda, envuelta en sus suaves sábanas, con su cuerpo casi encima del fibrado mafioso, nunca le dijo su nombre, en cambio, la obligó a llamarle «amo» durante esos momentos en los que la foll  sin censura, con fuerza, incluso más de la que creyó soportar. S , delir  en sus brazos, se estremeció hasta el punto de casi perder la consciencia, pero  a qué costo?

Después de fornicar como conejos frente a Marcos, tras correrse tres veces dentro de su coño y dejarla chorreando sobre la cara de su marido cuando la alzó una vez más en brazos y la perforó por última vez dentro de la celda, se la llevó del sótano hacia la planta superior. Ni siquiera le importó vestirla, así como estaba, con su polla insertada dentro de su sexo, la sacó de la celda en la que dejó atado a Marcos y se la llevó, escaleras arriba, hacia una inmensa habitación.

Varios hombres trajeados, que dedujo pertenecían a la seguridad de la mansión, la miraron con lascivia, sin que al «amo» le importase más que tomarla del culo y penetrarla más hondo con cada paso que dio.

Sí, se abrazó a su cuerpo y trató de esconder su rostro en la curvatura de su cuello, pero las miradas incendiaron su piel y, antes de que llegara a la habitación, ya se había corrido como una desgraciada, enfrente de todos los hombres que la devoraron con apetito, a pesar de que no la tocaron.

Ser observada... No quiso pensar en ello, en la sensación que le hizo perderse por varios segundos. El mafioso se rio en su cara cuando se detuvo frente a todos y dejó que alcanzara el nirvana y chorrease sobre el suelo como una vulgar zorrita. Los gruñidos de aquellos machos, la forma en la que el «amo» la folló al meterse a su cuarto y dejarla caer en la cama... ¡Dios! Definitivamente no quería recordarlo.

Ese último orgasmo... la dejó fuera de combate, hasta que fue arrastrada, varios minutos —si no es que horas— después hasta una tibia bañera que olía exquisito y que revitalizó sus músculos adoloridos. Por supuesto, el hombre con la mirada más oscura que vio alguna vez, es decir, su captor, la ayudó a limpiar el sudor y los fluidos que humedecían su piel.

Sus manos grandes y vigorosas fueron gentiles. En ese instante, la vulnerabilidad se hizo con su psique y no pudo evitar que la necesidad de tocarlo, de sentirlo de una forma diferente, la hiciera girarse y lavarlo con cariño, besarlo como solo sabía besar a su marido y rendirse ante las pupilas dilatadas y oscuras del mafioso que se quedó quieto y aguardó cuando ella se subió a horcajadas sobre su dureza y, aunque no estaba en condiciones, cabalgó su virilidad hasta volver encontrar el nirvana, esa vez, con un orgasmo más dulce que hizo más estragos en su mente que en su cuerpo.

Él no se corrió, pese a que la miró de una forma diferente.

Cuando pensó que la iba a regañar por haberle hecho el amor, la cogió de la barbilla con fuerza y la miró con inquina, una clase de odio y territorialidad que la hizo apreciar al espécimen que tenía bajo su cuerpo. Tembló ante las mil señales distintas que se prendieron en su cerebro.

La alerta de peligro enrojeció el panorama, aun así, su alma se quedó en un mar tranquilo, al punto en el que dejó que le apretase con sus manos y le gruñera en la cara como una bestia salvaje.

—Serás una zorrita buena, ¿verdad? —cuestionó con retintín, con la voz grave y el gesto deformado por el sentimiento de posesión que latió en sus venas, una sensación que lo indujo a tratarla con rabia, a querer marcarla de mil formas que la pequeña mujercita no podría adivinar.

Se relamió los labios y sus ojos grises se prendieron ante los oscuros que atravesaron cualquier límite que pudiesen determinar sus valores, su buen juicio, incluso su instinto de supervivencia.

Asintió sin más, sin objetar, sin indagar sobre lo que iba a pedir, porque lo supo, detrás de esa mirada de depredador que se va a comer a la gacela, se escondía una y mil peticiones.

Sonrió, una sonrisa canalla alargó los labios masculinos por un segundo, para luego estamparlos en su boca mullida y besarla con voracidad, hasta robarle el aliento y sacarla de la tina para seguir follándola hasta correrse.

Se durmió en sus brazos sin saber lo que el mafioso tenía preparado para ella, para Marcos, para su vida, sin comprender que ello marcaría su existencia y ya nada volvería a ser igual.

CAPÍTULO 2

La folló de una y mil formas distintas. Le hizo degustar su elíxir cuando limpió su dureza, cuando se metió su polla enhiesta a la boca recubierta de sus jugos.

No le importó el escozor en sus partes sensibles, ni la manera en la que su sexo pedía un descanso, simplemente no podía, no era dueña de su sensibilidad, del deseo que él despertaba.

La dejó ir después de tomarla por la mañana, tras comer sobre su cuerpo y bañarla como si se tratase de una muñeca.

Le compró un bonito vestido, unos tacones altos y la vistió como si no pudiese hacerlo con sus propias manos. No, no fueron actos cariñosos, tras las manos que recorrieron su silueta se escondía la mente perversa del mafioso que le tocó, pellizcó y acarició. El vestido azul oscuro era bonito, elegante, pese a que, en realidad, no cubría nada y a contraluz se veía más que la forma de su silueta. Parecía hecho de encaje, sin embargo, era más suave y gentil con su susceptible piel. Con un corte recto en el escote, bajaba por sus curvas como una segunda piel hasta las rodillas. Debajo, no llevaba nada y las sandalias de tacón completaban la estampa.

—Así te deberías vestir, preciosa, como lo que eres... —le susurró en la oreja cuando la puso frente al espejo y le lamió el lóbulo con depravación.

Jadeó y se dejó hacer por unos segundos en los que le irguió los pezones y le señaló que se alcanzaba a ver el color durazno de sus tiernas perlas.

Tras el espectáculo solo para sus ojos, la cogió de la mano y bajaron al primer piso, donde los esperaba Marcos visiblemente cansado, con la ropa maltrecha y la cara sucia. Los morados y rasguños fueron más evidentes a la luz del día, no obstante, una sonrisa pequeña surcó sus labios cuando la vio.

Sin que ella supiera, Marcos fue «obligado» a ver cómo follaban a su esposa durante todas esas horas, exceptuando la escena de la bañera, su marido la vio lloriquear de placer junto al mafioso en la cama de este.

Una vez se fueron de la celda, uno de los hombres del dueño del casino le llevó una pequeña pantalla que pusieron frente a su rostro y pudo verlo todo, cada vez que ella le suplicó por más, los estremecimientos de su cuerpo, incluso la tuvo en primer plano cuando la hizo ponerse en cuatro y vio su sexo abierto, calado en semen, sonrojado y perlado con su propia esencia. Pringó el suelo con su saliva y su lengua cosquilleó con una idea sucia en la cabeza. Sí, quería lamer el semen que salía

del estrecho canal de su esposa que abrieron para que la monstruosa cosa de Bruno —el dueño del casino— entrara hasta revolverle las entrañas.

Se corrió dos veces con solo verla, con escuchar sus gritos, al admirar su verdadero rostro, la forma en la que se dejó hacer. Él nunca lo hizo, nunca logró que Camila temblara y se arqueara de esa manera, jamás se sofocó en sus brazos, ni siquiera lograba resistir más de dos veces, a veces ni eso. Siempre supo que sus libidos no estaban al mismo nivel, que Camila se prendía en fuego ante el mínimo roce, que su lascivia podía durar más tiempo, que necesitaba experimentar de diferentes maneras que él ni siquiera podía pensar y, verla a través de la pantalla, lo aclaró todo.

Quería que ella lo tuviera, quería ver cómo se desmadejaba en los brazos de otro hombre, un hombre que rebasaba sus habilidades por mucho, que sobrepasaba el límite de lo concebible.

Cuando se durmió, alguien entró y lo desató. Lo dejaron sobre el suelo y, por la mañana, casi al mediodía, lo arrastraron fuera de la celda para reencontrarse con su mujer.

Estaba... radiante. Camila brillaba, sus ojos grises se vislumbraban más suaves y hermosos que nunca. Toda su piel resplandecía. Ella resplandecía. Y, ataviada con aquel vestido, que poco o nada dejaba a la imaginación, le cortó el aliento, en especial porque el dueño del casino la abrazó con posesión y les tocó los pechos frente a sus ojos y a los de muchos más hombres.

Sus pupilas repasaron a su marido y se detuvo en la protuberante erección que se disparó cuando su «amo» le acarició los pezones para volver a erguirlos.

Un placentero dolor la recorrió. Por suerte, el toqueteo no duró mucho. El mafioso la giró y le dio un suave beso.

—Dijiste que serías una buena zorrita, ¿verdad? —susurró con los ojos oscuros puestos sobre los suyos, con esa mirada divertida y maliciosa que alteró su sistema en más de un sentido, no solo porque la excitación creció en su vientre, aun cuando no podía soportar el roce ni del pétalo de una rosa, mucho menos con algo más complicado—. Y como buena zorrita que eres, obedecerás a tu amo en lo que te diga, ¿cierto?

Volvió a asentir y tragó el nudo que le cerró la garganta, porque entendió que no los iba a dejar ir sin más, tampoco lo quería, pero en ese momento su cordura estaba afianzada a escapar de las redes perniciosas que rodeaban su mente y cuerpo al estar a su lado, a sabiendas de que solo se quería pegar más al calor de la piel masculina. La tenía enredada en su red y no la iba a dejar huir, incluso cuando eso significase perder su libre albedrío.

Su mano grande le acarició la barbilla y delineó su labio inferior, sin apartar las pupilas de las suyas, sin contener el dominio que ejerció sobre ella.

—Para que seas una buena zorrita, es necesario seguir ciertas reglas. La primera de ellas es que tienes prohibido tocarte hasta llegar al orgasmo, el autoplacer no está dentro de lo permitido, preciosa —remarcó con majadería, sin soltar esa sonrisa profana que hizo temblar sus rodilla—. Tampoco puede hacerte correr tu marido, no quiero que ese inútil obtenga algo que no merece.

¿Cómo podría una beldad regalarle algo tan precioso a un mierdecilla? Aunque, si quieres, puedes jugar con él para mortificarlo...

Su tono se volvió más grave al hablar de su esposo. No supo si lo escuchaba, no obstante, en ese momento solo le importó asentir como muñequita y atender por completo al llamado de la bestia que tenía frente a sus ojos, que planeaba devorarla una y otra vez, de formas que ella no podía concebir.

Bajó la mano, arrastró la punta de los dedos por su piel, dejando estelas de fuego en su cuello, que creó círculos alrededor de sus chupetes que le hizo horas atrás.

—No quiero que te quedes sin poder sosegar el ardor que quema en tu interior, hermosa. Tu placer es mi debilidad —indicó con fingida desolación—, sin embargo, no puedo estar todos los días contigo, pese a que me encantaría recluirte dentro de mi mansión, no podría hacerte eso, sería como cortarte las alas y, vuelas tan alto, que no me permito privarte de nada. Por eso, te dejo volver con tu marido. Quizás a él no le interesas tanto como a mí, no obstante, no puedo hacer más... Aunque...

—¿Aunque...? —preguntó sin poder razonar, perdida en sus palabras, en su voz que la hipnotizó, en sus grandes manos; en la derecha que apresó su cintura, y la izquierda que jugó con un mechón de su cabello.

—Me parece que podrías hacer algo...

—¿Algo...?

—Sí, creo que sería un buen momento para que le muestres a tu esposo lo mucho que te afectó lo que hizo. Quizá debas vengarte por haberte ofrecido a mí, por haber permitido que te folle una y otra vez, hasta dejarme seco —farfulló con la voz grave, ronca, tan suave que estremeció su interior.

La embrujó, no logró razonar con claridad, solo pudo asentir y perderse en el fondo de sus pupilas oscuras que la hicieron caer al precipicio.

—Podrías torturarlo al no tocarlo, al no dejar que te acaricie ni con el pétalo de una rosa, sin embargo, sería insuficiente, ¿no te parece? Quizá puedas decidir otro tipo de castigo...

Volvió a asentir sin comprender por completo las palabras del mafioso.

—Quizá podrías mostrarle lo que él no es capaz de hacerte, quizá debas enseñarle cómo ronroneas frente a otros, quizás esos hombres puedan prepararte, mi pequeña mariposa, porque no creas que me estoy deshaciendo de ti, al contrario, haré que vuelas más alto, que te eleves por el cielo y jadees de placer —prometió y su aura oscura la envolvió al punto de gemir al saber que lo volvería a ver, que tendría otra noche a su lado, que comería una vez más de sus tetas, de su coño que lamíó cuando llevó la crema batida a sus labios esa mañana.

Se mordió el labio y admiró su rostro masculino, con la respiración pesada, los músculos tirantes, preparada para ser cogida por sus fuertes manos y morir en sus brazos.

Bruno sonrió, una sonrisa que Camila no pudo descifrar.

—Claro, me encantaría que te vengaras así de tu esposo, que aumentarás el tamaño de sus astas,

que prepares tu cuerpo para cuando vaya a buscarte. Quiero que lo hagas, mi preciosa mariposa. Pero tengo mis reglas.

—¿Reglas? —preguntó confundida, enajenada con su tono, con esos dedos que tocaron su piel con futilidad, pese a que desató un tsunami en su vientre.

Movió la cabeza en un corto asentimiento.

—Sí. No me gusta que toquen lo que me pertenece sin más. Si dejo que otros lo hagan, que otros hombres sientan la tersura de tu piel, el calor de tu esencia, el sabor de tu pudor es solo porque sé que no podré hacerlo, no si quiero que te vengues del idiota de tu marido, si quiero que entres para acogerte en mis brazos hasta que nos rindamos a la locura.

—¿Entonces? —se atrevió a indagar, a pensar con sus manos el borde de su chaqueta, a arquearse para sentir la temperatura de sus músculos magros y definidos.

Camila estaba por enloquecer, no necesitaba nada de eso, pese a que la idea de hacer que Marcos viese cómo otros hombres le hacían correrse, hizo que sus palpitaciones golpearan sus costillas.

—Sabes que hay algo que no hicimos, ¿cierto? —Asintió, comprendiendo al instante a qué se refería—. Y me encantaría hacerlo. Me gustaría abrirte por completo, pero soy un bruto cuando te siento. Tu aroma me ha trastornado, mi preciosa mariposa, así que tienes que hacerlo por mí. Tienes que hacer que otros te abran y, cuando estés lista, te encontraré y serás mía por completo, ¿verdad?

Suspiró, el aire salió de sus pulmones, entrecortado.

Asintió una vez más y tras su sonrisa sombría con la que le prometió volverla a encontrar cuando estuviese preparada para él, los devolvió a su casa. Hizo que uno de sus hombres, un tipo calvo, trajeado, con tatuajes que sobresalían del cuello de su camisa negra, los llevara a su casa.

El trayecto fue silencioso.

No se atrevió a mirar a Marcos, aun cuando este quiso que hablasen. Se quería disculpar, pero ella lo ignoró y, al llegar, se bajaron sin esperar a que el grandote empleado les abriese la puerta, pese a que sí se bajó y sacó algo del portaequipaje del coche.

Antes de que pudiese entrar a su hogar, el calvo la detuvo y le entregó una caja de buenas dimensiones, negra, de terciopelo, con un listón rosado que la mantenía cerrada.

—El jefe quiere entregarte esto —anunció con la voz tirante y el gesto serio, pese a que los ojos oscuros y pequeños se quedaron por un segundo en sus pechos que se inflaron al aspirar hondo.

—Bien, gracias —dijo sin más, desalentada, cansada y quizás un poco distanciada de la realidad, porque en cuanto entró al coche, su mente se quedó en blanco.

El tipo asintió y los dejó solos.

Entró a la casa. Marcos le abrió la puerta. Esperaba hablar con ella, su boca se movió y, antes de que pudiese articular palabra, Camila negó con la cabeza y siguió adelante, directo hasta la habitación, donde se quitó el bonito vestido, los tacones y, desnuda, se acostó sobre la cama, para

dormir durante horas, tratando de olvidar todo, de hacerse creer que fue una pesadilla, el mejor de los sueños, pese a que supo que jamás se iba a poder olvidar de los ojos más oscuros que vio, del aroma masculino más salvaje que la doblegó y del cuerpo más vigoroso que la tomó.

No, no iba a olvidar nada en absoluto.

CAPÍTULO 3

Sentada en la cama, apartó la cara para no ver ni la silueta de su marido que dormía completamente tranquilo, vestido solo con un pantalón de pijama. Su cuerpo se le antojó... ¿poca cosa? No estaba segura, pero no pudo verlo como antes. El cariño seguía en su interior, pero carecía de devoción y, en ese instante en el que su entrepierna demandó algo diferente, solo quería estar en las manos masculinas del mafioso mientras su amado esposo la miraba con ojos golosos.

Cerró los párpados y a su mente acudió el recuerdo de esas horas en el sótano, la manera en la que su marido la limpió cuando su «amo» la acercó con el sexo abierto y le hizo devorar su coño.

La humillación impresa en la cara de Marcos cuando el mafioso luego la folló en cuatro... No quería rememorarle, no obstante, su sexo palpitó y sus pezones quemaron al erguirse como dos pequeños guijarros.

Estrujó el pequeño camisón que llevaba puesto.

El sábado, tras dormir, se despertó después de unas horas. Marcos la miraba sentado en una silla, con el pene en la mano. Su polla... antes le parecía normal, antes de que otro miembro se metiera en su interior. Negó con la cabeza y se acercó a su marido. Se hincó a sus pies y lo vio desde abajo.

—Ya no puedes hacer eso, mi amor —susurró con fingido sentimiento, pese a que se dijo que la pena la embargó.

Marcos alzó las cejas, interrogantes, no obstante, no se atrevió a discutir, su mano se detuvo por completo y soltó su eje para pasar la mano por el cabello oscuro de su preciosa Camila.

Sonrió al saber que le obedeció.

—Creo que será mejor que no te toques hasta que otro hombre me complazca, hasta que me veas sucumbir a las manos masculinas de otros. ¿Podrías hacerlo por mí? No quiero que te emociones solo porque estoy en casa. Lo que hiciste... —Sacudió la cabeza y suspiró.

Se alzó sobre sus pies y se sentó sobre su marido, a horcajadas, sin casi tocarlo, pese a que sus sexos estaban a pocos centímetros. Un jadeo entrecortado salió de los labios masculinos. Su sonrisa se hizo más dulce y besó la punta de la nariz de Marcos.

—Lo siento, mi amor, pero no puedo recompensarte al dejar que te corras sin más. Creo que lo justo es que otro hombre me toque y me llene para que tú disfrutes. Sé que lo hiciste, ya sabes, cuando él me tomó —indicó con pesadez y lo abrazó con cariño hasta dejar la cabeza en el hueco de

su cuello.

Marcos no la tocó, pero sentir el cuerpo caliente y desnudo de su mujer tan cerca y, a la vez, tan lejos, casi hizo que reventara contra su vientre plano, que la bañara con su semilla burbujeante que estaba quemando en sus pelotas desde que ella se acostó desnuda en la cama y observó su coño todo el tiempo en el que estuvo dormida. Lo tenía hermoso, hinchado, suave, delicioso.

La abrió de piernas mientras durmió después de llegar de la casa del mafioso. Tenía el sexo sonrojado, pequeñas gotas de semen, reminiscencias de los múltiples orgasmos del dueño del casino, salieron de su estrecho canal que volvió a su estado normal, aun cuando él no dejaba de pensar en la imagen de su esposa en cuatro, haciéndole una felación a Bruno, con los muslos bien separados, escurriendo espermatozoides de otro hombre que caía al piso bajo su cuerpo. Aquella imagen guardada en alta definición en su retina pudo con su cordura. De inmediato se endureció, quería volver a ver que otro hombre la follara con tanta fuerza que debilitara sus votos matrimoniales, quería escuchar otra vez sus gritos, sus súplicas, quería ver su piel brillar, sonrojarse y cubrirse con una fina capa de sudor, quería oler su aroma femenino que colmaría la habitación, quería que le hicieran de todo y que lo obligaran a probar su pequeño coño una vez estuviese saciada y rellena. No supo por qué, no comprendió sus razones, pero ese corto fin de semana cambió por completo la forma en la que admiró las curvas de su esposa.

Una parte muy perversa de su mente quería ver más, quería que se desatara, que liberara a la puta que él no podía complacer y, al mismo tiempo, quería meterse en su interior una vez la reventaran con la polución de uno o varios hombres y sentir que era y no era suya. ¿Cómo podía desear y concebir aquello?

Camila era suya, ¿verdad? Su dulce mujer no se merecía aquello, no con la suavidad de su vientre, con la tersura de su piel, con sus ojos brillantes que iluminaban alrededor cuando lo miraba y se perdía en su alma pura. ¿Cómo pudo ser tan desgraciado para dejar que otro hombre la follara?

Y tenerla sobre su regazo, ordenándole que no se tocara, hizo cortocircuito en su cabeza.

—¿Me vas a castigar? —inquirió en apenas un hilo. Tragó con dificultad y admiró los ojos grises de su mujer, esos encantadores ojos que lo observaron por un instante.

—Debería... —respondió evasiva.

Después se levantó y se contoneó hasta el baño, donde cerró la puerta a su espalda sin decirle si cumpliría con lo propuesto por el dueño del casino o, por el contrario, seguirían como antes. Una parte muy pequeña de su ego, de su mente, quería volver a ser la pareja que fueron unas noches atrás, quería que siguieran con sus sesiones «aburridas» de sexo. Antes no pensó que sus folladas fuesen insípidas, sin embargo, después de presenciar lo que un macho de verdad podía hacer, le avergonzó no poder darle todo a Camila y, a la vez, saber que otro hombre le dio a su mujer lo que tanto necesitaba, calentó sus venas hasta hinchar su polla.

¿Lo harían igual otros machos?, ¿desearían a Camila con la misma intensidad hasta hacerla

babear de placer?, pero, lo más importante, ¿estaría dispuesta a corromper sus sistemas a cambio de simple gratificación sexual o venganza?

No lo sabía, aunque deseó descubrirlo muy pronto.

* * *

Sacudió la cabeza al recordar la manera en la que le pidió a Marcos que no se tocara. ¿Por qué lo hizo? Fuese por venganza u obediencia a su «amo», no quería que su esposo disfrutara del placer carnal con sus propias manos, no. A su mente acudió la imagen de la entrepierna húmeda de Marcos cuando se corrió en el sótano más de una vez. El aroma de su esencia cuando el mafioso la cargó y volvió a ponerla sobre el rostro de su esposo le hizo arrugar la nariz por un segundo.

Sonrió, sintiéndose poderosa y deseada.

¿Cómo era posible que todo aquello ocurriese?, y, más importante, ¿quería que volviera a pasar?

Abrumada, se puso de pie, admiró la caja de terciopelo con el lazo rosa colocada al lado de la cama, sobre la mesita de noche donde la dejó horas atrás, cuando se dispuso a dormir.

Era de madrugada, pronto amanecería y, simplemente no pudo volver a los brazos de Morfeo tras un delicioso sueño húmedo en el que el mafioso se ensañaba con su agujerito hasta preñarla una y otra vez. No, no deseaba ser madre, ahora menos que nunca, no obstante, la idea de tener sexo sin protección, el riesgo detrás de ser colmada con el calor de su polución, todo mientras su marido la miraba sin poder hacer nada, más que correrse como un vil adolescente... Casi alcanzó el orgasmo con aquel idilio fabricado por su cerebro.

El calor reptó por su rostro y, sin pensar, cogió la caja y se la llevó al baño.

La admiró durante varios minutos el día anterior, no obstante, así como obligó a Marcos a hablar de otro tema, aun cuando él quiso sacarlo a colación en más de un momento, no tocó el obsequio por temor a abrir la caja de pandora.

Si Marcos le reclamaba, no podría soportarlo. Lo amaba bastante para evadir sus reclamos. Si bien creyó que se podía defender al decirle que fue su culpa por ofrecerla al mafioso, lo que hizo después tiró todo por la borda.

Dentro del baño, soltó el regalo y un suspiro profundo desinfló sus hombros. No se atrevió a levantar la cara por miedo a ver la lujuria en sus pupilas.

¿Qué haría con esa sensación acuciante que torturó su mente y cuerpo? ¿Por qué estaba tan deseosa de pasar sus días siendo usada de mil formas, siendo sometida hasta perder la razón?

Siempre se vio como una mujer fuerte, independiente, con un saludable deseo sexual que apaciguaba por un rato al estar con su marido, en cambio, tras esas horas, casi un día entero, con el mafioso, no dejaba de imaginar cosas, de recrearse con lo vivido.

Se relamió los labios y apartó el cabello de su camino.

Sus manos temblorosas deshicieron el nudo rosado del obsequio y alzó la tapa para descubrir lo que había en el interior. Envuelto en papel de seda negro había tres simples cosas que detuvieron su corazón.

Con la mente paralizada y sin poder digerir por completo lo que trasmitían sus ojos a su cerebro, cogió la carta que estaba encima del papel de seda.

Mi preciosa mariposa, quiero que entrenes para mí. No te permito correrme a no ser que otro hombre, que no sea tu esposo, te ayude, sin embargo, puedes jugar con tu bello agujerito oscuro.

Quiero que me lleves en tu cuerpo de alguna manera. Ponte creativa, hermosa.

Pronto sabrás de mí, cuando estés preparada para recibirme de todas las maneras posibles, hasta entonces, haz que tu marido comprenda lo que dejó ir, porque ahora eres mía.

P. D. Recuerda que solo te pueden tocar tu jugoso culo, tu coño es solo MÍO.

Jadeó entrecortado al comprender las órdenes sobre cómo usar lo que estaba dentro de la caja. Se relamió los labios y tragó saliva con dificultad.

Con cuidado, dejó la carta sobre la encimera del lavabo y sacó las pequeñas bolas anales negras, de silicona, de cuatro cuentas redondas alineadas, con una pequeña protuberancia al inicio y un anillo al final.

Sus párpados se abrieron al pasar las pupilas por el delicado juguete que se le antojó pequeño en comparación con la polla del mafioso, no obstante, era un poco más grande que el tamaño de su marido.

Lo devolvió a la caja y sacó el pequeño vibrador de bala que tenía pegada una nota sobre el empaque.

Es para que lo uses dentro de tu coñito cuando te diga. Se controla con el wifi, así que haré que te corras cuando me dé la gana.

Se mordió el labio con fuerza, al punto de que creyó haberse hecho daño. El regusto metálico de su sangre no fue un buen indicador. Tocó el material metálico y frío del vibrador, de la pequeña bala que relucía con la luz del baño. Con expectativa, acarició la punta del objeto y se imaginó usando el artilugio durante sus horas en el trabajo, en el gimnasio, al llegar a casa.

Quizá se podría abrir de piernas como quiso hacer el día anterior y dejar que Marcos viese cómo su coñito convulsionaba en medio del orgasmo. Sería... excitante.

Lo último era un lubricante de base agua, bastante grande, este iba en un estuche en el que había todo lo necesario para poder dilatar su cerrado agujerito. No es que no tuviese algunas cosas, pero ya que el sexo anal era poco frecuente con su marido, se alegró de tener lo necesario.

Con una sonrisita pequeña, pensó en todas las posibilidades y, como niña pequeña que ha recibido un interesante objeto, se puso «manos a la obra», ansiosa por descubrir lo que le deparaba la mente perversa de su amo.

CAPÍTULO 4

Se duchó antes de poner en práctica las indicaciones de su amo. Ansiosa, se limpió a profundidad y disfrutó de una ducha revitalizante en la que su cuerpo respondió a sus caricias, a sus palmas suaves, a sus dedos femeninos que pasearon por su figura desde los pechos redondeados y pesados por la excitación, hasta su sexo que fue dibujado con la punta del índice.

Jadeó, se estremeció. La tentación de masturbarse creció en su interior, pero desistió al acordarse de la promesa que hizo a los ojos más oscuros e incitantes que alguna vez admiró.

Aquel hombre la embrujó, no supo cómo, sin embargo, la tenía en su palma, atrapada para hacer con ella lo que quisiera.

Con la boca hecha agua al pensar en cierto cuerpo masculino, salió de la ducha y se secó con rapidez, para luego preparar lo necesario para la nueva aventura que compartiría con el dueño de sus fantasías.

Se posicionó frente al espejo y se miró desnuda, con el cabello mojado, los labios mullidos entreabiertos y la respiración truculenta que alzó sus pechos y le hizo apreciar lo pequeña que era su cintura.

Mordió su labio inferior y se puso de lado para admirar su trasero voluptuoso, sus nalgas redondas, bien trabajadas, grandes y carnosas, como dos peras que formaban un succulento corazón. Se inclinó sobre el tocador del lavamanos para impulsar su cadera hacia arriba y, en tal tesitura, se acarició las nalgas, las separó al subir una de sus rodillas, flexionada, sobre la encimera. Con el sexo abierto, así como su trasero, pasó la mano entre sus montículos suaves y limpios, preparados para recibir el toque de la punta de sus dedos que trazaron un mapa a través de sus pliegues.

La humedad de su coño caló sus falanges y gimió por lo bajo al sentir la viscosidad de sus jugos con los que jugó por unos minutos, arrastrándolos hacia atrás para contornear el anillo trasero.

Jadeó con suavidad, presa de la lujuria de ser tocada por sus dedos, de imaginarse al hombre tatuado a su espalda, sentado en un trono, con las piernas abiertas y esa pose magnánima que haría juego con su gran cuerpo. La vería mientras se tocaba, la admiraría al acariciarse los labios, tentado a ocupar el lugar de su mano femenina. Se reacomodaría y abriría más las piernas para hacer lugar a su potente erección. Lo haría por él, se tocaría para darle placer y, en el proceso, elevaría su alma al nirvana.

Le gustó aquella idea, no obstante, tenía algo más realista en mente.

Desnuda, cogió lo necesario para volver a la habitación, a la cama que compartía con su marido y lo miró, dormido. Estaba girado boca arriba.

Con una sonrisa pícaro, dejó lo que iba a ocupar sobre la mesa de noche de su esposo para tenerlo a mano y se subió a horcajadas sobre sus piernas. Movi6 las caderas con fruición e hizo círculos pequeños con la pelvis, justo encima de su miembro, hasta que lo alzó.

Gruñidos pequeños salieron de los labios de Marcos y se agachó para acariciar sus pectorales.

—Amor —suspiró sin dejar de moverse, masturbándose con la suave tela del pantalón de pijama de su marido.

Abrió los ojos para descubrir a su esposa montándolo con sumo erotismo, con las manos sobre sus pectorales y moviéndose como una verdadera meretriz. La cogió de las caderas y le bajó unos centímetros para sentir la plenitud de su humedad.

Camila jadeó y entreabrió los párpados para apreciar el rostro tenso de su marido.

—Amor, necesito que me ayudes con algo... —pidió entre gemidos acuciantes, para después pellizcarse los pezones hasta alzarlos al máximo.

Tembló, el calor aumentó en su cuerpo, sus tetas pesaron y rebotó sobre el miembro de su esposo, que en ese instante se le antojó fascinante, delicioso. Quiso bajar sus pantalones e insertárselo de una vez para que sosegara el ardor de su coño, pero no lo hizo, no podía, su sexo no le pertenecía a su marido, no más. Sin embargo, podían jugar siguiendo las reglas del hombre de sus fantasías.

Se relamió los labios y detuvo el movimiento de sus caderas para alzarse y restringir el contacto de sus sexos.

Marcos protestó por lo bajo, pero no se atrevió a contravenir los designios de su esposa, no quería, necesitaba saber lo que le hizo despertarlo, desnuda, como toda una amazona, cabalgándolo con tal desfachatez. Estaba preciosa, recién duchada, con el aroma suave y dulce de sus jugos que impregnaron su pantalón, con su cuerpo femenino tan delicado y succulento que quiso tocarla por completo.

Tragó saliva y lo miró entre las pestañas.

—Amor, necesito que me ayudes, necesito que te comas mi coñito y mi agujerito trasero para poder cumplir sus órdenes —indicó con fascinación y fingida inocencia.

Dejó salir el aire y la admiró, admiró su rostro de muñeca de porcelana, sus ojos grises cristalinos que lo doblegaron y no pudo más que asentir.

Sonrió con su respuesta y bajó sobre su cuerpo para darle un pequeño beso en los labios y restregarle las tetas sobre el torso.

Gimió con frustración cuando sus pezones erguidos hicieron contacto con su piel y deseó metérselos a la boca. De nuevo, la tenía tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Camila estiró la mano y cogió las bolas anales negras, así como el lubricante y se separó de su

esposo.

—Me dijo que tengo que usarlas, ¿sabes? Él quiere que entrene mi culito para que me someta por todos mis agujeritos —explicó a su marido con un puchero infantil y la voz cargada de lujuria, mientras pasó las bolas negras por el rostro de su pareja, que la miró con más interés.

—¿Eso te dijo?

—Sí. —Asintió con el puchero más marcado, con el labio inferior salido y una mirada juguetona que hizo temblar a Marcos.

¿Esa era la verdadera cara de su esposa?, ¿sus deseos eran tan obscenos?

Inhaló hondo y su erección brincó entusiasmada, su pulso se elevó y mil imágenes pasaron por su cabeza, algunas reales sobre lo que vio en el sótano y otras de lo que el dueño del casino haría con su Camila, su preciosa y dulce mujer que iba a incendiar sus venas con tal petición.

—¿Cómo te ayudo? —inquirió con la voz ronca y los ojos fijos en sus curvas que parecían más acentuadas tras la exploración de Bruno, pese a que solo era una ilusión.

—Bueno, como hemos tenido muy poco sexo anal, creo que lo primero es dilatar la zona, amor. Sí, tienes que, ya sabes, con tu bonita boca y tu diestra lengua... No me puedo correr —agregó con pesadez y las mejillas se le coloraron cuando bajó los ojos y miró los pectorales tirantes de su esposo—. Me ha prohibido que me corra contigo o con mis propias manos. Así que no puedes hacer que tenga un orgasmo, pero supongo que, si estoy cerca, pararas, ¿verdad?

—Por supuesto —se apresuró a decir sin estar muy convencido, solo quería probarla y hacer que se retorciera con su boca tal y como le pidió el dueño del casino.

La situación era demasiado erótica para olvidarla.

Camila asintió.

—Cuando me tengas dilatada, usa tus dedos, amor, así podrás abrirme para él y luego... —movió las bolas frente a sus ojos—. Hay que echarles una buena capa de lubricante, pero después podrás metérmelas, una a una, tan despacio como quieras, así no me correré —afirmó y se mordió el carrillo, con los ojos fijos en su esposo y el rostro suavizado en una expresión inocente.

Marcos inhaló profundo y asintió, caliente, a punto de reventar dentro de sus pantalones. Parecía un adolescente, pero no le importó, solo quería tenerla, darle placer y seguir las órdenes marcadas por el mafioso.

—Quizá, como recompensa, puedo hacer que te corras con mis pechos, ya sabes, te gusta cuando te meto en mi canalillo y me muevo contra tu polla —sugirió con suavidad.

Tembló y su miembro palpitó con más fuerza. Alcanzó a afirmar con la cabeza.

La sonrisa preciosa de Camila se elevó y le acarició la mejilla con el dorso de la mano tras poner el lubricante y las bolas al lado de su esposo.

—Entonces, ¿cómo quieres que me ponga? —inquirió con amabilidad, pese a que la pregunta era tan lasciva, que Marcos perdió la capacidad de enfocar con los ojos.

Estaba perdido y enredado en aquel juego prohibido con su mujer, sin que nada más les importara.

CAPÍTULO 5

La dejó en cuatro en la mitad del lecho, con el torso y el rostro pegados a las sábanas revueltas y el culo en pompa en dirección hacia la cabecera de la cama.

Se quitó el pantalón de pijama con brusquedad y se hincó detrás de Camila con la boca salivando y el pulso pitando en sus oídos.

Estaba calada con su propia esencia, tenía los labios brillantes y el pequeño clítoris hinchado y sonrojado. Jadeó cuando puso las manos sobre sus nalgas y abrió su rajita para observar con plenitud sus labios. Pese a la intromisión del dueño del casino, su mujer seguía tan estrechita como siempre y su coñito se cerró más cuando la olfateó y se intoxicó con su aroma dulce y afrodisíaco. Olía de maravilla, tanto, que tuvo que tragar saliva para no babear.

Se acercó mejor, inclinándose para pasar la lengua desde el clítoris hasta su pequeño y fruncido agujero. Ambos gimieron, Camila tembló al sentir la rugosidad y suavidad de la lengua de su marido y empuñó las sábanas con las manos.

—Amor, recuerda que no me puedo correr —suplicó cuando le dio otra distendida lamida y sus nervios se calentaron hasta hacer hervir su vientre.

Marcos gruñó y volvió a lamer, más incentivado por sus pequeños sollozos. Lamió, succionó y metió la lengua en su canal estrecho para explorar la sensibilidad de su esposa que vibró y presionó su sexo contra su boca con urgencia. Los temblores aumentaron, así como sus jadeos y gemidos. Bajó más el rostro y se embriagó con el calor líquido que brotó de su coñito, no obstante, al saber que se iba a correr, se apartó y su boca fue remplazada por sus dedos que dibujaron cada recoveco de sus pliegues con la punta.

Se estremeció, la energía se acumuló en cada célula de su cuerpo y la frustración se alzó cuando Marcos dejó de lamerla, cuando apartó su exquisita lengua y rozó con el índice sus labios vaginales con languidez.

Mordió su labio y estrujó con más fuerza las sábanas. No, no podía correrse, pese a que eso no le impidió jaderar cuando el índice de su marido se metió a su canal y se embadurnó con sus lascivos jugos, tocó sus paredes con candor y luego salió para lubricar su anillo completamente cerrado.

La sensación le hizo dar un respingo para luego hundir la cara en la cama por un segundo. Las extremidades le temblaron cuando Marcos volvió a bajar y lamió las terminaciones nerviosas de su anillo fruncido.

—Amor —sollozó en un hilo cuando la humedad de su saliva se adentró a su trasero y cosquilleó hasta la punta de sus pezones.

Los dedos de sus pies se curvaron, gotas de su calor salieron hasta mojar la sábana y se mordió el carrillo para retener el placer con el dolor que le ocasionó sacarse sangre.

Jadeó y la energía aumentó en sus entrañas cuando Marcos metió su lengua en su agujero trasero y los colores aparecieron tras sus párpados ante esa nueva sensación.

Marcos estaba incentivado con cada sensación, con el aroma dulce de su vagina que se alzó y lo rodeó como humo venenoso que deseó aspirar. Sí, era masoquista, en especial porque ni siquiera podía tocarse así mismo, pese a que todo su cuerpo ardió y se prendió en llamas. Estaba tan excitado, que tenía la polla salpicada en líquido preseminal, con la punta roja y las pelotas tirantes que se querían encajar en su mujer, pero no lo tenía permitido, ella no lo dejaría porque ahora le pertenecía a otro y, ese detalle, lejos de mortificarlo o enojarlo, aumentó su deseo.

Lamió y adentró la lengua, gruñó cuando Camila lo apresó y latió alrededor de su boca. Su saliva se juntó con sus jugos y no se pudo controlar más, folló su anillo con la boca. Lamió, succionó y le abrió las cachas para meter más y más la lengua.

Su cuerpo fue atacado por un huracán ante las acometidas de su marido que, implacable, no la dejó escapar cuando sintió que el fuego de su boca se coló por su vientre y su sexo palpitó con violencia, mojando por completo sus muslos y la cama.

Lloriqueó presa de la excitación, aun cuando tensó todos los músculos para evitar alcanzar el nirvana y se aferró a la cama con presión, hasta vibrar en medio del purgatorio en el que cayó para no alcanzar el cielo.

—Amor, no... puedo... soportarlo... —gimoteó entre lamentos, cada vez más cerca del orgasmo, con los párpados apretados, así como los dientes. Ni siquiera estaba logrando tragar la saliva que inundó su boca y se coló en un hilillo entre sus comisuras.

Con la respiración pesada, se separó del delicioso manjar que era el sexo de su mujer y lo miró con los ojos fijos en sus agujeros que estaban sonrojados gracias a la intromisión de su boca, a las caricias violentas de su lengua.

Inhaló hondo y sonrió al verla tan vulnerable. Seguro que ante el *hijoputa* del dueño del casino se hubiese corrido sin poder evitarlo, al final, era solo una putita ansiosa de una polla, una zorrita que cumplía las órdenes de otro hombre.

Jadeó y sacudió la cabeza, a punto de eyacular sobre sus pies, sobre sus bonitos arcos que estaban doblados a causa del placer.

Se imaginó lo que haría Bruno de estar en su habitación, así como era, seguro lo apartaría y se burlaría de su pene, de lo enhiesto que lo tenía sin que ella se lo hubiese tocado, de la forma en la que supuraba líquido preseminal como un colegial.

Maldijo por lo bajo y agitó la cabeza para eliminar ese pensamiento, pese a que después imaginó

cómo montaría a Camila y le abriría su culo y su coño con su bestial polla. ¡Joder, después de eso no podría hacer el amor con su esposa de la misma forma! No volvería a abrazarlo con la misma firmeza. Él no era como Bruno, no era tan vigoroso ni tan grande.

Tragó saliva y buscó el dulce elixir de Camila.

Quizá después solo la degustaría con la boca, para ayudar a que estuviese preparada para él, para que el dueño del casino la hiciera llorar de placer y le enseñara la cara de una mujer viciosa y dispuesta a todo en las manos de un hombre de verdad.

Lamió y lamió hasta que los temblores de Camila aumentaron y volvió a retroceder.

Estaba preciosa, con la piel tintada, los labios entreabiertos, la respiración desacompasada, con una fina capa de sudor que pegó su cabello a la curvatura de su espalda, con el culo aupado hacia arriba, abierto por sus manos.

Dejó salir el aire y abandonó sus cachas para coger las bolas y el lubricante. Con paciencia, recorrió con las bolas su canal y lo lubricó primero con su esencia.

—¡Amor! —sollozó Camila y sus temblores aumentaron con el suave roce de la silicona.

—¡Estás mojadísima! —comentó al intensificar la fricción, al hundir las bolas entre sus labios mayores con furia, entre bramidos roncós que reverberaron en la psique de su esposa hasta licuar su interior y mover las caderas entorno al juguete.

Antes de que se diese cuenta y presa del ardor que corroyó sus venas, alzó la mano y le asestó una sonora nalgada. Camila gritó, en especial cuando el «PLAS» se abrió paso en sus oídos e hizo que se agitase con el escozor.

Se mordió el labio y se quedó quieta para que su marido siguiese lo impuesto por ciertos ojos oscuros que ni siquiera estaban presentes, pese a que casi podía verlo frente a sus párpados cerrados.

Marcos empapó cada bola con seriedad, fijo en su objetivo. Cuando el negro del juguete brilló, lo apartó para coger el lubricante, abrirlo y echarle una buena cantidad a la abertura de su esposa, que gimoteó cuando el helado líquido hizo contacto con su piel.

Gruñó y pasó un dedo por sus labios para embadurnar cada parte de su hendidura, hasta que el aroma del lubricante se mezcló con su elixir y entonces le metió el dedo por el culo.

Jadeó, estiró el cuello y prensó las manos en la sábana. Arqueó la espalda hasta alzar su trasero y la electricidad corrió por sus extremidades como energía pura.

Vio estrellitas cuando movió el dedo y luego cuando otro hizo su aparición al abrirla.

Le gustó la sensación, no se comparó con lo que le hizo su amo durante ese corto fin de semana, pero el hecho de que su presencia invisible siguiera a su lado la reconfortó y le hizo jadear una tras otra vez.

Metió el tercer dedo y los movió para sentir los músculos internos de su mujer que se estremecieron con la fricción. Su polla dio un respingo cuando Camila aulló y su anillo lo llevó a su interior y se cerró con fuerza. Lo que sentiría al follarle el culo, aunque con él jamás le gustó lo

suficiente para pedir más.

Suspiró y sacó los dedos.

Estaba preparada y, si seguía, conociéndola, se correría como una vulgar perra hambrienta.

Cogió las bolas anales negras y el lubricante y, pese a que todavía estaban empapadas de sus jugos, las mojó con presteza, para luego llevarlas a su agujero que se iba cerrando y, sin desaprovechar, llevó las cuentas hacia el anillo y, con cuidado y delicadeza, le introdujo la primera que era la más pequeña de todas.

Camila jadeó y el aire se le salió del cuerpo gracias a la intrusión que calentó sus entrañas y las hizo pulsar con premura.

Incentivado por la reacción, empujó la siguiente bola dentro de su canal, con una sonrisa maliciosa al ver cómo se movía y abría más las rodillas para dejar pasar las esferas.

Forzó la tercera cuando su ano se cerró y se tensó desde los pies, sus músculos se anudaron y gotas de lava líquida salieron de su coño.

Gruñó y bajó para embeberse de su esencia, para recolectar las gotas que cayeron hacia la cama, pero que no llegaron porque las tomó con la lengua.

Deliciosa.

Metió la última bola con fuerza, hasta solo dejar el anillo de silicona por fuera. Camila gritó de placer, alzó la cabeza y abrió la boca. Su aliento salió como vaho caliente de entre sus labios y sus pechos se rozaron con el colchón.

Una sensación inigualable la controló y se imaginó que así se sentiría cuando él se metiera en todo su ser y reclamara hasta lo profundo de su alma. No se corrió, pero tocó las puertas del paraíso por un segundo en el que, pese a tener los párpados abiertos, no pudo enfocar los ojos.

Su cabello mojado cayó por su rostro desmadejado por el placer y los músculos le temblaron con fuerza.

Excitado por la visión, Marcos frotó sus dedos contra su coño, para después, con curiosidad, meter uno en su interior y sentir la forma en la que se apretaba al tener aquel juguete endemoniado en su agujero trasero.

¡Mierda, estaba demasiado ceñida!

Tragó saliva al pensar en lo que Bruno le haría al tenerla así.

—No lo muevas —pidió Camila con la voz rasgada, y se desplomó contra la cama, cansada.

Retuvo la necesidad de buscar más y, con una inhalación larga, se adelantó para sacar el dedo de su marido de su coño y girar para verlo, con los ojos brillantes y la piel rozagante.

—Lo has hecho increíble, amor —halagó y gateó hasta recostarlo contra la cama.

Marcos se dejó hacer, en especial cuando ella gimió al sentir lo que provocaba el movimiento, el ardor en su trasero y la llenura en sus entrañas. Estaba... más allá de lo comprensible.

—Te mereces tu recompensa, mi amor. Te daré mis tetas y podrás correrte como quieras,

incluso puedes marcarme la cara —sugirió pícaro al ponerse entre sus piernas y coger su polla erguida con las manos.

Dejó de respirar al verla tan impresionante, y asintió sin poder hablar.

Le sonrió y llevó su miembro al canalillo, para después apretar sus turgentes tetas y masajear su dureza que desapareció entre sus masas de carne succulenta que hizo bailar alrededor de su polla bien lubricada que se deslizó deliciosamente sobre su piel.

Se le enrojeció la cara de inmediato, la fricción de su piel apretada, de sus ojos enfocados en él, de su boca entreabierta, de su cuerpo que bajó y subió sobre su eje humectado por su líquido preseminal, pudo con su mente. Cada uno de sus músculos se prendió, su vientre se apretó, sus testículos se elevaron y, antes de que pudiese saber lo que estaba haciendo, la cogió de las tetas, apretó con fuerza y se movió en su canalillo, pese a que ni siquiera logró ver su capullo.

Gruñó, vociferó, sin quitar los ojos de los amables y dulces de su Camila, que solo abrió la boca más para aguardar por su polución que ascendió por sus bolas como fuego incandescente hasta prorrumpir contra su cabeza y vaciarse entre estremecimientos en las tetas y rostro de su mujer, que esperó paciente entre sus piernas, para después mover la mano por su longitud hasta sacarle la última gota de semen.

Cansado, se desplomó sobre la cama, con la mirada nublada por la satisfacción, sin hacer más que solo respirar.

Camila se subió sobre sus piernas, a horcajadas, excitada por el movimiento de las bolas anales, por la forma en la que su marido se corrió sobre su cuerpo en pocos minutos.

—Límpiame, amor —susurró con candor al ponerle las tetas sobre la cara.

Sin entender lo que le pidió, quedó paralizado por unos segundos. Abrió los párpados y vio las tetas grandes y succulentas de Camila frente a sus ojos, pesadas, llenas de lefa que expulsó segundos atrás.

Tragó saliva con dificultad y trató de verla en medio de sus masas de carne que lo tentaron, pese a que no quería tragarse sus propios fluidos.

—¿Qué? —preguntó intranquilo y confundido, con la vaga esperanza de haber escuchado mal.

—Vamos, mi amor, límpiame las tetas. No me puedes dejar sucia, cubierta con tu semen —refunfuñó Camila con un puchero y lo miró con los ojos grandes y tiernos que lo convencieron de mil cosas antes de eso.

Se relamió los labios y sus ojos bajaron por las tetas blandas y firmes de su mujer, tenía tres chorros que las cortaban, uno ascendía hasta la garganta y otro pringaba un duro pezón de durazno.

Se agitó y, sin poder evitarlo, alzó la cabeza para sacar la lengua y lamer su tersa piel. El regusto era... diferente, quizás extraño, no supo si le gustó o no, aunque el gemido de su mujer lo puso alerta y siguió lamiendo con presteza. Recorrió sus tetas, su pezón que chupó por unos segundos, hasta que la piel se le calentó, hasta que hirvió contra su lengua y tuvo que ascender por su cuello

para llegar a su rostro que estaba mojado con algunas gotas. Se comió su simiente con ardor y, de no haberse corrido minutos antes, su dureza hubiese reventado.

Camila olía a hembra y a él, un aroma que en conjunto le pareció demasiado para sus sentidos aturdidos.

Lamió y sorbió su semen, hasta que llegó a sus labios y ella lo besó con osadía, con urgencia y necesidad. Le tomó de la nuca, le metió las uñas y lo besó, manejándolo a su antojo, algo que por demás le fascinó.

La tomó de las caderas y trató de impulsarse para tocarla más y... todo acabó. Camila se separó y lo miró con dulzura, para después quitarse de encima y recostarse a su lado.

—Duerme bien, mi amor, pronto amanecerá y necesitas estar bien para buscar trabajo —indicó su esposa, más relajada, pese a que su ano estaba lleno y con cada movimiento la excitación volvía a subir.

—¿Te quedarás con ellas dentro? —inquirió sin poder detener su lengua, pese a que no sabía si tenía derecho a consultarlo.

Ella gimió pensativa.

—Sí, debo entrenar, pero no te preocupes, me ayudarás a sacarlas cuando me duche por la mañana.

Le guiñó un ojo y, ante su entera consternación, Camila se recostó medio de lado, medio boca abajo y, con una sonrisa traviesa en la boca, volvió a quedarse dormida, o al menos eso le pareció a juzgar por su pausada respiración que hizo temblar sus tetas.

Inspiró profundo y se volteó para mirarla mejor. Le pareció más sexual que nunca, más indómita, más ella y todo, gracias a el dueño del casino que hizo algo más que solo follarla, hizo que liberase su mente de las ataduras y le mostrase a la mujer que amó con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 6

Las manos le temblaron, su concentración estaba por los suelos. Llevaba ansiosa desde que comenzó a trabajar, deseando volver a casa para seguir jugando con sus agujeritos para aumentar y soterrar su deseo, ya que no podía correrse. Quizá por eso estaba tan desesperada, quizá por eso estuvo a punto de comerse las uñas y, cuando hizo la presentación ante sus compañeros esa mañana, mientras todos la veían, se imaginó mil cosas que le hicieron tartamudear en más de alguna ocasión y olvidar lo que estaba diciendo.

No, no se había llevado las bolas ni mucho menos el vibrador que se suponía que ocuparía solo cuando su amo se lo pidiera, pero es que esa mañana fue tan excitante que no requirió otro incentivo para necesitar que todo su cuerpo fuese dominado por las diestras manos de un caballero, más en específico, por las de un mafioso de mirada oscura que ya extrañaba como si conociera de toda la vida.

Al despertar, tras una hora y media extra de sueño, estaba empapada, tenía el sexo perlado y tuvo que hacer que Marcos la limpiara, pero le advirtió que no hiciera nada más, no podía arder en deseo, pese a que igual se retorció los pezones y estuvo a punto de correrse en la cara de su marido. Tras recomponerse, le pidió que le sacara las bolas despacio, algo que le hizo suspirar y casi envió sus ojos al fondo de su cabeza.

—Límpialas —le pidió con dulzura a Marcos cuando le mostró las bolas brillantes, entre sus jugos y el lubricante.

Su marido tragó saliva, miró el juguete con aprensión, pero le hizo caso. Lamió y chupó las bolas como buen sumiso hasta dejarlas relucientes.

Con un casto beso lo recompensó y luego fue a la ducha, donde le hizo lavarla con cuidado, poniendo especial atención en su rajita. Lo masturbó mientras la enjabonaba, pero no acabó.

Con una sonrisa pícara y triunfante, dejándolo frustrado con una erección de considerable tamaño, salió de la ducha, se secó con extremo erotismo, tentando a su marido, y se fue al vestidor para ponerse las prendas que llevaría a la oficina. Una falda lápiz ajustada, unas medias a medio muslo, una camisa oscura entallada que apenas dejaba respirar sus preciosas tetas y, sobre esta, el blazer a juego con la falda. Por supuesto, no se puso ni sujetador ni braguitas. Quería que, si alguien se fijaba bien, pudiese observar sus pezones endurecidos, que el roce de sus labios inferiores alterara su pulso, que la hiciera estar preparada para cuando volviese a casa, pero no se imaginó que la

desesperación le hiciera ir al baño a cada rato para limpiar su coño.

De no haber estado preparada, se hubiese manchado la falda con sus jugos. Fue muy descuidado de su parte.

En cuanto pudo levantarse de la silla de su oficina para volver a casa, no dudó ni un segundo y casi salió corriendo pese a que su secretaria quiso hacerle una consulta y solo alcanzó a abrir la boca. Mañana sería otro día y podría responder lo que fuese, mientras, le urgía volver a su habitación, recomponerse un poco o quizá desmelenarse más, no estaba segura.

Apurada, sin casi poder respirar, con sus pechos bamboleándose con cada inhalación y exhalación, detuvo el ascensor que, por suerte, iba vacío. Suspiró de alivio al entrar y presionó el botón para bajar al sótano, donde tenía estacionado el auto. Antes de que las puertas metálicas se cerrasen, una mano masculina apareció para detenerlas.

Su jefe entró al elevador y la saludó con una sonrisa breve. Sin que pudiese devolverle el gesto, el cuarentón de canosos cabellos que era el CEO de la empresa, un madurito con mucha testosterona, la miró desde los pies enfundados en unos *stiletto*s altísimos que moldearon su figura, junto con las medias que se pegaban a sus piernas con exquisites.

Lo saludó con el gesto tenso, no quería ser maleducada, no obstante, estaba tan excitada que le costó procesar la leve interacción del hombre que revisaba cada parte de su trabajo. Por supuesto, cuando las puertas del ascensor se cerraron con ellos dentro, el aroma masculino permeó en su nariz y se estremeció al olfatearlo, al descubrir su esencia, una mezcla de loción para después de afeitarse, una colonia de aroma fresco y su propio almizcle.

Su mente hizo cortocircuito y se mordió el labio con fuerza. Juntó las piernas y apretó los muslos, deseando que su perfume especial no llegase a la nariz de su jefe, pero ya no estaba segura.

—¿Cómo vas con los cambios del proyecto? —consultó el licenciado Villalobos sin apartar los ojos del cuerpo de su empleada «favorita» que cada vez le parecía más ardiente.

Desde la mañana, durante la reunión con los ejecutivos, no dejó de pensar en sus movimientos, en el sonrojo de sus mejillas, en la forma en la que se mordió el labio cuando regresó a su silla después de su presentación y cruzó las piernas con fuerza.

Sus ojos se entrecerraron y sus pupilas bajaron hasta perderse en el escote profundo de la camisa de Camila. La señora García siempre le pareció una mujer bonita, un poco estirada por momentos, pero debió reconocer que ese lunes estaba siendo muy peculiar, en especial cuando sus pequeños botones se marcaron sobre la camisa y sus cejas pobladas se alzaron al ver el color durazno de sus areolas.

¡No llevaba sostén!

Aquel hecho lo calentó.

—Va bastante bien, espero para el miércoles tener todo ultimado —asintió Camila, sin comprender del todo las miradas lascivas del licenciado Villalobos, solo quería que el ascensor bajase

más deprisa para apartarse de su jefe.

Mil ideas cruzaron por su mente, se imaginó lo que él le haría si quisiera, pero no era tan idiota para seducirlo, no, no era esa clase de mujeres, o no fue así, ya no sabía, lo que sí, es que no podía meterse con su jefe, sería una completa estupidez.

Suspiró con pesadez y sus pechos se agitaron. No se dio cuenta de que, a diferencia de toda la mañana, no se abrochó la chaqueta. Durante la tarde, sola en su oficina, se apretó los pezones y los frotó para calmar su deseo, pese a que eso solo lo empujó hacia el exterior.

Sí, le dio un buen espectáculo a su jefe sin comprenderlo.

Villalobos guardó silencio y sopesó las oportunidades. ¿La bonita de su empleada estaría dispuesta a hacer algo más con su cuerpo? Siempre le pareció que se le coloreaban las mejillas cada vez que la miraba, que cuando la abrazaba para las fiestas, temblaba en sus brazos y rehuía su mirada, no obstante, sabía que estaba casada. En lo personal, poco o nada le interesaba faltar a su matrimonio para jugar con otras mujeres, mucho menos con una jovencita como Camila. A su mujer tampoco le interesaba lo que hacía fuera de casa, mientras no le exigiera nada a ella y le dejase gastar su dinero, Madeline estaba bien, así que siempre hacía sus incursiones a lugares exóticos para follarse a preciosas mujeres. Por supuesto, le encantaban las que tenían cuerpos de infarto como su empleada favorita, así que no le veía nada malo en abrirla de piernas para que le rogase por su herramienta, claro, si eso excluía una demanda por acoso laboral, lo haría, pero con aquella jovencita le costaba decidir si hacerlo o no, pese a que la balanza, tras verle los pezones, se inclinó a su favor.

Se relamió los labios y pasó los dedos por su barba entrecana. Iba a abrir la boca para decir algo ingenioso cuando las puertas del elevador se abrieron y Camila salió disparada tras una breve despedida que lo dejó con la ceja alzada y una sonrisa maliciosa en la boca, más cuando una manchita minúscula de humedad apareció en su falda, en la parte trasera, justo donde debía estar su sexo al sentarse.

Bueno, ya no tenía nada que pensar, solo dejaría que el momento llegase para hacerse con su bonita empleada que haría gritar de placer.

* * *

Corrió hasta su coche y entró con dificultad, con las piernas temblorosas, el pulso elevado, la piel hirviendo y los pechos pesados, así como el sexo muy húmedo, al punto que temió mojarlo todo a su paso.

¿Cómo era posible que un hombre lograra mortificarla tanto con su aroma? Sí, seguro, si hubiese estado al lado de su amo en el ascensor, no solo se hubiese empapado, sino que se habría desnudado y le habría suplicado para ser follada, no obstante, no le había pasado nada similar con otro hombre. Si bien su jefe siempre le pareció atractivo y muchas veces se montó escenarios junto a él, nunca se sintió tan nerviosa a su lado, mucho menos con esa clase de ansiedad.

Por poco se gira y le coquetea, por poco se acomoda la camisa para mostrarle un poco más, para hacerle ver lo que escondía bajo la ropa.

Encendió el aire acondicionado a tope y salió del estacionamiento. Condujo con furor y en menos de lo esperado, llegó a su casa. Al entrar, se desnudó sin prestar atención.

Marcos estaba en la sala y, cuando la vio despojándose de la camisa hasta arrancar los botones, subió tras ella a la habitación.

—Amor, amor —rogó cuando se echó en la cama y abrió las piernas con desesperación.

Su marido tragó con dificultad, solo llevaba puestas las medias y los tacones. Tenía los pechos llenos y el sexo húmedo e inflamado, como si se hubiese tocado por horas, pese a que no fue el caso.

—¿Quieres algo, cariño? —consultó al acercarse, nervioso e intranquilo por succionar sus labios vaginales, por embeberse una vez más con sus jugos de los que no podía cansarse.

Camila jadeó y se revolvió abriendo más las piernas que tenía flexionadas sobre la cama.

—Ve... por... las... bolas... —suplicó y se recostó para apretarse los pechos con apremio.

Quizá estaba demasiado estimulada, incluso una ligera capa de sudor le cubrió la piel y no sabía si podría resistir mucho más, para colmo, no tenía nada para comer y estaba famélica en más de un sentido.

Podría pedir comida, pero no sería suficiente.

Marcos volvió a los minutos con las bolas anales y la respiración entrecortada. Tragó por segunda vez con dificultad y cayó de rodillas entre las piernas de su pareja.

—Límpiame, amor, límpiame bien rico y luego méteme las bolas, necesito algo dentro y no puedo hacer que lo hagas tú —indicó apenas hablando con coherencia, pese a que solo quería que su deseo fuese saciado, algo que no iba a ocurrir con Marcos, se lo debía a su amo y dueño, al hombre que la tenía así, como gata en celo.

Jadeó y miró los labios dulces de su mujer antes de tomarla por debajo, de las cachas y llevarla a su boca que devoró su lubricación con voracidad, arrancándole gemidos, lamentos, haciendo que

palpitase contra sus labios, que le jalase del cabello y se revolviera. La sintió cerrarse y se alejó, atento a que no se corriese, no podía.

Sin previas, enojado por no poder llegar al final, en especial porque sus testículos latieron y se hincharon, así como su polla, sin poder eyacular, le metió las bolas de una sola estocada. Por suerte, las lubricó bien antes de volver del baño, porque no quiso hacerlo después de ello.

Camila jadeó, se arqueó y tembló volviendo a tocar el paraíso por un segundo, pese a que su mente y cuerpo se negaron a cooperar y la frustración la hizo caer en la cama.

Gimoteando, dejó que su marido se levantara y fuese por lo necesario para limpiarla bien y ponerle un poco de vaselina para evitar que la rozadura creciera. Se dejó hacer como una muñequita y Marcos disfrutó al contemplarla, al tocarla con delicadeza y ver de cerca la forma en la que sus músculos vibraron alrededor del juguete.

Más repuesta después de ser mimada con pañitos húmedos y la vaselina que sosegó un poco su apetito, se apoyó sobre sus codos y admiró a su esposo que seguía hincado entre sus piernas. Los morados dejados por los esbirros del mafioso se veían cada vez menos, y su labio partido se estaba recuperando, le pareció más sexy de aquella manera.

—Amor, ¿tienes hambre? —preguntó con un puchero lastimero.

Marcos alzó los ojos y se perdió en el gris de sus iris. Asintió.

Ella sonrió grande y se acomodó sin cerrar las piernas.

—¿Qué te parece si voy al supermercado por la compra y te preparo algo delicioso para que te chupes los dedos? —propuso con los ojos brillantes y una idea en la mente.

Se le frunció el ceño, creyó que le iba a decir otra cosa, no obstante, sabía que no tenía nada en la casa. Por norma, Camila hacía las compras el fin de semana, pero ese finde fue... diferente, así que no tenían nada y, a decir verdad, quiso hacerlo él mismo para agradarla, sin embargo, no sabía qué comprar, tampoco tenía dinero y le dio vergüenza llamarla al trabajo para consultar cosas que se suponía que debía saber.

—Puedo ayudar, si quieres —indicó cabizbajo y cortado, con la erección más dura, aunque no supo la razón, pudiese ser porque el culo de su mujer estaba frente a sus ojos, relleno con el juguete que le compró otro hombre y que él puso minutos atrás.

Camila sonrió más grande, enternecida por su marido que seguía gustándole tanto como la primera vez. No siempre se ve a un hombre de contextura media, con esa bonita sonrisa y esos ojos deslumbrantes hincado a sus pies, mucho menos tan sumiso.

Se recompuso y se sentó sobre el filo de la cama para acariciar las mejillas masculinas, su rostro normal, pero que, a su vez, le parecía atractivo, de lo contrario, no se hubiese casado con él, pese a que ahora era el hombre con el que menos quería follar, no así, sin que el dueño de sus fantasías estuviese presente.

—Eres una ternura, amor. Muchas gracias por quererme tanto, pero, creo que me gustaría ir

sola —apuntó con la voz tersa y una mirada tierna que caló hondo en su esposo—. Sin embargo, necesito tu ayuda en algo...

—Dímelo —se apuró Marcos solícito.

Se acercó y le regaló un beso en los labios, probándose en el proceso, pese a que fue un beso pequeño y dulce como algodón de azúcar.

—Quiero que me digas qué usar, que lo busques y me vistas, que me pongas lo que quieras... —Le guiñó un ojo al dejar implícito que podía hacer lo que quisiera con su ropa.

Los ojos cafés se abrieron al comprender la petición y una sola idea rondó por su cerebro: la vestiría como puta para que todos la viesen y quisieran tocarla.

Una sonrisa se formó en sus labios hasta coger forma y arrugar la comisura de sus ojos, en especial cuando recordó que en el supermercado muchos hombres lascivos se le acercaron antes para frotarse con ella, quizá, si la vestía con la ropa adecuada, podría pasar algo más... Algo que, como lo que sucedió con Bruno, Camila no pudiese evitar.

Con la cabeza saturada con esas imágenes, se levantó del suelo, la besó con entusiasmo y, dejándola asombrada sobre la cama, fue al guardarropa por todo lo que necesitaba para vestirla como la putita que era su mujer.

CAPÍTULO 7

Camila se recostó para esperarlo, extasiada con todo lo que estaba sucediendo. Antes de ese fin de semana en el que dio rienda suelta a su libido, jamás se imaginó estar tan necesitada por ser poseída por otro hombre, por ser tratada como un simple juguete para saciar las ansias de otros.

Le gustó aquella idea, ser como una muñeca durante el sexo tenía su punto. Era ceder el control total, dejar de pensar a sabiendas de que la otra persona procuraría su placer hasta que su cuerpo se estremeciera en múltiples orgasmos.

Recordó lo que sintió cuando se hincó ante los pies del mafioso y probó su dura erección, el poder que revitalizó sus células, que corrompió su mente. Para colmo, probarlo y sacarle gruñidos de placer aumentaron su deseo. Era como si todo lo que hiciera estuviese conectado de alguna manera a su cuerpo para espolear e insuflar su lascivia.

Jadeó y se despeinó con las manos con desesperación y ansia.

Marcos regresó a la habitación después de unos minutos en los que encontró lo que necesitaba. Ni siquiera tuvo que pensarlo mucho, en su cabeza aparecieron las prendas que debía ponerle a su mujer para que se viese como toda una «meretriz seductora». Incluso la vio, recorriendo los pasillos del supermercado, con ese bamboleo de caderas que lo enloquecía, mostrando algo más de lo que debería y, para colmo, con los tacones y las medias que llevaba. Sí, se vería como toda una puta que tentaría a más de alguno a sus pies en cuestión de segundos.

Tragó saliva y dejó las prendas sobre la cama.

Camila se alzó hasta volver a sentarse en el filo del colchón, expectante, aunque sus ojos se desviaron a las prendas y sonrió al ver lo que Marcos le llevó.

—¿Me vas a vestir, mi amor? —inquirió con un tierno puchero.

Marcos resopló y se mordió el labio, alentado por su desnudez y por lo caliente que sería vestirla como siempre la quiso ver, mientras la acariciaba en el proceso.

—Claro, te voy a arreglar para que le muestres a otros cómo se ve una mujer de verdad —respondió sin meditar en sus palabras.

Camila se rio por lo bajo y asintió para darle su autorización de hacer lo que quisiera con ella, bueno, casi lo que quisiera.

Tragó saliva y se humectó los labios al saberla receptiva. Cogió del montoncito unas braguitas blancas de encaje que pocas veces se las vio. Eran una de esas bragas pequeñas que se metían entre

las cachas y apenas cubrirían sus labios mayores, contaba con ello.

Las extendió y metió un pie entaconado en el primer hueco y luego en el otro. Camila se levantó y, sin apartarse de su posición sumisa, le puso la tanguita, se la subió por los muslos con la respiración contenida, las pasó por el trasero con dificultad y luego las alzó hasta poner el elástico encima del monte de venus, lo justo para cubrir su hendidura.

Jadeó y la miró desde abajo. Estaba preciosa, increíblemente sexy.

La braguita, tal como pensó, solo le cubrió lo necesario y se podía adivinar, entre el encaje, la separación de sus succulentos labios que hicieron agua su boca.

Tragó saliva y le pidió que girase para acomodar la parte trasera, además, quería cerciorarse de que las bolas no se le fuesen a caer.

Camila, maliciosa, con el pulso acelerado y con la electricidad recorriendo su cuerpo, se giró y le mostró el culo a su marido que gimoteó al ver sus masas de carne firmes.

Con cuidado, recolocó el listón que se aferró a las caderas y el corazón tejido sobre su rajita, encima, justo para darle cierta elegancia al fino hilo que se perdía en sus nalgas.

—Apoya las manos en la cama, necesito que te agaches y te abras el culo para verte el ojete y saber que no se te caerán las bolas —pidió con desfachatez, con la voz en un hilo.

Su sonrisa se amplió y, sin que eso significase que él tenía el dominio, le hizo caso. Se giró y agachó para abrirse de piernas y mostrarle su sexo.

Aspiró profundo cuando su aroma dulce y exótico caló en su nariz. No estaba mojadita como antes, en su lugar, solo se podía ver cierto brillo entre sus labios menores, nada muy llamativo, aunque eso significaba que tras el viaje podría revisarla para cerciorarse de cuán excitante resultó su plan.

Reacomodó el hilo entre los labios mayores, metiéndolo para hacer presión contra su coño. Inspiró entrecortado y, sin poder evitarlo, posó las manos en sus nalgas y se las amasó por un momento, presa de la lascivia que le provocaba ver a su mujer tan desinhibida.

Se irguió una vez más y giró para que Marcos la vistiera con las dos prendas que quedaban en la cama.

Cogió la faldita que eligió para la ocasión. Era una minifalda tableada que su esposa compró para jugar tenis en un torneo amistoso de beneficencia que organizó la empresa meses atrás. Se suponía que la faldita negra tenía unos shorts elásticos que iban a juego y estaban cocidos a la falda, sin embargo, Marcos no quería cubrirla así que se los cortó y, a juzgar por la sonrisa complacida de Camila, no pareció importarle la modificación a su ropa.

Con cuidado y reverencia, le hizo meter las piernas a la falda y la subió por sus turgentes muslos hasta llegar a su trasero en donde le costó pasar la prenda y tuvo que hacer fuerza, haciendo revotar sus preciosas nalgas sobre sus manos, hasta que ella bajó el cierre y se rio, con los ojos brillantes, de sus esfuerzos.

Una vez puesta la falda, arregló la tela de los volantes y se fijó si le quedaba tan pequeña por detrás como recordaba. Exhaló entrecortado cuando se la subió un centímetro más a la espalda para que se viesen la curvatura de sus nalgas y, con suerte, si se agachaba, le viesen hasta el coño.

—Me gusta tu elección, amor —susurró Camila, fascinada con la mente pervertida de su marido.

Marcos sonrió en respuesta y le reacomodó las medias. Las tiras de silicona que se afianzaban a sus muslos eran visibles por completo gracias a que la falda le llegaba por encima de los muslos, solo cubría unos centímetros por debajo de su sexo y hasta se podía ver la suavidad de sus tersas piernas por encima de las medias.

Para terminar, de pie, cogió la camisa elegida, una camisa ajustadísima de manga larga, blanca, que no dejaba nada a la imaginación. La prenda se ciñó por completo a sus curvas, a su cintura pequeña, a sus senos turgentes e hinchados como dos globos de carne con una obscena caída que, con cada paso los hacía rebotar. La prenda le llegaba justo por debajo del ombligo y dejaba un pedazo de abdomen sin cubrir, por supuesto, sus pezones se observaban con claridad, incluso se podía ver el color de sus areolas de durazno que lo hicieron salivar cuando le tocó los pechos para acomodárselos y erguirle las perlas para que así todos las viesen.

—Usa el aire acondicionado a tope, quiero que los tengas duros como piedras —musitó con ardor y la voz ronca.

La ceja de Camila se alzó, divertida y asintió, concediéndole su petición.

—¿Algo más, amor?

Tragó saliva y se humectó los labios. Alzó la vista después de recorrer la figura de su mujer vestida con esas prendas absurdas y pecaminosas que la hacían ver como la putita que era y que le provocaron una tremenda erección, en especial cuando pensó en lo que ocasionaría cuando saliera a la calle y todos los hombres la verían y desearían. Podía incluso tentar a alguno a cometer un pecado, a arrinconarla contra las frutas o el área de los frigoríficos y follarla en medio del supermercado. Aquella idea hizo que su pulso se acelerara y que le doliera el pene y los testículos.

—S-si haces al-algo, ¿me lo contarías? —preguntó con nerviosismo, a punto de reventar dentro de sus pantalones.

Camila le acarició la mejilla y lo miró con cariño.

—¿Quieres que lo haga?, ¿quieres que otro hombre me folle?

Asintió sin dudarlo, pese a que casi no movió la cabeza.

Su sonrisa se amplió al observarlo tan entregado a su nueva dinámica y se acercó para darle un suave beso en los labios y tocarle el abultado paquete que irguió la bragueta.

Gruñó y tembló con el ligero roce de la mano femenina que no logró abarcarlo o no quiso.

—No te corras, mi amor. Lo harás cuando otro hombre me tome y me domine, hasta entonces, creo que puedes guardar tus balas para cuando te cuente todo o quizá... —Aspiró y negó con la

cabeza, entretenida con el rumbo que dieron sus palabras que hasta a ella le sorprendieron, porque estuvo a punto de decirle que lo haría ver, una vez más, como otro hombre la dominaba y se hacía con sus agujeritos para corromper sus votos matrimoniales.

Con otro casto beso, dejándolo plantado en medio del dormitorio, salió de la habitación. Cogió su bolso y las llaves para partir hacia una nueva aventura, deseando saber lo que ocurriría.

CAPÍTULO 8

Disfrutó de las miradas indiscretas de los trabajadores del supermercado, de los hombres que iban con sus esposas y disimulaban para contemplar el meneo de su trasero o relamerse cuando se daban cuenta de que no llevaba sostén.

Más de alguna mujer la inspeccionó de pies a cabeza y murmuró las cuatro letras con las que ahora se identificaba. No, no le pareció peyorativo, le gustó que se refirieran a ella como una puta, que los hombres babearan ante el movimiento de sus curvas, ante la pesadez de sus contundentes tetas, que su cabello se agitara y que más de alguno se acercara solo para olfatear su esencia.

En las cajas, un hombre musculoso, tatuado, con piercings en el labio y la ceja, se acercó de más y, sin que nadie se diese cuenta, le frotó el trasero con su erección embutida en un pantalón deportivo.

Camila se dejó, no hizo ningún gesto para incentivar la fricción, pese a que le quitó la mano cuando este quiso tomarla por la cadera. No, no iba a ser descubierta en medio de todos, aunque si él hubiese sido inteligente habría podido hacer más sin casi tocarla.

Con las compras hechas, salió directo al auto y metió las bolsas en el portaequipaje, tuvo que dejar una en el suelo para reacomodar todo, y aprovechó que había un señor de unos cuarenta o cincuenta años estacionando su coche tipo sedan enfrente de ella para agacharse sin doblar las rodillas y mostrarle el culo y el coño con ese simple movimiento. El pitido salió del vehículo a su espalda por un segundo, el conductor, con el corazón descontrolado y los ojos bien abiertos, lo presionó sin darse cuenta, y gracias al sonido logró salir del transe y evitar chocar con el vehículo de al lado.

Camila se giró cuando tuvo todo bien puesto y le movió la mano en un saludo pícaro cuando el hombre salió del vehículo con cierta parte de su cuerpo punzando de excitación.

Con los ánimos renovados y un cosquilleo magnético que ponderó su sensualidad, se metió al coche, arrancó el motor y retrocedió para salir del parqueadero.

Dentro, subió el aire acondicionado y condujo a casa, no sin antes abrirse de piernas para meter más las braguitas en su coño mojadito. No estaba empapada, pero sentir las miradas, junto con las bolas anales que mortificaron su orificio trasero, pudieron con su sensatez y casi se masturba, hasta que recordó los ojos oscuros que la mantenían alerta pese a que no estaban cerca.

Suspiró y se fue a casa.

A diferencia de lo que Marcos esperaba que pasara, las intenciones de Camila nunca fueron llegar a tener sexo con un desconocido, más bien, solo quería jugar. Le hubiese gustado encontrarse con su entrenador, un hombre al que sí le tenía confianza y entonces meterse en los baños del supermercado para hacerle un trabajo manual o cualquier cosa sencilla, pese a ello, no desmeritó la experiencia y se prometió repetir en algún momento, aunque le hubiese gustado más que el mafioso fuese el encargado de dirigirla para la siguiente ocasión.

Resopló.

¿Cuánto tiempo más tendría que aguardar por él?

Su trasero se estaba adaptando a expandirse y apretarse, así que no debería tardar tanto. Quizás estaba demasiado entusiasmada con la idea de volver a verlo. Su promesa resonó en su psique. Él le dijo que le pertenecía, entonces, ¿por qué no cumplía con ello y la volvía a tomar?

Se mordió el labio, impaciente y en un semáforo se estacionó al lado de un chico que se giró por completo en cuanto la vio.

Ladeó la cara y estudió al muchacho. No tendría más que unos dieciocho o diecinueve años. Rastros de granos coloreaban su piel. Era delgado y alargado, bastante alto para un hombre promedio. Le sonrió al ver su expresión de desconcierto, en especial cuando miró sus pechos.

«¿Los quieres?» —articuló sin que su voz se elevase.

El chico, con la boca abierta y la fascinación haciendo brillar sus ojos agrandados por el asombro, asintió con la cabeza como un monigote.

Camila sonrió más grande y llevó las manos al dobladillo de la camisa para alzarla por dos segundos, tiempo en el que los ojos del muchacho se salieron de sus orbitas y su mandíbula cayó.

Se rio por lo bajo y acomodó la camisa, burlona, para, un segundo después, arrancar cuando la luz se puso en verde.

El pitido de los coches tras del muchacho sonaron con hosquedad y ya no supo si logró avanzar o se quedó pasmado tras el volante.

La adrenalina corrió por sus venas y se dijo que también lo haría más seguido, que se enseñaría a desconocidos que no pudiesen tocarla, aunque debía tener cuidado. Aquel joven le pareció inofensivo, en el momento no lo pensó, pero no todos eran así.

Apagó el aire acondicionado y decidió bajar la ventanilla para que el viento le diese en la cara y bajara su temperatura.

Era mejor no hacer tonterías y mantener la cabeza fría, de lo contrario, terminaría en una situación por la que nadie debería pasar.

Estacionó frente a la casa, apagó el vehículo tras subir el vidrio y abrió el portaequipaje para bajar las bolsas.

Pensativa, salió del coche y comenzó a sacar las compras, sin darse cuenta de que ciertos ojos celestes estaban viendo desde la ventana en la casa del vecino. Sus párpados se entornaron al ver a la

vecina luciendo tan espectacular y tentadora.

Sin dudarle, se puso de pie del sofá, su hermano menor le preguntó a dónde iba, pero no le respondió, solo estaba fijo en ir tras la vecina, en especial cuando el viento sopló y descubrió sus nalgas casi desnudas, no pudo ver mejor gracias a la distancia, sin embargo, le bastó para saber que no la dejaría ir una vez más.

Envalentonado, salió de su casa y, sin que ella le pidiese ayuda, se puso detrás para coger algunas bolsas de la compra, acorralándola contra el auto.

Camila dio un respingo al sentir su calor y se giró para ver el fibroso cuerpo de su joven vecino de veinte años que le sacaba toda una cabeza y era casi el doble de su tamaño, con unos músculos bien trabajados y un cuerpo increíble que la hizo sentir pequeña y femenina a su lado, incluso cuando le sacaba varios años.

—Tony, me alegra verte —saludó complacida de encontrarse con su vecino.

Una sonrisa cándida y dulce se formó en sus labios y pestañeó al verlo, coqueta.

El perro, sin saberlo, sería cazado por una dulce gatita que estaba calientita, en celo, aguardando para que un macho la dominara y creyera que fue su elección subyugarla, sin imaginar que todo era parte de una treta retorcida que comenzó con el marido de la gatita.

—¿Me ayudas, bebé? —preguntó con dulzura.

Tony se atragantó al escucharla y solo pudo asentir y pegarse más a Camila, que lo miró con cariño, con una clase de mirada que le detuvo el corazón para luego hacer que tuviese una arritmia cardíaca.

¡Joder, la vecina estaba más buena de lo que recordaba!

Camila no dijo más, no lo necesitaba, además, allí afuera los podrían ver y no quería que la acusaran de «asalta cunas», así que, con un movimiento sutil en el que se giró por completo, le rozó «sin querer» el bulto entre sus piernas y apretó las tetas a su abdomen, se escurrió de entre sus manos y, con un meneo excitante de caderas, lo invitó a entrar a su casa, para «ayudarla» con las compras.

Camila giró antes de abrir la puerta y le sonrió a su vecino, para luego guiñarle un ojo y, con esas imple señal, invitarlo para que entrase en sus dominios, donde le aguardaba algo más que el aroma del detergente que se coló por su nariz cuando cogió las bolsas, cerró la cajuela y se encaminó tras aquel culo respingón que lo llamó como las sirenas a los marineros.

Sí, aquella era toda una invitación que no desaprovecharía, aunque el mundo se terminase.

CAPÍTULO 9

Entró a la casa con un movimiento sensual de caderas y se fue directo a la cocina. Pensó en reproducir su anterior encuentro, con la diferencia de que esa vez lo dejaría llegar hasta el final.

Se relamió los labios con fruición, el corazón le pitó dentro del pecho y la viscosidad roció sus labios de excitación. Sí, deseó a su joven vecino, para qué negarlo, era inútil.

Quizá le llevaba algunos años, quizá no era buena idea tener sexo con un jovencito, no obstante, quería que aquellos brazos enormes y musculados la alzarán para reemplazar las bolas que cosquillearon en sus entrañas y le hicieron jadear cuando se paró frente a la encimera para dejar las compras.

Tony entró tras de ella, dando zancadas largas y firmes, casi sin poder respirar, con la sangre caliente revolucionando cada parte de su anatomía, en especial la parte que le colgaba entre las piernas que se engrosó con cada movimiento de las curvas femeninas que lo llamaron con más fuerza.

Joder, quería follarla, quería arrancarle esa mierda de ropa que llevaba su vecina y adentrarse en su coño hasta que le rogase por más. Quería ver su rostro de muñeca lasciva desfigurado por el placer. ¿Sería de las que gemirían como perras o de las calladas? No sabía y ni le importaba, solo quería hacer que se corriese una vez tras otra.

Le fascinó desde la primera vez que la vio. Había algo en la vecina, en Camila, que lo atrajo. Si bien era adolescente cuando la conoció, se creyó lo suficientemente maduro para poder con la preciosa vecina que cuidó a su hermano en más de alguna ocasión.

Todavía recordaba cuando, una noche en la que su hermano se ensució, lo bañó y su camisa blanca se transparentó revelando un sensual sujetador color carne de encaje. Los pezones se le irguieron y ni cuenta se dio de que le estaba mostrando sus preciosos pechos con tanto erotismo. Esa noche se masturbó hasta quedarse dormido, por suerte, su madre no entró a su cuarto al siguiente día sino, los pañuelos hechos bolas que adornaron su cama, así como el aroma encerrado a sexo, lo hubiesen delatado.

Desde esa noche soñó con Camila. Su primera vez fue con una chica que tenía los ojos grises, ni siquiera le gustaba mucho, pero al ver unos ojos similares a los de su vecina estuvo lo suficientemente encendido para durar más de cuatro minutos. No fue mucho, pero la chica jadeó como fierecilla cuando le reventó el coño imaginando que era otra mujer que dormía en la casa de al

lado y, aunque no se corrió, estuvo muy complacida con su primera vez.

La práctica lo hizo mejor, quería ser mejor para ella, para aquella mujer que deseó ver desnuda. En más de alguna ocasión se planteó espiarla, poner algo para ver el interior de la casa, alguna cámara que apuntase al baño de la pareja, sin embargo, estaba el problema de su marido, así que desistió.

Por supuesto, eso no quería decir que se detendría, al contrario, aprovecharía que Camila pasaba mucho tiempo sola para crear el momento perfecto. Ya no era un niño, tenía veinte años, un cuerpo grande que podría jugar con el de su vecina, así como una polla de un buen tamaño que metería en su interior en algún momento.

Lo veía, el marido de su vecino no era bueno, se notaba a varios metros que a ella le faltaba algo más, que su vida sexual no era nada gratificante. Y es que no lo comprendía, su marido era... normal, sin ningún atractivo, ni siquiera era más alto que él cuando se conocieron, así que, ¿cómo diablos consiguió a una mujer que estaba para chuparse los dedos?

Se perdió en el movimiento de su culo, en la forma en la que su falda bailaba con cada paso y mostraba la sombra de sus mofletes grandes, firmes y jugosos. Siempre le gustó su trasero. Tenía unas tetas grandes y deliciosas, pero su culo... su culo era fascinante, no solo por el movimiento de sus caderas que lo hacían rebotar con finura con cada paso, sino porque se imaginó abriéndola desde atrás para meter la cara en medio de sus masas y probar sus jugos tentadores que le hacían agua la boca de solo imaginarlos.

Seguro que en cuatro se veía preciosa, con las nalgas rebotando con cada impacto de su pelvis, con sus manos prensadas a su cintura para que no pudiese moverse y reventara su coño con cada penetración.

Suspiró más caliente que nunca.

La deseó, demasiado.

Camila giró el torso para verlo, regalarle una bonita sonrisa y una mirada medio inocente.

—Gracias por tu ayuda, Tony. La carga es muy pesada y pensaba que tendría que hacer más de un viaje al coche para bajar la compra. Ya sabes, sin Marcos para que me ayude... —Jadeó con fingido desánimo—. Me gusta que me apoyes, eso me hace sentir menos sola.

Se relamió los labios y su candor innato salió a flote y fue registrado por Tony como una muestra de su ingenuidad y dulzura.

Ni siquiera podía entender lo que sus gestos y su cuerpo provocaba en los hombres, ¿verdad? No, no lo creyó. Camila no era consciente de ello, de lo contrario, no lo habría invitado a entrar.

Se acercó con una sonrisa disimulada, pese a que lo que quería era pegarse a ella y arrancarle las bragas. Sería muy estimulante para su crecimiento estar con una mujer como su vecina.

—Descuida, cuando necesites algo me puedes pedir ayuda —se adelantó para poner las bolsas sobre la encimera, justo al lado de Camila.

—Eres una ternura, bebé —replicó con la voz suave, seductora y se acercó para acariciarle la mejilla sin rastro de vello, tersa y masculina.

—¿Tú marido no está? —preguntó deseando llegar hasta el final, porque si ese estúpido estaba cerca, no podría poner en marcha su plan.

Camila negó y suspiró con pesadez, pese a que no estaba segura de si estaba o no. Dudó que hubiese salido, no había razón para ello, sin embargo, no importaba, lo único que le interesaba es que Tony creyese que tenía tarjeta verde para hacer lo que pasó por su pervertida mente.

Se mordió y luego le sonrió, soltando su carnoso labio.

—Has crecido mucho, Tony, ya no eres el mismo niño que conocí, ahora eres todo un hombre —halagó con delicadeza, sin dejar de acariciar su rostro, hasta que bajó y le pasó el dorso de las uñas por el cuello, para después reposar la palma sobre su pectoral henchido.

Tony suspiró entrecortado, sus ojos celestes se perdieron en el rostro de Camila, en sus facciones, en sus pechos expuestos que vio más fijamente, encontrándose con el color durazno de sus areolas y sus pezones como dos guijarros que lo invitaron a tocarlos.

Su mente dejó de pensar, su vista se difuminó hasta que ascendió a su rostro y captó la lujuria haciéndose lugar en sus pupilas e iris grises.

No pudo más, le fue imposible resistirse a la tentación hecha mujer y, con brusquedad, la cogió de la nuca y estampó sus labios contra los femeninos, arrebatándole un beso salvaje y desequilibrado, en el que le devoró los labios como siempre soñó que haría.

Sus manos se fueron a la espalda femenina y la impulsó para apretarse contra su cuerpo, para restregar sus pechos redondos contra su abdomen cincelado y sentir el cosquilleo de sus pezones que se le antojaron, quería metérselos a la boca por unos segundos para después bajar, darle vuelta y comerse su coño al meter su cabeza entre sus masas de carne traseras.

¡Joder, cuánto quería hacerlo!

La tomó por sorpresa, en un principio, no supo qué hacer, no supo cómo reaccionar, hasta que sus labios hambrientos le abrieron la boca y sintió la suavidad de su lengua. Los fuegos artificiales estallaron, sus músculos se pegaron con brío contra sus curvas y se frotó contra la dureza de su abdomen con necesidad.

El fuego creció en su vientre, germinó como una braza pequeña que pronto prendió cada nervio de su ser hasta incendiar su sexo que no tardó en calar las braguitas que le rozaron el clitoris cuando Tony le alzó una pierna y la fricción le hizo ahogar un gemido.

Su interior se apretó y las bolas se movieron, el calor aumentó y su rostro se sonrojó.

Tony se apartó con desesperación, directo para bajar a su cuello, sin notar los chupetones anteriores mientras creaba unos nuevos al bajar hasta llegar a sus tetas.

La dobló para pegarse a su entrepierna y restregarse con su vientre, pese a que le ofreció su muslo para no solo estabilizar su cuerpo, sino también para estimular su pequeña rajita que sintió

empapada contra sus pantalones de chándal.

Gruñó cuando la humedad de su coño empapó sus pantalones y mordisqueó su pezón antes de lamer encima de la camisa ajustada. Empapó la prenda con rapidez. Sus labios salvajes enarbolaron sus sentidos y sus gemidos se hicieron más agudos, más febriles.

Tembló en sus manos masculinas que descendieron a su trasero para tratar de agarrar sus nalgas y frotarse con su cuerpo con urgencia.

No le importó nada, su cerebro quedó abrumado por la excitación, por la boca masculina que jugó con su pezón por un momento, solo unos pocos minutos, antes de ponerla en vertical y, sin que pudiese estabilizarse, voltear su cuerpo para seguir dominándola.

Ni siquiera le dijo una sola palabra, pese a que los gruñidos que salieron de lo más profundo de Tony fueron un buen indicador.

La acomodó para poner su trasero en pompa, para que sus manos se afianzaran a la encimera. Era tan sensible, tan calentita, tan suave, que solo quería cumplir su objetivo y meterse en su coño, aunque antes se prometió probarla y cumplir su sueño, por eso la giró.

Sus ojos se fueron a la minifalda que se alzó y cayó alrededor de su trasero, decorándolo con delicia. Bajó las pupilas dilatadas a sus nalgas turgentes, tersas y redondeadas. No le cabían en las manos, pese a que las tenía grandes.

A sus oídos llegó sus respiraciones tumultuosas, sus jadeos femeninos y todo en su interior se anudó. El miembro le punzó, sus testículos se encogieron y prepararon. No pudo más que hincarse entre sus piernas que abrió, para poder ver desde otro ángulo su feminidad que, desde que se acercó, le colmó las fosas nasales con esa esencia deliciosa, dulce y algo más que no supo identificar.

Salivó y le abrió los muslos para revelar el tanguita metido entre los labios de su coño, además, algo salía de su oscuro agujero. El ceño se le frunció y el corazón le palpité con más fuerza al entender lo que era.

Una sonrisa pícara se formó en sus labios.

—Creo que mi bonita vecina no es tan inocente —comentó con sarcasmo y sus manos movieron el anillo del juguete para torturar sus entrañas.

Tembló y gimoteó, encandilada por el fuego que la traspasó.

—Bebé, sé gentil conmigo. Estoy muy excitada —ronroneó Camila, acogiéndolo como el hombre que la haría llorar de placer.

Gotas de lubricación llenaron sus dedos. Los alzó y los llevó a sus ojos para ver la viscosidad incolora que se pegó a sus yemas. Jugó con los jugos de su vecina por unos segundos.

Sonrió con más entusiasmo. Con cuidado, le subió la falda por la espalda y luego apartó las braguitas para descubrir sus labios rosados, brillantes y calados, su agujerito pequeño de donde venía ese intoxicante aroma, pero, en lugar de meter la boca, cogió el anillo y lo movió.

Jadeó cuando la estimulación rozó cada parte de su interior, cuando le sacó y le metió la última

bola una y otra vez, desesperándola.

Palpitó, su vientre se quemó, sus manos se aferraron a la encimera y pegó la mejilla al frío material. Vibró y jadeó una tras otra vez, mientras los movimientos en su trasero aumentaron, ya no solo le metía y sacaba una bola, sino dos, luego tres y después le sacó el juguete por completo.

Un gruñido voraz fue todo lo que salió de sus labios antes de lanzarse contra sus pliegues para comerse su sexo como tanto necesitaba.

—¡Bebé! —gritó turbada.

La espalda se le arqueó, sus pechos revotaron contra el filo de la encimera, su coño se estremeció, en especial cuando la lengua masculina se adentró a su canal. La hizo lloriquear y correrse sobre el rostro juvenil de su vecino.

Tony no desistió, su sabor embriagante lo envenenó y sentir el calor de su jugo cubriendo su rostro lo fascinó, al punto de que todas sus venas se calcinaron, así como su mente que solo quería más y más del dulce elixir del que se embebió.

Sus labios, su lengua, incluso su nariz, mortificó sus pliegues, manteniéndola en la cima, hasta que un nuevo estallido la dobló y la hizo gritar hasta quedar sin voz, doblarse hacia el frente y empujar contra sus manos que amasaron su trasero, que le abrieron para meterse más en su canal y absorber su esencia con fruición, como si no pudiese más que devorarla.

El blanco más brillante se hizo con sus ojos que se abrieron cuando volvió a correrse, cuando una ola devastadora se hizo con su vientre y catapultó su cuerpo hacia la cima con un pellizco a su clitoris.

Jadeante, la dejó descansar, apartándose de su coño que deseó probar en otra ocasión con más tiempo, quizá cuando no estuviese tan sensible para mojar el suelo a sus pies.

Besó sus muslos y sus nalgas, recorrió con las manos sus piernas y metió los dedos en su carne cuando le volvió a abrir el trasero.

Sus dos agujeritos se le antojaron, ambos estaban tan cerrados y deliciosos que pensó que podría follarla por horas para meterse en su interior de mil maneras distintas.

Encandilado con su sexo, se levantó del suelo y amasó sus nalgas hasta enrojecerlas. Sin mucho preámbulo, se bajó el pantalón lo suficiente para sacar su protuberante erección que ya lagrimeaba por culpa de su vecina y la necesidad acuciante de perforarla y llenarla con su polución. Turbado, se enfíló directo a meterse en su coño.

De inmediato, al prever sus intenciones, giró la cabeza y puso la mano sobre su contraído canal.

—Espera, bebé, no puedes... —cortó jadeante y preocupada, en especial al ver el rostro masculino tan serio que, en un minuto se transformó para hacerlo ver mayor y salvaje.

Las manos masculinas en sus caderas la cogieron con más violencia y se frotó contra su palma.

—¿No puedo? —inquirió con la ceja alzada y la boca en una pequeña línea—. ¿Acaso es por tu estúpido marido que no te atreves a dejar que te folle, pese a que no te importó que te comiera el

coño? —vociferó molesto.

Tragó saliva al verlo parado tras ella, más grande de lo que alguna vez fue; grande, musculoso y masculino. Se relamió los labios y tomó aire por la boca.

Negó.

—No es eso, solo que estoy en mis días... peligrosos.

—¿Días peligrosos?

—Sí, ya sabes, podría quedar embarazada —explicó con delicadeza y suavidad.

Empuñó su miembro y lo masturbó con ternura, acariciándolo con tal gracia que suavizó su gesto.

—No me importa si quedas jodidamente embarazada —gruñó en respuesta, imaginándose cómo se vería cuando saliera su semen de su coñito, seguro le encantaría sentir su calor llenándola.

Torció una sonrisa y lo tocó con más intensidad, la suficiente para atormentarlo.

—No puedo quedar embarazada. Pero, a cambio, puedo darte algo más...

—¿Algo más? —consultó con la voz ronca entrecortada, embrujado con el roce de su tersa palma.

Asintió y pasó la punta por sus labios para mojar su polla con sus jugos.

—Sí, y sería solo tuyo, tuyo para hacer lo que quieras. —Aguardó un momento hasta que vio que sus pupilas se dilataron y su respiración se aceleró—. A mi marido no le gusta —mintió, pero sintió que debía hacerlo, la verdad no era una opción—. En cambio, a mí me encanta, me gusta más incluso. Y que tú lo hagas, bebé, sería... —jadeó al llevar su miembro grande y erguido directo a su trasero para que comprendiera— ... solo nuestro.

—¿Solo nuestro?

—Sí. Solo tuyo y... —lo metió en su culo, solo la punta. Ambos gimieron y sus dedos se enterraron en sus nalgas, abriéndola más al jalar su piel— ... mío.

Sin esperar más, sin poder pensar, con la mente nublada y los ojos fijos en su capullo metido en tan delicioso canal, no lo soportó y, con un duro movimiento de caderas, la penetró hasta adentrarse al final.

Gruñó, estaba caliente, estrecha, su anillo lo envolvió y apretó.

Jadeó y se arqueó. Sus entrañas se llenaron y dilató su trasero con su dureza. Estaba tan crecido, que no creyó que un joven como él pudiese tenerlo tan grande, casi tan grande como el del mafioso.

Lloriqueó cuando salió hasta solo dejar la punta y luego volvió entrar, esa vez, despacio. La tortura acrecentó el fuego que consumió su cuerpo, que la hizo temblar con más fuerza.

El corazón tronó en sus oídos, tenía los ojos fijos en su agujero que engulló su pene centímetro a centímetro, acariciándolo con su estrechez, con la tersura de su canal que palpité a su alrededor hasta enloquecerlo y hacer que la tomara de la cintura para reventar su interior.

Se salió hasta la mitad para embestirla una y otra vez, creando la perfecta fricción para

enloquecer, para sofocar sus lamentos, para hacer que su interior se prendiera en un incendio que estaba por destruir todo. Para más inri, estaba mojando el suelo bajo sus pies, sus tacones y medias se empaparon y sonrió por un segundo, triunfante, sabiendo que estaba follándose a la vecina, que ese agujero era suyo y que seguro en algún momento también le daría el coño y mucho más, porque la quiso para sí. ¿Cómo podía resistirse a una mujer tan pecaminosa, creada para cogerla de las caderas y hundirse en su interior?

No, no podía y no quería.

Estaba caliente, una capa fina de sudor la cubrió, su piel se sonrojó, sus labios se entreabrieron para buscar oxígeno, sus uñas arañaron la superficie de la encimera y, cuando fue demasiado, pegó una vez más la mejilla al material helado y, jadeante, abrió los párpados para descubrir a Marcos en el umbral de las escaleras, tocándose. Tenía el miembro de fuera, solo lo sacó de los pantalones y su mano se movió salvajemente sobre su eje, sin apartar los ojos de lo que le estaban haciendo a su esposa.

Marcos los oyó entrar, no estaba seguro de qué estaba pasando cuando escuchó la voz de otra persona en su casa. El vibrato grave no pasó desapercibido para sus oídos y bajó despacio las escaleras justo en el momento en el que el jovencito tomó por sorpresa a Camila para besarla y luego...

Ni siquiera se dio cuenta en el momento en el que su corazón bombeó lava líquida y tuvo que masturbarse, pese a que casi se corre cuando el muchacho apartó sus bragas encajadas en su coño, empapadas y jugó con su ojete.

¡Mierda, la estaba follando como todo un empotrador pese a que solo tenía veinte años!

Camila sonrió. Sus pupilas conectaron con las de su marido y le guiñó un ojo, complacida con lo que estaba sintiendo y viendo, al punto de que el remolino en su vientre tomó nuevas alturas y ante las miradas de los dos machos, se corrió con potencia, gimiendo, pegada a la encimera, apretando con brío la polla que tenía insertada en el culo.

Gritó y aulló cuando su vecina lo torturó con sus estremecimientos, con el sonido de sus caderas en colisión, con sus gemidos. Se dejó caer sobre sus espaldas, le subió la camisa y le apretó las tetas con las manos, moviéndose con rotundidad dentro de su anillo apretado que apenas lo dejaba entrar y salir, pero no quería que terminara sin él, más bien, que regresara del cielo sola.

Le pellizcó los pezones, le perforó las entrañas, sus testículos se apretujaron, le pegaron directo en el clítoris y el corrientazo eléctrico los alcanzó a ambos cuando el orgasmo de Camila tomó nuevos rumbos cuando el pene de su vecino se engrosó y el rayo atravesó su cuerpo para correrse con demasiada fuerza para que Tony soportara.

Eyaculó en su culo con violencia, entre bramidos lobunos que ahogó en la curvatura de su cuello que besó. Apretó sus tetas con sus palmas hasta que la carne se derramó entre sus dedos y se hundió a lo más profundo de su trasero, de su exquisito culo que le pertenecía y se convirtió en su

lugar favorito de todo el mundo.

Todo se ennegreció cuando llegó al nirvana por ¿cuarta vez? Ya ni lo sabía.

Sus párpados se abrieron con pesadez, con el cuerpo de su vecino sobre el suyo, con su mástil todavía erguido en su interior, pero no lo vio, sino a su marido, cubierto en su propio semen, que ensució no solo su camisa, sino que llegó hasta tocar su barbilla y una gota se coló a su labio inferior.

Sonrió feliz y maliciosa, deleitándose con la escena, con la intromisión de otro hombre más a su vida que, por lo visto, no solo la complacía a ella.

Parecía que las cosas se estaban acomodando para potenciar su nueva vida.

CAPÍTULO 10

Tras el delicioso asalto con su vecino, lo dejó ir con un suave beso en los labios. Le reacomodó la ropa, le agradeció por hacerla tan feliz y le prometió que podría hacerlo cuando quisiera, quizás así cumpliría su fantasía de follar con él en su cama, al lado de Marcos, con este «dormido», al menos para que el veinteañero no supiera del juego que tenía con su marido y el mafioso.

Suspiró cuando le metió la herramienta en los pantalones y le dio otro beso en los labios. Ella no se arregló, despeinada, con los pechos al aire, las bragas corridas y manchadas, oliendo a sexo y a pecado, lo echó, asegurándole que luego podrían hacer más.

Cuando Tony se fue, Marcos salió de la oscuridad de las escaleras y Camila le hizo una señal con el índice para que se acercara.

Manso y excitado, caminó hasta estar a unos pasos de su mujer, que se subió a la encimera y se abrió de piernas.

—Amor, ¿me limpias? —preguntó con uno de esos pucheros sexys que comenzaban a trastornar la manera en la que veía a su mujer.

Asintió y se agachó para abrir sus pliegues con los dedos. La miró a los ojos por un segundo, antes de sacar la lengua y, sin importar la mezcla de fluidos, la lamió con exaltación, saboreando el sabor de Camila, los jugos que salieron de su coño que trató de asear y manipular al alzar los gemidos y jadeos de su mujer a la que le temblaron los muslos y los pechos.

Estaba, francamente, adorable tras ser follada por un hombre mucho más joven que ellos.

Lamió, succionó y jugueteó con su clitoris, hasta que Camila se tensó sin dejar que el orgasmo, que quedó a las puertas de su psique, le arrebatase el aliento.

Lo apartó con cuidado, dejando un rastro de jugo en su barbilla. Le sonrió con candor y barrió su lubricación con la mano para asear la cara de su esposo.

—Eres lo mejor que me ha pasado, mi amor. No sabes cuánto te amo —susurró emocionada por el brillo que vio en sus pupilas dilatadas, por la erección que se volvió a formar en sus pantalones y el deseo que doblegó cada parte de su ser.

Marcos sonrió encantado con su esposa, con su reina, con su señora y dueña, porque eso es lo que era la mujer que tenía enfrente, la mujer que le abría sus piernas después de que otro hombre la follaba y le hacía probar el gusto de ser un cornudo, como tantas veces soñó, algo que nunca creyó que pasaría pese a que se convirtió en su realidad, una que esperaba que jamás terminase, al

contrario, quería ver cuál sería el siguiente paso de su esposa.

* * *

Desnuda, porque no se volvió a vestir, aunque se quedó con los tacones y las medias, le preparó una sustanciosa cena a Marcos en recompensa y, mientras comía, le relató los detalles de lo que sucedió en el supermercado y luego con Tony, a quien seriamente pensó en dejarle su trasero las veces que quisiera y así se lo propuso.

—¿No crees que sería estimulante que entrase a la casa cuando quisiera para perforarme hasta enloquecer? —consultó con suspicacia, con los ojos deslumbrantes y una sonrisa dulce en los labios.

Tragó saliva, no pudo responderle a su esposa, mucho menos cuando la mano femenina subió por su muslo y lo masturbó al contarle sus sueños más prohibidos, desde ese en el que se vio siendo sometida por el vecino cuando estaba en el baño, antes de que el mafioso los raptara, o el otro en el que quería profanar su habitación cuando Tony la tomase por la noche, despertándola de un excitante sueño para llenarla con su calor.

Se corrió en la mano de su mujer y esta, sin remilgos, se lo llevó a la boca y lamió su polución como una gatita que quiere su leche mientras le sonreía.

Por supuesto, esa noche no lo tocó, pese a que lo abrazó en la cama, durmió sobre su pecho, desnuda y tranquila, más relajada después de tener sexo sin control con el vecino.

Al día siguiente, no pasó nada, fue como si algo volviese a la normalidad, casi, porque después del trabajo le pidió que le metiera las bolas anales y le comiera el coño por varios minutos, sin poder correrse gracias a las instrucciones del dueño del casino.

Bajaron a ver una película, ella desnuda y él vestido por completo. Vieron una comedia extraña, de esas que solo le gustaban a Camila, sin embargo, al recostarse sobre su regazo, le dejó jugar con sus pechos y su coño, así que estuvo más que entretenido hasta que se fueron a dormir, abrazados y tranquilos, embriagados por su nueva forma de vida, ya no solo con otros, sino entre ellos, porque Camila estaba muy cariñosa, lo besaba con candor, lo miraba con dulzura y lo tocaba con sensibilidad, como solo una mujer enamorada hace, aun cuando su cuerpo le pertenecía a otro u otros, algo demasiado excitante para desear que cambiase.

Claro, ninguno de los dos sabía lo que se desencadenaría en poco tiempo, sin que pudiesen controlarlo, sin que pudiesen preverlo, pese a que pronto lo descubrirían y sabrían cuán profundo estaban en el hoyo que Bruno preparó para ellos.

CAPÍTULO 11

La alarma del despertador sonó demasiado temprano para su gusto. ¡Con lo bien que estaba dormida sobre el pecho de su esposo! Dormitando, se alejó y se estiró hasta que se sentó sobre la cama y parpadeó para acostumbrarse a la luz.

Tenía los músculos relajados, el cuerpo liviano y cierto calor en su entrepierna del que parecía no deshacerse por mucho tiempo en esos días. El movimiento provocó que el juguete acariciara las paredes y el anillo de su trasero deliciosamente. La noche anterior estaba tan agotada que se olvidó de sacarlo.

Sacudió la cabeza y, en traje de Eva, se fue a la ducha, donde se limpió a consciencia y se sacó el juguete que dejó sobre la encimera, preparado para nuevas aventuras, pese a que no planeó usarlo ese día. Aquel benditoartilugio estaba sofocando sus entrañas que no podía complacer hasta alcanzar el clímax. Quería hacerlo, quería ponerse creativa, quizá buscar al dueño de sus fantasías y sueños húmedos y tener otro desenfrenado fin de semana.

Jadeó cuando se masajeó los pechos y luego se aclaró el cuerpo.

De no ser por el despertador, su sueño profano hubiese llegado a un satisfactorio final.

Sonrió al recordarlo, al pensar en el mafioso de ojos oscuros y piel tan clara como la leche. Sí, era un hombre demasiado atractivo y viril para olvidarlo, al menos ella no pudo. Y claro, cuando en su mente lo vio entrar a su habitación para arrancarle la ropa que llevaba, un picardías blanco de suave y delicado encaje, para luego hacerle probar su protuberante erección mientras le comía el coño, corriéndose dos veces con su boca masculina, golosa, sin hacer lo propio en la suya, pudo con su resistencia.

Sus manos apretaron sus pechos y gimió frustrada.

Lo peor llegó después, cuando en el sueño la movió en una nueva posición y la penetró de una profunda estocada, follándola como lo hizo ese sábado, como siempre quiso que lo hicieran. Sus miradas conectaron, sus ojos la hipnotizaron y ella jadeó para él, embriagada con su esencia masculina, con su expresión retadora que la hizo temblar y... Casi estuvo a punto de correrse en la realidad cuando bajó y la besó con devoción y entrega, cuando estuvo a punto de eyacular dentro de su vagina, inundándola con su semilla.

¡Dios, ella podía tener sus hijos!

Aquella idea le plació, no en sí tener hijos, sino el hecho de quedar marcada con su aroma.

Aunque también se pudo visualizar embarazada del mafioso, seguro sería sobreprotector, celoso, y haría que Marcos la viese correrse mientras le hacía mil cosas, y entonces solo serían los tres, sin embargo, ¿era eso lo que realmente quería? No lo sabía.

Salió de la ducha y se secó con rapidez. Fue al tocador y se enrolló el cabello en la toalla.

Al salir, Marcos la estaba esperando con una gran sonrisa.

—¿Por qué te despertaste tan temprano, mi amor? —preguntó extrañada y confundida, con los ojos fijos en las perlas cafés de su marido al que se le amplió la sonrisa.

—Es que he tenido una idea.

—Ajá...

—Si me dejas y quieres —inició inseguro y se removió en el sitio, poniéndose mejor el pantalón verde de chándal que llevaba puesto, la única prenda que cubría su cuerpo, pese a que la incipiente erección no pasó desapercibida para su mujer—, podría... ya sabes... vestirme como el otro día.

Pestañeó pasmada y sus cejas se alzaron.

—No lo haría con prendas tan reveladoras, descuida, sé que tu trabajo es importante, y hasta que me acepten en un nuevo puesto no tenemos más que tu salario, sin embargo, quiero... —tragó saliva con dificultad y el gesto tenso en su rostro suavizó a Camila quien sonrió y asintió, cortando la diatriba que estaba a punto de salir de la boca de su esposo.

—Está bien, hazlo, vísteme como quieras —aceptó animada.

Dejó salir el aire y sus facciones se modificaron, la emoción ascendió por su cuerpo que, en caliente, salió directo hasta el vestidor de su mujer, no sin antes darle un rápido beso en los labios.

Sonrió y negó con la cabeza, divertida con el entusiasmo casi infantil de su marido.

Con calma, se sentó tras el tocador y se secó el cabello para dibujar suaves ondas en su melena oscura. Se maquilló con sobriedad. Ese día tenía la presentación ante su jefe y quería exteriorizar madurez y profesionalismo. Hizo todos los cambios que Villalobos le pidió que hiciera en el proyecto e incluso pensó en una ligera modificación para que el producto fuese más eficiente, tendrían que hacer un estudio de mercado, por supuesto, pero si todo iba bien, pronto se vería reflejado en las utilidades de la empresa.

Antes de pintarse los labios con un labial suave que combinaba con el color natural de su boca, un mensaje de texto llegó a su móvil. Sin pensar, en automático, cogió el aparato, lo desbloqueó y presionó la notificación para ver el mensaje de texto que llegó a la app de mensajería con una fotografía adjunta.

Sus cejas se juntaron. No reconoció el número, pero cuando leyó y vio la foto, no fue necesario preguntarlo para intuir a quién le pertenecía la línea. Aspiró temblorosa, su cuerpo se incendió, su vientre se apretó y un jadeo pequeño brotó de lo más profundo de su ser.

«Espero que no me hayas olvidado, preciosa, porque yo no lo he hecho, al contrario, te he tenido tan presente que me duele la mano, aunque supongo que en tu caso has podido

disfrutar de tu libertad, ¿verdad?»

El aire burlón impregnado en el mensaje le hizo morderse el labio y sus dedos apretaron el aparato.

Abajo del mensaje había una fotografía de ella entrando a la casa, coqueta, vestida con la minifalda que se voló justo cuando capturaron la foto, descubriendo parte de su culo.

A esta, se le sumó otra, de ese mismo día, en la que Tony aparecía mirando hacia la izquierda, nervioso, con la mano sobre la puerta de su casa, listo para entrar.

Otra más llegó, de Tony saliendo de su casa, con la cara relajada por el placer obtenido entre sus piernas, peinándose la rubia melena.

Tragó saliva y todo su cuerpo se enredó ante la sensación de estar siendo observada. En su situación, una persona normal temería por su integridad física y psicológica, pero no Camila, mucho menos ante Bruno.

No, él no le haría daño, al contrario, la estaba cuidando, o al menos eso se dijo, en especial cuando sus labios vaginales se humedecieron y tuvo que aspirar aire hasta insuflar su pecho para soltar la sensación, al final, no podía hacer nada con su excitación, solo aumentarla para luego echarla por el precipicio sin que la abandonara por completo.

Antes de que pudiese responder, otro mensaje llegó a su móvil.

«Quiero que hoy uses el vibrador que te regalé. En tu trabajo, antes de esa junta importante que sé que tienes, lo metes en tu hermoso coño y haré que hables como un bonito canario. Descuida, no pasará nada malo, quizá te sonrojes y tu voz se vuelva más erótica, pero no dejaré que nadie más vea cómo hago que te corras, ese es un privilegio solo para el cornudo de tu marido y quien yo quiera, así como ese vecino tuyo, ¿verdad?

Piensa en mí, preciosa, así como yo pensaré en ti y en tu honor le pringaré la cara a una zorrita cualquiera que me comerá la polla. Me esperaré a tener tu coño, al cual follaré, así que no te pongas celosa, solo haré que usen su boca, ya que tengo un coño en el cual descargarme, un coño que es solo Mío».

Dejó de respirar, su cuerpo vibró con cada palabra, con la imagen que se proyectó en su cerebro y la hizo pensar en lo que estaría haciendo cuando le envió aquel sucio mensaje.

¿Pensaría en su sexo calado y sonrojado? ¿Cómo podía decir algo así? Además, se proclamó dueño de su vagina, de todo lo que tenía y la marcó de alguna forma que no podía comprender, pese a que la excitó demasiado.

Se mordió el carrillo con fuerza y apretó los muslos.

No respondió, ¿qué podía decir?: ¿qué lo haría? A esas alturas, no dudó que la estuviese vigilando dentro y fuera de su casa, que tuviese cámaras hasta en el baño e incluso en su oficina. Claro que la agenda de sus juntas y compromisos se podía obtener en línea con solo tener acceso a la contraseña que tenían ella y su secretaria, quien la dejaba pegada sobre su escritorio, y las fotos eran de afuera de su casa, no hubo ni una sola de lo que hizo con Tony, aun así, no dudó que, con su

poder y recursos pudiese hackear su móvil, el ordenador de la oficina, las cámaras de seguridad, instalar otras para verla desde todos los ángulos y... Pues no le importó.

Estaba mal, lo supo, quizá debía alejarse de todo y volver a sus cabales, regresar a ser solo la esposa de Marcos y honrar sus votos, no obstante, aquella idea ablandó su sonrisa, sus hombros cayeron y negó. No, no podía apartarse, no había marcha atrás, estaba subida en el tren lascivo que iba conducido por el hombre que la raptó, el hombre que le mostró el placer de suspirar por otro, de dejarse controlar por las manos capaces y masculinas de un macho, de un dominante.

Quizá no era lo mejor, quizá todo terminaría mal, quizás estaba moviendo el límite demasiado, muy pronto, sobrepasando las reglas sociales hasta romperlas, pese a ello, estaba dispuesta a afrontar las consecuencias sin importar nada, al final, supo que su matrimonio estaría bien, y mientras se controlara en su trabajo, no habría dificultad, no tendría problemas, así que, solo tenía que ser inteligente y saber dónde comportarse como la zorrilla que su amo quería que fuese.

CAPÍTULO 12

Marcos regresó del armario con un vestido formal ajustado, blanco, y una americana corta, ceñida, rosada, con el corte tipo bolero un poco más cuadrado.

Sus cejas se alzaron al ver las prendas, en especial los zapatos rojos que iban a juego con el bolso.

—¿Así que ahora serás mi modista? —quiso saber, risueña.

Marcos encogió los hombros y su sonrisa se ensanchó cuando colocó las prendas sobre la cama y, del bolsillo del chándal sacó unas medias transparentes hasta los muslos, un ligero blanco, suave y delicado que iban a juego con unas bragas del mismo material, no tan pequeñas como las que le hizo usar para ir al supermercado, pero tampoco tan decentes para usarlas en la oficina. Era obvio que la falta de sujetador fue a propósito.

Chistó y asintió, feliz con la elección de su marido, no solo porque escondería ese toque salvaje y sensual dentro de las prendas, sino porque podría tener acceso a sus pechos al no utilizar sostén, en especial porque el vestido era elástico y su suave tela carecía de doble fondo, lo que significaba que sus pechos tendrían que ser resguardados por la chaqueta si no quería que sus compañeros de trabajo adivinasen dónde estaba sus deliciosos pezones erguidos.

—Bien hecho, amor —reconoció, se puso de pie y le dio un beso en los labios, para autorizar a que la vistiera, prenda a prenda, disfrutando de la suavidad de su piel cuando subió las medias, cuando le colocó el ligero y le puso las bragas, cuando la hizo entrar en el vestido y le acomodó los pechos tal como hizo la otra vez, para terminar, la ayudó a enfundarse los tacones y ponerse la chaqueta.

La hizo sentarse en la cama para reorganizar su bolso. Lo miró entretenida, con una sonrisa relajada y candorosa en los labios, las piernas cruzadas con elegancia y las manos detenidas contra la cama, más que entretenida con la forma en la que su esposo, con paciencia, pasó sus cosas del bolso que llevó al trabajo el día anterior al rojo que le encontró para ese día.

—Ah, tienes que meter el vibrador para que mi amo pueda estimularme —indicó como si tal cosa.

Marcos se detuvo al escucharla y giró con tanta prisa que casi se mareó.

—¿Qué...?

Se relamió los labios y, con cuidado y paciencia, le explicó el mensaje que le llegó a su móvil,

para luego, de pie, instarlo a que fuese por el nuevo juguete a su cajón en el baño para meterlo entre sus cosas.

Marcos volvió con el aparato tras unos minutos, miró el huevo metálico entre el horror y la excitación que se hizo visible en su pantalón.

—¿Segura? —consultó llevando sus pupilas dilatadas al rostro femenino de su esposa que solo sonrió y tendió su mano para coger el vibrador.

—Sí, completamente. Haré lo que me dijo, lo sabes, y lo disfrutaré.

Movió la cabeza sin comprenderla, porque creía que eso sería demasiado para Camila. Ella... no era tan audaz, o quizá sí.

Guardó el juguete y lo tomó de la mejilla para darle un beso en los labios y, con ello, despedirse con la promesa de relatarle lo que pasaría ese día.

* * *

Sus uñas repiquetearon sobre la mesa del escritorio, nerviosa, con el corazón ansioso, latiendo con dificultad. Sus pupilas quedaron fijas sobre la bala plateada, helada, que tenía sobre el escritorio.

Faltaban unos minutos para la reunión. El vibrador no se activó en ningún momento, pese a que, en cuanto llegó a la oficina, su «amo» le envió las instrucciones para enlazarlo con la app que él controlaría desde donde fuera que estuviese.

Se mordió el labio y los dedos de los pies se le encogieron.

Sí, estaba mojada, pero no tanto como otras veces. Lo cierto es que fue una mañana ajetreada y no le dio tiempo ni para sentir el peso de sus pechos casi desnudos, ni siquiera le puso atención al roce de las medias, al ligero que envolvía con finura su vientre. No estaba pensando en nada más que en cumplir su trabajo.

Entonces su secretaria entró a su oficina para recordarle que en unos minutos tenía la reunión y todo se fue al diablo.

El pitido de su móvil la hizo salir de su estado de completa concentración y cogió el aparato que brilló con la notificación.

«Vamos, ¿a qué esperas?, metete ya el vibrador en el coño que lo quiero activar».

Tragó con dificultad al leer el mensaje. Sus ojos inspeccionaron la habitación, pero no vio nada, nada que pudiese parecer una cámara, un micrófono o cualquier cosa. Tal vez el juguete tenía incorporado algún sensor para saber si la persona lo tenía dentro o no.

Sus dientes pinzaron con más fuerza su labio y, sin querer pensar más tiempo, cogió la bala entre las manos y la miró por un segundo, antes de reacomodarse para subir su vestido y abrir las piernas, poniéndolas sobre el reposabrazos de la silla ejecutiva. Aspiró hondo y tembló al exhalar.

Tragó saliva y apartó las braguitas para tocar su clitoris con suavidad, apenas un roce excitante para provocarse y hacer que sus fluidos salieran de su escondite.

Cerró los ojos y, cuando creyó que podía soportar la intrusión de la bala, la llevó a su pequeño agujero casi cerrado y la metió despacio, mortalmente despacio. Sus piernas vibraron, dejó de respirar, su corazón galopó con violencia dentro de su pecho, hasta que su sexo succionó el huevo metálico y el frío caló su interior con una nueva sensación.

Gimió por lo bajo y sonrió intranquila.

«Debí calentarlo con mi boca» —pensó con duda y sus músculos internos se movieron para acoger el juguete.

Bajó las piernas y se acomodó las bragas para así evitar que ocurriese un accidente. Se limpió las manos con toallas húmedas, justo a tiempo cuando su secretaria le llamó por la línea interna para avisarle que la reunión comenzaría en breve.

Chasqueó la lengua, se levantó, cogió las cosas, se arregló la ropa, alisando la falda y cerrando la chaqueta para luego, con fuerza, alzar la cara, cuadrar los hombros y salir de la oficina como si no llevase nada entre las piernas.

El huevo se friccionó en su interior y con cada paso el calor reptó en su centro con cadencia, tan lento que casi se estremece al salir de su oficina, por suerte, pudo sobrellevarlo y cruzó unas cuantas palabras con su secretaria antes de enfilarse a la sala de reuniones, donde ya estaban algunos directivos, pese a que faltaba el CEO, su jefe.

En cuanto entró en la sala, una ligera vibración accionó el vibrador que estimuló las paredes de su coño.

Sus ojos se abrieron y miró hacia todos lados. El zumbido no se escuchaba, pero sus oídos lo sintieron tan fuerte que creyó que todos sabrían lo que ocurría. Su libido se disparó, sus mejillas se sonrojaron, sus muslos se apretaron y carraspeó cuando uno de los directivos se giró y la vio apretada contra la puerta, tan tensa que le hizo fruncir el ceño.

Tuvo que disimular y poner su mejor sonrisa falsa para adentrarse y sentarse en su lugar, muy al fondo de la «cadena alimenticia». Por desgracia, era un lugar en el que todos podrían verla.

Puso sus cosas sobre la mesa, con cuidado, arregló su ropa por segunda ocasión y se sentó tras cerciorarse de que sus pezones erguidos no fuesen visibles a través de la tela.

Se mordió el carrillo y, al siguiente segundo, el vibrador se apagó. Suspiró aliviada, pese a que el gusanillo del placer se enroscó en su vientre y le hizo imaginarse en mil escenarios pecaminosos en los que la desnudaban en frente de todos, la subían sobre la mesa, con las piernas abiertas para ver cómo se corría como una cualquiera, mientras ellos sacaban sus pollas de muchos tamaños, colores y formas para masturbarse en su honor y llenarla con sus poluciones calientes y espesas. ¿Cuántos de ellos no desearían verla cubierta de semen, a ella, una mujer mucho más joven que la mayoría?

Se mordió con más fuerza e inhaló profundo para desechar esas ideas que solo harían que se equivocara en su presentación. No era momento para eso.

Repasó mentalmente lo que diría en unos minutos y soltó la tensión de sus hombros, de su cuello.

Los ejecutivos y empleados entraron y, tras unos minutos más, el CEO, su jefe, el licenciado Villalobos, fue el último en ingresar a la habitación. Todos giraron sus rostros para observarlo y fingir un saludo profesional, pese a que más de alguno estaba nervioso por la agenda a discutir ese día.

Dejó de pensar en el calor de su centro y se concentró más en su trabajo, al punto de que olvidó tener el vibrador dentro, en especial porque no se activó de nuevo, en su lugar, escuchó atentamente las presentaciones de sus compañeros, así como las aportaciones de los demás y los temas de interés en los que se delegaron las funciones a ejecutar en esos próximos días.

Cuando le llegó su turno, se levantó con gracia de la silla y fue directo al proyector para poner

las gráficas en la pantalla para que así todos viesen los cambios que hizo al proyecto.

Su voz salió con fuerza y dulzura, esa mezcla que la caracterizaba y la hizo ascender gracias a su asertividad y esfuerzo que no solo se notaba en su confianza al hablar de su trabajo, sino en todo lo que hacía.

Señaló el estudio de mercado que tendrían que hacer para fortalecer sus afirmaciones, girándose hacia la pantalla para apuntar con la mano lo que podría afectarse de no resultar el estudio como indicaban sus proyecciones y, justo en ese instante, sin que pudiese preverlo, concentrada en su ponencia, en la forma en la que captó la atención de todos, el vibrador se encendió.

Sus ojos se abrieron, un rayo eléctrico atravesó su cuerpo, tensándolo ante la fricción que mojó sus braguitas y le cortó el pensamiento.

Todos se miraron cuando se calló y apretó las piernas, pese a que eso último no lo notaron.

Tragó saliva y, asustada, se relamió los labios.

—¿Señorita? —preguntó uno de los ejecutivos para llamar su atención.

Palpitó, su interior pulsó al verse observada por todos los presentes, casi todos hombres, hombres adultos, formales y estrictos, en especial, el señor Villalobos, que ladeó la cabeza y la miró con fijeza.

Tembló, los nervios y el deseo se alzaron a partes iguales, la euforia de ser observada mientras su coño era estimulado encendió cada fibra de su cuerpo y arañó sus entrañas.

Carraspeó y absorbió el aire a su alrededor para fingir que la deliciosa vibración no estaba licuando su mente y continuó.

Trató de hacer memoria de qué estaba diciendo, no obstante, tuvo que retroceder para poder seguir adelante, mientras el vibrador rezumbaba en sus oídos y sus pezones se ponía durísimos al punto de que uno de sus compañeros, sentado cerca de donde estaba, agudizó la vista para descubrir la sombra de sus perlas de durazno.

Las cejas masculinas se alzaron y sus ojos ascendieron para descubrir el sonrojo en las mejillas femeninas. ¿Qué le pasaba, sería el frío?

No dijo nada, pero se relamió al verla, le pareció más sexy que nunca, no es que no le pareciera atractiva desde antes, pero era tan seria que mejor la repelía, en cambio, mientras hablaba, su discurso se volvió más... ¿suave? No, esa no era la palabra correcta, quizá más ¿agudo? Un poco, pero no lo definía por completo, pese a que en conjunto le hizo pensar que esa delicada y femenina voz se asemejaba a las mujeres que salían en los vídeos que a veces veía cuando a su mujer «le dolía la cabeza».

«Joder casi parece que está gimiendo!» —pensó asombrado y la miró con más fijeza.

El CEO ladeó más la cabeza y se acercó a la mesa, alerta ante los signos visibles que otros creyeron que era vergüenza y nerviosismo por la pausa hecha, esa pausa que nunca tuvo en sus anteriores presentaciones.

Observó a su empleada favorita, a la preciosa Camila que tanto le provocaba, incluso lo incitaba a romper las reglas para descubrir lo que se guardaba bajo las capas de tela que la adornaban. ¿De qué color tendría las areolas? Sus ojos se encontraron con los grises brillantes y ella se relamió con fruición, con una expresión lasciva que lo obligó a recomponerse sobre su asiento al sentir la punzada en la entrepierna.

Su respiración se hizo más pesada, la vibración en su coño aumentó un segundo atrás, justo cuando su jefe puso toda su atención en ella. Se estaba quemando, tenía las braguitas empapadas y creyó que mojaría el suelo a sus pies, que el océano que se albergaba en su centro pronto rompería la represa a la que se estaba sosteniendo para no correrse en medio de la sala.

Por suerte, su mente se puso en piloto automático y logró sobrellevar su discurso, pese a que su cuerpo estaba a punto de hacer erupción, con el calor coloreando sus mejillas, su escote, con los músculos tensos, el vientre encogido y palpitante, los muslos templados para no dejar escapar la bala.

Estaba por llegar, su mano alcanzó la mesa y su respiración salió más apurada. Su compañero y su jefe, los únicos que comprendieron un poco lo que estaba pasando, la miraron con completo interés, deseando saber cómo terminaría aquella presentación, si sería con Camila retorciéndose al llegar al nirvana, apretándose un pecho con una mano y sostenida a la mesa con la otra, arqueada, con los ojos cerrados, mientras gemidos acuosos saldrían de sus labios, mientras sus rodillas se vencían para juntarse y no dejar escapar las dulces gotitas de su esencia que perfumarían el ambiente.

Pero no sucedió, en su lugar, cuando sus uñas se enterraron en la madera y su cuerpo se agitó con los primeros destellos del orgasmo, a punto de caer al abismo donde sería absorbida por la energía de una bomba atómica, el vibrador se detuvo por completo, enviándola directo a la tierra, frustrada y agradecida, para así terminar su presentación sin otro inconveniente.

Su jefe frunció el entrecejo, enojado por no ver lo que tanto deseaba, imaginando qué habría ocasionado que la bonita y seria Camila casi se corriera frente a todos, que demostrara ese lado más salvaje y lascivo de su personalidad que, francamente, lo cautivó y le hizo desear ver más.

Con más confianza, y tras carraspear para recuperar su tono de voz habitual, terminó la presentación, respondió las preguntas que tenía uno de los ejecutivos, la única mujer del grupo, y volvió a su asiento más relajada, con una sonrisa pequeña en los labios que retuvo para que no se hiciera más grande, pese a que las cosquillas volvieron a aparecer cuando casi estaba por acabar la reunión y la vibración la hizo suspirar de alegría.

No quería contenerse, ya no podía, llevaba sin ser follada desde que Tony la tomó por detrás en la cocina y desde el lunes solo la catapultaban una y otra vez a la cima sin dejarla alcanzar el cielo para deslizarse entre las nubes al infierno donde quería arder en los brazos del mafioso.

¿La estaría viendo?

No lo sabía, pero casi jadeó cuando el vibrador se detuvo justo cuando las luces se encendieron y pudo volver a su estado natural, ese que quería abandonar para cumplir su fantasía, subirse a la

mesa, desmelenarse como una zorrilla necesitada y mover las caderas para que su jefe o cualquier otro, en ese momento ya ni importaba quién, la follara con fuerza hasta llegar al orgasmo y gritar de excitación.

CAPÍTULO 13

La reunión terminó sin ningún percance, no que ella supiera, pese a que los ojos de su jefe la siguieron cuando se levantó con tranquilidad y sus pupilas dilatadas se quedaron en el movimiento de su culo. Su empleada tenía una figura digna de admirar, una silueta que para algunos sería un poco vulgar. Demasiadas tetas y culo para una mujer delgada pese a que sus curvas poseían una armonía hipnotizante.

No estaba seguro, pero le pareció que sus senos se veían por debajo de lo usual, no lo suficiente, sin embargo, ese simple hecho pululó en su cerebro por un buen rato.

Le gustó lo que vio, la forma en la que sus caderas se agitaron y sus glúteos rebotaron con gracia, no como dos pelotas blandas, sino con firmeza y voluptuosidad.

Se pasó el índice por el labio inferior y fingió seguir escuchando a uno de los directivos cuando Camila se perdió de su vista.

Sí, iba a romper las reglas, lo haría con gusto y placer, pero debía probarla, debía lamer cada parte de su cuerpo y quizá hacer que ella le devolviera el favor

Le encantó la idea, quizá no tendría todo el tiempo del mundo para hacer lo que quisiera con su bonita empleada, no obstante, podría hacer su primera jugada para ver si Camila estaba dispuesta a abrir sus muslos deliciosos y dejar entrar su boca golosa que salivó como un lobo hambriento y salvaje que deseó hincarles los colmillos a los tersos labios de la bonita Camila, su presa.

* * *

Aspiró hondo cuando vio a su secretaria sentada tras el escritorio, tipeando en el ordenador, abrió la boca para informarle de las contrataciones que harían para el estudio que le autorizaron a hacer en la reunión, pero su voz se murió en su garganta cuando la bala vibró en su coño con fuerza, ya no con suavidad, sino con más potencia, pese a que dudó que fuese el nivel más alto.

Apretó los músculos y su gesto, antes alegre, se quedó en una mueca casi imperceptible. Tuvo que morderse los labios para no gemir de placer, para no sollozar frente a su secretaria y pedirle que hiciera algo inapropiado, como ayudar a satisfacer su libido.

No le gustaban las mujeres y su secretaria tenía al menos quince años más que ella, no obstante, en ese momento no le importó quién la llevara a la cima, solo quería reventar una tras otra vez para acabar con la tortura.

—Sandy —llamó a la secretaria que alzó el rostro al verla y le sonrió con calma—, podrías... podrías hacer las contrataciones que acordamos.

Le costó hablar, caminar erguida, en especial porque la vibración cambió de ritmo y estaba licuando cualquier idea coherente que pudiese tener. Su interior ardió, sus muslos se mojaron y su cuerpo reaccionó no solo al sonrojarse, sino también al prenderse y sentir cada parte de su cuerpo elevándose lenta y tormentosamente a la cima.

Sandy parpadeó al verla alterada, su tono de piel pasó del níveo al rojizo en pocos segundos y se estaba retorciendo frente a su escritorio. La sonrisa se le amplió y sus ojos se entornaron al creer que podía ser un retorcijón del estómago. Alguna vez ella se sintió así y hasta que no estuvo sola, no pudo desahogarse.

—Lo haré tal cual instruyó, no se preocupe —aseguró con confianza.

Tragó saliva y trató de sonreírle, pese a que estaba respirando con dificultad y su coño estaba siendo manipulado a la distancia por un maldito loco que quería que se corriera en medio de la oficina.

Sin despedirse, siguió su camino directo a la oficina, con un poco de prisa, aunque sus pasos fueron cortos para evitar que la bala se le resbalara porque, en ese punto, estaba tan empapada, que dudó de que sus bragas detuvieran el vibrador cuando sus músculos lo empujaron hacia todos lados.

Entró a la oficina y cerró de un portazo, arrojó todas las cosas sobre el escritorio sin importarle tirar algunos papeles, se subió el vestido hasta la cintura y se sentó a la orilla de la mesa, con las piernas abiertas, una mano en un pecho que estrujó y la otra en su clítoris hinchadito que recibió con alegría la fricción.

Las vibraciones aumentaron y movió la mano para empujar el huevo metálico más profundo y frotar el botón con la palma, desatada por completo, sin importar corromper la regla de no darse

placer a sí misma. No le interesó, se iba a correr y lo haría a como diese lugar.

Se mordió el labio, cerró los párpados con violencia, su vientre se estremeció una tras otra vez, su piel ardió, sus músculos se estrujaron y enviaron la bala al fondo, donde la vibración domó el oleaje de su interior e hizo que la energía en su centro aumentase hasta doblarla y hacer que su cabeza cayera hacia atrás, que su boca se abriera en un grito sordo, que todas sus terminaciones nerviosas estallaran cuando la estimulación fue demasiado y se corrió con violencia, temblando, cogida a su teta que apretó hasta que su carne se derramó entre sus dedos.

La bala se salió de su coño, o al menos trató, ya que sus dedos en su agujero lo impidieron y se revolvió cuando su anillo se abrió entre temblores, se dilató al querer expulsar el objeto que no alcanzó a alzarla a la cima de la liberación, esa donde la energía se vuelve líquida y la luz cegadora atraviesa sus ojos.

Tiritó, sus dientes castañearon y su espalda se dobló cuando el último destello, uno más grande, perforó sus entrañas, privándola de sus oídos, su respiración y los latidos de su corazón que se concentraron en llevar sangre a su sexo que se derretió y empapó las bragas y sus muslos.

Sin poder soportar la intrusión, se sacó la bala, aunque sería más preciso decir que se resbaló de su abertura y la apartó de su cuerpo con dificultad, soltándola en la mesa, mientras las reminiscencias del nirvana atacaron sus partes sensibles, su sexo que goteó sobre el suelo y pringó sus medias y zapatos.

Aspiró hondo, masajeó sus pechos, con las piernas hechas de gelatina y el calor más dulce embriagando sus sentidos.

Abrió los ojos y descubrió el estropicio a sus pies.

El suelo tenía un pequeño charco con sus fluidos y, de no haber abierto las piernas, se hubiese empapado más, aunque sus bragas quedaron demasiado humedecidas para llevarlas puestas.

Jadeó y tragó saliva con dificultad, con la mirada embelesada, con los párpados apenas abiertos, sin poder cerrar los labios por completo, con la respiración profunda y pesada que movió sus pechos pesados con los picos bien marcados.

Sacudió la cabeza.

El ligero zumbido del vibrador cesó y sus ojos se enfocaron por un segundo en el pequeño juguete que la provocó. Sus paredes se estremecieron al ver lo calado que estaba, la forma en la que destilaba sus jugos.

Se mordió el carrillo y tuvo que recomponerse para arreglar su desastre.

Lo primero fue quitarse las bragas ya que no se secarían en pocos minutos, además, eso la haría oler a sexo por mucho que se limpiara.

Sin bragas, pese a que no se bajó el vestido, sacó las toallas húmedas y limpió el suelo, el juguete y todo lo que ensució al correrse. Guardó la tela sucia en una pequeña bolsa de plástico donde amontonaba unos chocolates para cuando estaba con su período y la metió a su bolso. No las iba a

botar, mucho menos en la oficina, donde alguien las podría ver.

Hizo lo necesario para que no se notara lo que acababa de hacer y luego prendió la vela con olor a canela, vainilla y cerezas que le regalaron dentro de la canasta navideña de la empresa. No era de su gusto, muy dulce para su nariz, no obstante, se quedó más tranquila cuando encubrió el aroma de su sexo y pudo relajarse un poco más.

Se arregló la ropa y peinó su cabello, antes de salir de la oficina directo al baño para limpiarse el sexo y lavarse mejor las manos, porque las toallas no serían suficiente.

Le urgía encontrar el baño para personas con capacidades diferentes despejado, así podría asearse a consciencia con el lavabo que tenían dentro y no sentir el roce de sus fluidos en los muslos y los labios.

Ensimismada, salió de la oficina y se enfiló hacia el tocador de damas, no obstante, antes de llegar, Malia, la secretaria de su jefe, la detuvo al llamarla. Caminó dando zancadas para alcanzarla.

—¡Señora García! —repitió al ponerse frente a ella antes de cruzar hacia el pasillo que llevaba a los sanitarios.

—Dime —quiso saber con apuro, pese a que su sonrisa podía indicar otra cosa, después de todo, la secretaria del CEO no era alguien con quien quisiese enemistarse, era casi tan malo como proferirle un insulto a su jefe.

Malia era toda una institución en la empresa, una mujer mayor que se ganó el respeto de todos, pese a sus rasgos dulces y maternos, era una persona seria y enfocada, que decía todo con delicadeza y autoridad, un rasgo que le quedaba más natural gracias a su madurez.

—El licenciado Villalobos ha solicitado su presencia de manera urgente en su oficina, señora García.

Sus cejas se alzaron y la miró con fijeza. ¿Sería sobre su proyecto? ¿Estaría considerando quitárselo para entregárselo a otra persona? Era una ejecutiva junior y los proyectos como el suyo tendían a ofrecérselos a directivos más experimentados. Las posibilidades giraron y giraron en su cabeza en solo dos segundos en el que su desconcierto se hizo presente en sus ojos grises, en la forma en la que se paralizó y aguardó a que Malia dijera algo más para sosegar el mal presentimiento que anidó en su pecho.

—Pero ¿qué pasa? —consultó arrastrando las palabras, más nerviosa de lo que estuvo mientras hacía la presentación con las vibraciones estimulando su cuerpo.

—No sé, le recomiendo que se apure y vaya a hablar con él en este mismo segundo. Sabe que no le gusta esperar, querida, así que, en lugar de preguntarme, vaya con él —aconsejó Malia con dureza, pese a que su sonrisa no se relajó.

Asintió y se despidió con un breve gesto de Malia para caminar con prisa hacia la oficina de su jefe. Sus tacones repiquetearon sobre el piso y sus ojos se quedaron fijos en la puerta de la gran oficina que ocupaba el CEO.

Se pasó el nudo que le cerró la garganta y, con duda, llamó a la puerta de inmediato, sin querer perder el tiempo.

«Por favor, que no sea nada malo» —repitió como mantra en su interior, sin saber que lo que le esperaba dentro, no era nada de lo que se podía imaginar, aunque tal vez fantaseó con ello en sus sueños más húmedos.

CAPÍTULO 14

—A delante —tronó con poderío la voz del licenciado Villalobos.

Nerviosa, abrió la puerta y metió la mitad del cuerpo en la oficina.

—Ah, García, justo con quien quería hablar —indicó Villalobos con una sonrisa entre relajada y algo más que no logró identificar Camila.

Estaba sentado detrás de su gran escritorio de madera rojiza, una pieza extravagante que dominaba gran parte de la oficina. En cuanto la vio, se levantó del asiento y se abotonó la americana negra.

—Por favor, pasa —solicitó con educación.

Camila tragó saliva, asintió, se relamió los labios y se adentró con vacilación.

—Me dijo Malia que quería verme con urgencia —informó con nerviosismo, con las manos frente a su abdomen y una expresión extraña con la que trató de relajar sus facciones y sonreír al mismo tiempo, evidenciando su alteración.

Villalobos sonrió, le gustaba inquietar a las mujeres. Rodeó el escritorio y le hizo un gesto para que lo acompañara a la pequeña sala que había al otro lado del escritorio, conformada por un sofá de tres plazas y un sillón orejero a juego, de cuero café, elegante.

Camila se mordió el labio y se sentó en el sofá de tres plazas, esperando que la humedad de entre sus piernas no se calara al vestido, mucho menos que aromatizara la habitación. Tuvo que apretar los muslos y su espalda se irguió con formalismo.

Esperaba que no dilatara la reunión, de lo contrario, no podría soportarlo, para más inri, la situación incómoda e incluso humillante prendió sus motores y sintió un ligero cosquilleo al fondo de su vientre. Sus ojos repasaron a Villalobos que iba vestido con un traje formal de dos piezas, negro, hecho a la medida, junto con una camisa azul oscuro que resaltaba sus rasgos maduros y masculinos, así como su cabello entrecano, sedoso, por el que quiso pasar las manos.

¿Por qué se estaba excitando si acababa de correrse?

Se enojó consigo misma por estar pensando tonterías, mientras Villalobos le preguntó si gustaba algo de beber, tal vez una copa de vino, un coñac añejo o lo que fuese de su preferencia. Declinó el ofrecimiento esperando que aquello cortase su sufrimiento y volviese a su camino original, donde se limpiaría el riachuelo que corría por sus muslos apretados. Se concentró para que los jugos no salieran de su coñito, pero era como tapar el sol con un dedo; aun con las piernas

apretadas y tirantes, le estaba costando un mundo.

—Bien, García, te he hecho llamar porque me gustaría hablar contigo sobre tu proyecto — inició Villalobos con confianza, sentándose en el mismo sofá, solo que, al otro extremo, pese a que lo sintió tan cerca que a sus fosas nasales llegó las suaves motas maderables de su colonia que se combinaba a la perfección con el líquido ambarino que agitó en su vaso de cristal.

—Dígame, jefe —aceptó con seriedad, aun cuando apretó más las piernas, movimiento que no pasó desapercibido para las pupilas oscuras de Villalobos.

Sonrió y bebió un sorbo de su whisky y la miró por encima del vaso. Era tan bonita y estaba tan nerviosa frente a él, que incitó su inmoralidad. Era como ver a un hámster a punto de ser devorado por un halcón.

—Estaba pensando que quizá deba darle el proyecto que llevas a Julio. ¿Sabes quién es? Es un ejecutivo senior muy competente que ha trabajado en los mejores proyectos de la empresa, sus productos siempre se venden como «pan caliente».

Tragó con dificultad y su calor se desplomó hasta los suelos. Sí, sabía quién era Julio Robles, un importante miembro de la empresa que, a sus cuarenta y siete años, llevaba una carrera envidiable.

—Sabes cómo es esto, García, nada personal, solo es que Julio tiene los contactos necesarios para sacar a flote tu idea, para sobrellevar el mando en un mundo controlado por hombres que, aunque no me encanta admitir, no les gusta ser cuestionado por bonitas jóvenes como tú. Sí, eres muy brillante, Camila —la tuteó y se acercó a ella con fingida preocupación, con las cejas fruncidas y la boca relajada, pese a que todo era parte de su estratagema—. Eres una mujer muy profesional, capaz, pero te falta. Hasta hace unos meses, no eras más que otra más en la línea de trabajo. Has ascendido muy rápido y te felicito por ello, pero te hace falta...

Se acercó más, con la malicia pintada en sus ojos lascivos, Camila no se dio cuenta, ¿cómo hacerlo si el suelo a sus pies se resquebrajó?

Era cierto, no tenía los mismos recursos que Julio y sí, era complicado trabajar con algunos subcontratistas, pero eso no significaba que ella no pudiera hacer el trabajo.

—Y-yo pu-puedo hacerlo, jefe —aseguró con timidez, asustada por estar perdiendo aquello en lo que comenzó a trabajar casi desde que la ascendieron, sus demás proyectos fueron delegados por otros trabajadores con su cargo, o supervisados por superiores, pero ese... ese era su bebé; nació de ella, lo alimentó, lo cuidó cuando enfermó y ahora, ¿se lo iban a arrebatar?

—No sé, Camila, me parece que todavía no tienes lo necesario, quizás en unos años, cuando tu rostro no parezca el de una recién graduada de la facultad, cuando tus curvas no sean el único incentivo para darte el trabajo..., puedas volver a intentar un proyecto tan ambicioso, hasta entonces...

—Por favor, licenciado, puedo hacerlo, de verdad. Sé que puedo, tengo lo necesario. Este proyecto... —interrumpió con exaltación, tragó con aflicción y se relamió los labios con presteza.

Sacudió su cabeza cuando las ideas saturaron su cerebro, al punto que ni siquiera procesó las palabras de Villalobos.

Se acercó más, hasta que sus rodillas se tocaron y un electrizante rayo accionó su cuerpo que se dilató cuando la sangre fluyó al sur de su anatomía para engrosar su dureza.

¿Cómo podía ser que no se diese cuenta de sus intenciones?, ¿tan ingenua era para no ver que estaba acorralándola para seducirla, para que aflojase sus apretados muslos y le dejara descubrir si llevaba sostén bajo la ropa?

—Vamos, Camila, no debes alterarte, se está arrugando tu precioso rostro. Yo solo quiero ayudarte, ¿sabes? Quizá puedas colaborar con Julio y aprender de él, hacerte también con sus contactos.

—Pero... —trató de objetar.

Su mirada se cerró, no podía ver nada más que una puerta cerrándose frente a su rostro. Su respiración se agitó y un ligero mareo la hizo aferrar sus dedos al vestido que subió hasta que sus muslos quedaron al descubierto.

Villalobos bajó las pupilas y se relamió cuando el borde de encaje de las medias transparentes apareció y se imaginó la preciosa lencería que debía llevar para resguardar su mayor tesoro.

Joder, iba a disfrutar al probar su coño, con lo mucho que le encantaban los cuerpos de las jovencitas como Camila, esos cuerpos desarrollados que lubrican ante la mínima provocación.

Su polla palpitó, pero no le importó el dulce escozor en su escroto, no, tenía otros planes, unos más deliciosos en los que vería a su dulce y bonita empleada retorcerse de placer.

CAPÍTULO 15

—Quizás... hay otra opción —indicó con duda y la lujuria se filtró en su voz grave y ronca, la de un hombre con experiencia y virilidad, profunda y vibrante.

—¿Cuál opción? —saltó Camila y se inclinó hacia delante, ansiosa por escuchar algo que le pudiese ayudar a quedarse con su proyecto.

Villalobos se relamió los labios con la punta de la lengua y repasó la figura de Camila, los pechos que se entrevieron a través del pequeño escote del vestido, apretados, suaves y firmes como dos globos de carne que quería probar hasta hacerla lloriquear de placer.

—Podría dejarte el proyecto, claro, pero a cambio...

Su mano grande y vigorosa se fue a su rodilla y la deslizó hasta el tibio muslo de Camila a la que se le abrieron los párpados al comprender lo que su jefe quería.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, Camila? —inquirió Villalobos y su mano ascendió hasta jugar con la tira elástica de las medias, tan cerca de la parte interna de sus muslos que su corazón se aceleró al contacto con la suave piel de su empleada.

Todos sus músculos fueron arrastrados hasta el núcleo de su cuerpo. No podía creer lo que estaba viendo. Es decir, sabía que su jefe tenía fama de mujeriego, pero nadie lo vio coqueteando con una empleada, no más allá de sus abrazos taimados y lascivos en las fiestas navideñas, pero aquello era una propuesta lujuriosa en todo el uso de la expresión. Se humectó los labios y tragó saliva, paralizada, pese a que sus palpitaciones cobraron fuerza y se expandieron como ondas en el agua que removieron la marea hasta erguir olas más y más grandes, hasta llegar a sus muslos apretados y humedecidos.

—Yo... —meditó en voz alta, sin dejar de ver los ojos oscurecidos de su jefe, que se acercó al ver que Camila no retrocedía.

—¿Sabes?, tienes una piel muy delicada al tacto, como la mejor seda que he sentido. Si me dejas tocar y probarte, podrás conservar tu proyecto. Si eres una buena chica, puedo recompensarte y, simplemente tienes que aceptarlo y abriré las puertas del paraíso para ti, Camila —susurró inclinándose sobre ella.

Sin quererlo, sin pensarlo, se alejó de él hasta que su espalda se topó con el vértice entre el respaldo del sofá y el reposabrazos.

Incitada, se perdió en la oscuridad de sus pupilas. El calor aumentó en su centro, su pulso se

elevó hasta pitar en sus orejas. ¿Qué planeaba? Porque ella estaba dispuesta a dejarse hacer lo que quisiera, bueno, exceptuando que su coñito no estaba en juego.

Villalobos se cernió hasta acorralarla contra el sofá y su mano en el muslo ascendió por la tierna figura de su empleada, por el borde de sus piernas, por su cadera redondeada y cintura pequeña. Acarició el canto de su seno que estaba caliente al tacto, en especial porque apartó la chaqueta y gruñó al saber que no había costura de ningún tipo bajo el vestido. Deslizó la mano por su cuello hasta capturar su mandíbula y hacer que levantara la cabeza lo justo para no perderse de su sumisa mirada.

—Eres una preciosa mujer, Camila, y también muy inteligente. Además, estoy seguro de que tu olor no viene de ningún perfume —soltó con excitación.

Desde que se acercó más, sus fosas nasales captaron cierta esencia en la fragancia que emanaba de sus curvas, un dulzor diferente que no pudo describir, pese a que supo que era un aroma característico en las hembras en celo.

Tiritó y un gemido pequeño escapó de sus labios entreabiertos por donde estaba respirando. Sus pechos se insuflaron cada que el aire se metió a sus pulmones y salió en una pequeña nube de vaho gracias al frío aire acondicionado.

Villalobos la miró, repasó sus facciones femeninas. Parecía toda una ratoncita arrinconada por el halcón, por su depredador natural; tembló, se sonrojó y sus ojos brillaron con necesidad. No habló con palabras, no fue necesario, su cuerpo lo hizo.

La cogió con fuerza de la barbilla, inmovilizó su cabeza y se dejó caer sobre sus deliciosos labios que besó con urgencia, con tal necesidad que tuvo que separarse por un segundo para inhalar aire antes de seguir y sumergirse en el sabor de sus labios suaves que lo hechizaron.

Gimió y sus manos se fueron a la nuca masculina, sus dedos se enredaron con el cabello entrecano y sus tetas se apretaron contra su torso que bajó para pegarla más contra el sillón.

El cuero rechinó cuando se acomodaron para besarse con fruición, para explorar la boca del otro, para jugar con sus lenguas golosas.

Ella controló con dominio, sus manos bajaron, una al cuello, donde apretó lo suficiente para enloquecerla, y la otra subió a su pierna para alzar la rodilla.

Villalobos acarició su muslo al mismo tiempo que fue subiéndole el vestido y se restregó contra sus tetas, sin dejar de tomar su boca, de mordisquear sus labios, de torturar su lengua, de enviar mil impulsos eléctricos directo a su coñito que se mojó con fuerza, al punto de empapar el elástico de las medias.

Gimió y se frotó contra el cuerpo masculino del madurito de su jefe, desesperada por esas caricias exigentes que anulaban su cerebro.

Imaginó lo que sería una escena entre el hombre de sus sueños, es decir, Bruno, y su jefe. Ambos eran dominantes, exigentes y, sobre todo, querían complacerla hasta que su cuerpo se

convirtiera en gelatina.

Bramó al subir esa puta falda ajustada por sus turgentes nalgas que apretó y sobó. Su piel creó estática en la punta de sus dedos y sus pelotas se encogieron con el delicioso hormigueo. Tenía un culo espectacular, sin embargo, quería más, así que se alejó y, con violencia, jaló el vestido hacia arriba para quitárselo por completo, rompiendo el cierre y enviándolo al suelo hecho un estropajo junto con la chaqueta.

Camila gimoteó y se dejó hacer por las manos expertas del madurito que apretaron su cuerpo al desnudarla. Sus ojos grises se quedaron fijos en el rostro masculino y tenso de Villalobos que se paralizó al descubrir sus curvas sin prenda alguna.

Estaba... ¡impresionante! Tenía el cuerpo suave, no solo al tacto, sino también a la vista. Con dos sendas tetas de pezones color durazno y unas areolas que le hicieron relamerse ante la necesidad de probarlas. Sus manos se afincaron en la fina cintura y palpó con los dedos su vientre plano. Bajó la vista a sus caderas decoradas con el ligero blanco que se anudaba con las medias y que le hacía parecer como una bonita novia en su día de boda.

Sonrió perverso.

Era su bonita novia para disfrutar.

Alzó las pupilas dilatadas y se relamió cuando la respiración de Camila se volvió más pesada y movió sus tetas con extremo erotismo.

—Así que mi bonita empleada no lleva ropa interior —comentó sardónico y bajó una mano por su vientre, bordeó el ligero que le sacó un gruñido cuando tiró de este y marcó más la silueta de su trabajadora, haciéndola ver más frágil y preciosa. Siseó al descubrir su monte de venus sin vello alguno, y metió dos dedos entre sus piernas para encontrar sus labios colmados de dulce lubricación.

Cerró los ojos y destensó la espalda cuando los efluvios de su pasión le empaparon los dedos. Sus labios húmedos, tersos y tiernos lo sedujeron y al abrir los párpados supo lo que quería hacer.

Sin más, se dejó caer de nuevo sobre sus labios, sin abandonar la calidez de su cuerpo, pese a que su otra mano se fue a la nuca femenina para controlarla y se pegó a sus curvas para sentir los pezoncitos e incitarlos para lo que ocurriría.

Jadeó, gimió y lo besó con candor, sus manos todavía en su nuca se deslizaron hasta el traje carísimo que no quiso arrugar, pese a que se resbaló por su espalda para sentir el movimiento de sus músculos.

Ardió, no solo por el beso demandante que sometió sus labios, sino por esa mano que abrió sus muslos y jugó con su coño. No, no le metió los dedos, no rozó su necesitado botón, solo la acarició como si tuviese toda la vida para que se corriera.

Quería más, necesitaba más para que el volcán en su sexo explotara y vibrara con los mimos de su jefe, no obstante, no se atrevió a pedirlo, en su lugar, se revolvió, se pegó a su camisa y se abrió más de piernas hasta quedar recostada sobre el sofá.

Villalobos gruñó y bajó los labios por su cuello en el que no vio los chupetones o los obvió, quizá porque sabía que estaba casada, quizá porque le daba igual compartirla, solo quería su ración para tomar y pasar un rato disfrutando de un cuerpo femenino, caliente y terso que lo volvió loco.

Pasó la lengua por la curvatura de su garganta, las pulsaciones de su vena punzaron en sus labios y bramó por lo bajo cuando sus uñas rasguñaron su nuca. Descendió sobre su cuerpo y su mano abandonó sus pliegues para probarla con su boca.

Se deslizó, abriéndola bien de piernas. Saboreó la piel de sus clavículas, disfrutó de alterar su respiración, de incitar sus gemidos.

Camila se removi6, tembló y se calentó como una tetera que poco a poco se aviva hasta llegar a punto de ebullición.

Con los párpados entrecerrados, bajó la barbilla para mirar su cabeza entrecana llegar a sus tetas a las cuales miró con reverencia por un segundo, para al siguiente tomar con una mano una y alzarla, apretando con dureza hasta sacarle un grito y luego llevarla a sus labios ansiosos que, sin previas, se metió el pezón y la areola a la boca y la devoró con exigencia.

Lamió, espoleó su perla al intensificar la dureza de su lengua, para luego chupar el pezón con rapidez y pasar al otro pecho, recreándose al saltar de una teta a la otra con voracidad, con un hambre salvaje que hasta le hizo morderle y jalarle los pezones.

Gimió, se sacudió y el elixir de su centro empapó su trasero y el sofá bajo su cuerpo. Estaba a unos pasos de caer en la madriguera del conejo, trastornada, perdiendo la razón ante la ola de calor que atravesó su piel hasta llegar al núcleo. Sus palpitaciones resonaron en su interior como tambores que anuncian la llegada de la tan ansiada guerra en la que no sabía si iba a perder o ganar la batalla.

Villalobos mordió un pezón, envió un rayo eléctrico directo a su coño y dejó de respirar por un segundo, antes de que todo se apresurara a la cima y se corriera entre estremecimientos profundos que le sacaran gritos insonoros y catapultaron las luces frente a sus ojos.

Con una mirada libertina, sonrió como un desgraciado y lamió con tranquilidad el pecho grande y jugoso de su empleada. Su pene se agitó, pero no le importó, a decir la verdad, disfrutaba más haciendo venir a sus conquistas que alcanzando la cima sin más. Tenía cierto morbo torturarlas hasta que le rogaran para que se detuviese. Le gustaba ver que sus coños se abrían y cerraban antes de penetrarlas, cuando estaban mojadas y apretadas gracias a los múltiples orgasmos anteriores y, claro que disfrutaba comerse un buen par de tetas deliciosas como las que tenía Camila.

Era algo biológico para Villalobos, algo que aprendió y degustó como un buen vino cuando su cuerpo bajó el nivel de exigencia. No es que no pudiese follarla sin más, pero algo había en hacer correr a una mujer hasta la locura antes de follarla y ver cómo sus ojos se ponían blancos cuando llegaba al final de sus entrañas.

Alzó las pupilas cuando su respiración se hizo más calmada y supo que podía continuar, que haría que abriese bien las piernas para probar la dulce fragancia que corrompió su interior desde que

se alzó con fuerza segundos atrás, cuando se corrió y un chorrito muy pequeño pringó su camisa.

Se preguntó qué pasaría cuando un orgasmo más grande la atacara y se corriera como una verdadera ratoncita en celo. Bien, planeaba hacer que ocurriese, quizá más de una vez...

CAPÍTULO 16

La resistencia y calma en su interior fue corrompida cuando el deseo se desató y no pudo resistir las ansias de probar la esencia de Camila. Le urgió saborear su profano elixir, hacer a su cuerpo estallar y devorar hasta la última gota de su pasión.

Con un gruñido vehemente, descendió con su boca sobre su abdomen, dejó un rastro de besos y succiones hasta alcanzar el monte de venus al que le hincó los dientes para hacerla llorar de placer.

Se agitó, su espalda se arqueó y sus manos se aferraron al cabello canoso de su jefe que no dudó en abrirla de piernas y reacomodarla para tener mejor acceso a su sexo.

Sus pupilas dilatadas observaron la tierna rajita de Camila, esa sonrisa vertical que lo atrajo y demandó ser comida. Estaba completamente empapada, su dulce fragancia lo envolvió y, sin poder retenerse, lamió su coño desde el perineo hasta el monte de venus.

Jadeó y se removió, presa del éxtasis que le provocó el tormentoso roce de su jefe, que afincó las manos en su cadera, metió los dedos en su carne hasta tocar sus huesos y se la comió con urgencia, no como otros hombres, no. Villalobos no era como aquellos que estimulaban el clítoris o metían la lengua o los dedos en su suave canal, en realidad, hizo todo lo contrario.

Famélico, lamió y lamió, recorrió sus pliegues para embeberse con su esencia que le supo a gloria, algo dulce, algo salada y picante que detonó mil fuegos artificiales en su paladar al meterse por completo en su sexo.

Gimió, jadeó y sus manos trataron de aferrarse a cualquier cosa desde el sofá, la melena de Villalobos, hasta sus propias tetas que apretó cuando el calor y la energía palpitaron en su vientre y lava líquida salió de su coño.

Su saliva se combinó con los efluvios que provocaron su lascivia y gruñó como una bestia para mortificar su agujerito sin adentrarse en las profundidades, solo manipulando su anillo casi cerrado de donde brotó dulce miel que pasó a tragar con codicia.

Se pellizcó los pezones, con los ojos medio abiertos descubrió la forma ansiosa con la que su jefe la estaba devorando, con la que su lengua pecaminosa estaba arrastrando cada nervio de sus labios menores para hacer que la estática colmara y doblegara su cuerpo.

Estaba a su completa merced.

Villalobos no se detuvo, quería más, deseó hacerla gritar. Lloriqueó y se quedó sin oxígeno cuando pasó su lengua por el clítoris y luego adentró la punta a su canal que cada vez se abría y

cerraba con más frecuencia. Estaba a punto de llegar a la cima, pero no se lo haría tan fácil, no quería solo otro orgasmo que no recordara, ansió que pensara en él como el hombre que la hizo alcanzar el nirvana con violencia sin utilizar más que su boca.

Lamió, succionó y abrió sus labios para tocar cada punto sensible de su anatomía.

Quiso protestar, rogarle para que presionara su clítoris, para que metiese un dedo en su coño, pero no lo hizo, su voz murió en su boca que solo logró emitir gemidos sofocados.

Se arqueó, sus músculos se templaron, sus dedos se ensortijaron y se apretó los pechos, cerca del nirvana cuando mordisqueó su cúmulo de nervios y cayó en un pozo negro cuando siguió su recorrido y volvió a dibujar círculos entorno a su entrada, sin dejar de chupar y lamer sus labios, que pronto besó como si esperase que le devolvieran el gesto. Metió la punta del clítoris dentro de su boca y la envió en un torbellino en espiral directo al paraíso, donde la rigidez en su vientre creció y creció hasta que gritó, se estremeció y no pudo más que dejar que la energía la recubriera desde los pies a la cabeza, una energía cálida y fría al mismo tiempo.

Se corrió con fuerza, empapó su boca, su rostro y parte de su costoso traje.

Gruñó y tragó cuanto pudo, fascinado por el cuerpo de Camila, por la mujer que deseó ver lloriquear cada vez que se le antojase. Le gustó el morbo de estar con su empleada que estaba casada, en la oficina, con ella desnuda, solo vestida con unas medias transparentes, un ligero de novia y unos zapatos rojos que completaban su aspecto dulce y pícaro.

Sus ojos la repasaron sin dejar de lamer su coño, limpiándola en el proceso, pese a que lo único que quería era tragar todos sus fluidos. Le fascinó su sabor y claro que quería más.

La vio con apetito, su polla estaba por reventar, su cuerpo demandó darle vuelta para follarla por detrás, pero no lo haría, no quería eso, no quería ensuciar su canal, en su lugar, deseó que su aroma se quedase en su piel, así que se le ocurrió otra cosa...

Sonriente, lamió por última vez sus pliegues, se deleitó con las palpitaciones que dilató su lengua y subió por su monte de venus donde volvió a besarla con sensualidad, haciendo que la bonita Camila jadeara con candor y sus mejillas se sonrojasen una vez más.

Subió y subió, dejando estelas de fuego con sus labios. Le mordisqueó los pezones, tembló cuando le succionó las tetas, antes de llegar a su cuello y alejarse para verla. Estaba cernido sobre ella, sostenido por sus manos encajadas al respaldo del sofá.

—No sabes lo mucho que quiero follarte el coño —susurró con la voz grave.

Camila jadeó y negó con la cabeza.

Sus cejas se alzaron y sonrió perplejo por su negativa. ¿Acaso esperaba que terminase todo de esa forma, sin él obtener nada a cambio?

—No puedo —jadeó la respuesta, entrecortada.

—¿Por qué? —siseó con irritación.

Quería probarla, quería más que solo correrse como cualquiera lo haría en su interior, pero

también quería sentir su estrechez y hacer que brincase sobre su pene hasta que se corriera como una buena vaquerita.

—No puedo... —gimoteó y sus manos pasaron a su nuca—. Mi amo me lo tiene prohibido.

Sus cejas se fruncieron y el desconcierto se hizo con sus facciones. ¿Su amo, a qué mierda se refería con «su amo»?

—¿Dirás tu marido?

Negó y se relamió los labios, con la respiración más compuesta tras dos deliciosos orgasmos que fulminaron todas sus neuronas para después prender su cerebro en mil lucecitas brillantes.

—No, mi amo es el dueño de mi coño, solo él puede tenerlo.

Asombrado, parpadeó y se alejó un poco de su empleada para verla mejor, para ver el bonito rostro dulce que estaba sonrojado por la vergüenza y la lujuria, ambas cosas tomadas de la mano, porque lo que vio fue a una mujer en celo que quería tener sexo y ser follada una tras otra vez, sin importar casi nada, pese a que su timidez y complacencia la detenían para no rogar con total descaro.

—¿Le eres infiel a tu marido? —consultó turbado, en especial porque no la creyó capaz de hacer aquello, aunque de haber sabido, la hubiese seducido antes.

Se mordió el labio y lo miró con inocencia. Asintió.

—Sí, mi amo es mi dueño, pero me deja tener sexo con otros, menos con mi esposo. Mi marido lo sabe, me vio cuando me sometió y cuando mi vecino me perforó el culo. Le contaré también que me has comido el coño como todo un maestro —respondió con dulzura y le limpió el labio inferior con el pulgar para quitarle los restos de su orgasmo.

Sus párpados se abrieron y le costó procesar lo que le acababa de decir.

—Entonces puedo hacer lo mismo... quiero decir, ¿puedo tomarte por el culo? —consultó para tratar de comprenderla, pese a que lo suyo no era el sexo anal, no le complacía, prefería un buen y jugoso coño, la idea de sodomizarla no le disgustó en absoluto, incluso puso sus bolas en tensión y su polla palpitó.

Asintió despacio, con esa carita inocente que lo puso mal, era como ver a un ángel y un demonio juntos en el cuerpo de una curvilínea mujer que con solo una mirada gris podía hacer tambalear su mundo. ¡Mierda, él también hubiese pedido su coño de llegar a tiempo!

Abrumado y excitado, se impulsó hacia atrás para sentarse en el sofá.

—Podrías contarme, ¿cómo cojones pasó todo eso en tu vida?

Camila sonrió y se acomodó para sentarse sobre sus piernas, hincada en el sillón, para así poder hacer más que solo hablar. No quería ser una malagradecida, no podía simplemente dejarlo con una gran erección en sus pantalones. No le podía dar su coño y tal vez no estaba dispuesto a tomar su culo, así que tal vez su boca bastaría para ese instante.

Se relamió los labios y se acercó en la misma postura de sumisión para tocar su pecho y abrir su camisa con los dedos y repasar su torso con las yemas, creando deliciosa estática. Villalobos entrevió

sus intenciones, pero no dijo nada, se dejó seducir por la mirada gris más embriagante que alguna vez vio.

—Mi marido le debía a una persona y me ofreció como pago, no hay tanto que decir, es una historia... insulsa —inició con la voz aterciopelada y los ojos fijos en la respiración superflua de su jefe.

Tocó su pecho sin rastro de vello, el pecho de un maduro que en algún punto de su vida fue más atlético; pese a que se seguía ejercitando con frecuencia, carecía de la solidez de un joven, aun así, le pareció morboso y lascivo tocar los pectorales del CEO de la empresa. Su corazón palpitó con fuerza y se mordió el labio por un segundo cuando bajó la mano, sin abrirle por completo la camisa y lo tocó por encima de la ropa, con cuidado, casi sin ejercer presión.

—Mi esposo es un idiota, sí, lo amo, lo amo mucho mucho, pero es un estúpido que creyó que meterse al mundo de los juegos de azar sería buena idea para encubrir su desempleo.

Su ceja se alzó cuando le abrió el botón del pantalón sin modificar su tono suave de voz, sin inmutarse al decir tales cosas de su pareja al que le juró fidelidad y respeto, dos cosas que pasó por alto. Tragó saliva, su mente se hizo un hervidero de ideas, pero no habló, no podía, solo quería escucharla.

—Mi amo fue gentil, le dio tiempo para pagar, pero no lo hizo, así que tuvo que tomar cartas en el asunto y me secuestró.

—¿Te secuestró? —interrumpió sorprendido, pero su voz murió cuando la bonita Camila le bajó el cierre y sonrió.

—Sí, tuve miedo, pero en cuanto lo vi, supe que había algo en él, algo que quería descubrir con mi cuerpo. Por supuesto, estaba preocupada por mi esposo, porque él se lo llevó y tenía que hacer algo para liberarlo, ¿verdad?

Sus ojos grandes lo observaron como si esperase que la entendiera, lo cierto es que le importó muy poco sus razones y, si bien fue claro que Camila solo quiso excusar su comportamiento, le gustó que fingiera ingenuidad, que se creyera todo el cuento que su mente formuló para justificar del todo sus acciones.

—Por supuesto —reconoció a fin de que siguiera, porque no creyó que al contradecirle y señalar que solo era una mujer codiciosa y lasciva funcionara para que le comiera la polla y llevara a cabo su fantasía de terminar en sus tetas y embadurnar su semen en esas preciosas montañas de picos elevados.

—Y-yo... yo solo quería que Marcos estuviese bien, así que me ofrecí como pago y me acerqué a él, a mi amo... La verdad, ni siquiera sé su nombre, es mi amo, y por ello le debo fidelidad, bueno, algo así. Pero él... Él trató tan bien mi cuerpo... —siseó y sus pechos se agitaron cuando exhaló con dificultad.

Su mano lo apretó y se tensó bajo su tacto. Parecía que relatarle sus fechorías le estaba gustando

tanto como el oral que le hizo minutos atrás.

Si que era una caja de sorpresas... Le gustó, le gustó que su mente estuviese tan corrupta para justificarse, para hablar con tanto descaro y aun así parecer la víctima en todo ese turbio y enredado juego, en especial por su mohín, por esos ojos grandes y expresivos que conjuraban mil emociones, algunas más dulces que no correspondían con sus acciones y otras que revelaban a la diablesa que se escondía en su alma.

—Mi amo me doblegó. No pude resistirme. Me tomó enfrente de mi marido...

Sus cejas se elevaron y gruñó, no solo por lo que dijo, sino porque le sacó la polla de la ropa y la cogió con la palma rodeando el borde de su punta, un área muy sensible de su mástil.

—Él... me desnudó frente a mi esposo, me hizo probarlo con la boca, me masturbó y luego hizo que Marcos... —se le cortó la voz y sus ojos brillaron con más intensidad, presa del delirio en el que revivió la malicia y el dominio de su amo.

Se mordió el labio, movió la mano alrededor de su eje, masturbándolo con lascivia, mientras su mano libre se fue a su teta para apretársela.

—Mi amo me folló frente a mi marido hasta que no pude más y luego siguió y siguió y siguió y siguió —gimió cada palabra, enardecida, tomándolo con fuerza con la mano lubricada con su líquido preseminal.

Admiró el sonrojo de la suave piel femenina que se coloreó desde las mejillas hasta el nacimiento de sus tetas pesadas. Los ojos grises destilaron excitación, con los párpados entornados y la boca entrecerrada en una expresión de éxtasis total. Incluso su cuerpo la traicionó, sus pechos se volvieron más redondos y tirantes, con las venas transparentadas a través de su piel, así como el olor de su coño que se elevó desde su entrepierna gracias al ardor que coronó su pasión y dilapidó su racionamiento.

Quiso pedirle que fuese más específica, que le dijera qué hicieron, pero no lo hizo gracias a que su bonita empleada se dejó caer sobre su polla, en cuatro, con una mano sosteniéndose y la otra llevando su dureza a su boca glotona que se lo metió hasta el fondo de una profunda estocada.

Gruñó y se tensó desde la punta de los pies, asombrado por la agilidad y ferocidad de la mujer que, minutos atrás, creía sumisa, pese a que era una combinación obscena de muchas cosas.

Le lamió el tronco y la punta, se la rodeó con la lengua, para después besarla con fruición y llevársela dentro de su ardiente boca que estaba calada y caliente.

Jadeó con la suavidad de sus mejillas que lo apretaron cuando le succionó con fuerza y le arrebató las ideas.

Sus manos se fueron a la melena castaña y empuñó su cabello para mover las caderas y dejar que el fuego en sus terminaciones se impulsara y expandiera a través de sus músculos cuando le folló la boca sin compasión.

Le jaló el cabello, la saliva de Camila empapó sus testículos que no tardó en sacar del pantalón y

se los sobó con maestría, pasó las uñas por su escroto y un rayo lo atravesó.

Furioso y acalorado, le pegó en el culo con fuerza, ese culo que se movía frente a sus ojos y que deseó degustar, porque lo vio más tentador que nunca.

¡Joder, si no le permitía tener su coño, con gusto aceptaría su culo, su boca o lo que quisiera entregarle!

Su cabeza se movió, apretó las mejillas y la garganta cuando lo adentró a su boca, cada vez más profundo, maravillada con el sabor salado y diferente de su líquido preseminal, con el grosor de su polla, porque era gruesa, sólida, con venas protuberantes que dibujó con la punta de la lengua, que sintió con sus labios que trataron de bajar hasta la base, pese a que no pudo porque era más grueso que cualquier otro mástil que se hubiese llevado a la boca. Por supuesto, seguían sin ser como su amo, pero le plació probar más, degustar la verga de otro hombre. Le gustó ser la zorra del CEO, ser usada para saciar sus deseos.

Jadeó y tembló cuando su jefe volvió a palpearle el culo y su coño supuró dulce elixir.

—¡Joder, eres una ratoncita muy hambrienta! —musitó con la voz apretada, envenenado con la tersura de sus labios, de sus carrillos, de su garganta que se cerró entorno a su punta y aumentó la electricidad caliente y líquida en sus testículos.

Se iba a correr, se iba a correr en su boca y no quería.

La jaló del cabello hasta alzarla y le apretó el cuello, mirándolo con furor y exaltación.

—Híncate entre mis piernas, quiero follarme tus tetas, quiero mancharte con mi semen para que sepas que tienes otro dueño más que te va a follar cuando se le dé la gana.

Gimoteó y tembló, emocionada.

—Sí, jefe —sollozó, sofocada por el maremoto que tocó sus costas y le hizo ver a Villalobos con renovado fervor.

La soltó y Camila se bajó del sillón y gateó como una bonita sumisa hasta hincarse entre sus piernas que abrió con una risa sarcástica.

—Si no puedo tener tu coño, me haré con tus tetas y me correré en tu cara o en ellas las veces que se me dé la gana, ¿entendido, putita? —apuntó con ironía, divertido al ver cómo su expresión se desdibujó y pareció más complacida con el término usado.

Por lo visto, había muchos más matices dentro de la bonita Camila por descubrir, y él exploraría cada uno de estos.

Irguió la espalda y tomó su polla para lamerla y dejar chorretones de saliva para lubricarla bien. Sin despegar la mirada de la oscura y masculina de su jefe que pasó de sus ojos a sus labios y le sonrió con majadería.

Lloriqueó y una pequeña nube de vaho se difuminó contra la punta enrojecida de su polla. Fascinado, la contempló cuando pegó su torso a sus muslos y, con las tetas apretadas, metió su miembro en el estrecho y apretado canalillo.

Gruñó excitado, perdiendo la compostura y movió las caderas para abrirse espacio entre las montañas blancas que estrujó sobre sus manos, sin poder contener la emoción que lo embriagó cuando la tersura de su piel enrojecida y caliente lo rodeó y solo la punta apareció entre sus senos blancos y suaves, como deliciosos algodones de azúcar que quería devorar de mil formas diferentes hasta perder la razón.

Cerró los párpados y tragó saliva con dificultad. Su cuerpo palpitó con ansia y se prendió la hoguera en su sexo que expulsó pequeñas gotas de líquido preseminal.

Abrió los ojos y miró su sonrisa pequeña y femenina que quiso borrar de un plumazo, provocando que ciñera más sus tetas y las moviera alrededor de su eje, marcando sus dedos y enterrando los femeninos en sus blandas masas de carne.

Camila se sonrojó, en especial cuando su bravura la sobrecogió, cuando se dio cuenta que estaba frente a un imponente macho que haría buena mancuerna con su amo, con el dueño de sus fantasías, para enloquecerla y acabar con cada parte de su ser.

Chilló y abrió la boca, esperando recibir los chorros que estaban formándose en las pelotas de su jefe que, frenético por correrse, la movió y apretó con desesperación.

La llama impetuosa de la lujuria hizo que sus jugos salieran y se resbalaran por sus muslos.

Gimió ronco, el calor subió hasta su rostro, sus músculos se tensaron, la rigidez en sus testículos, que eran aplastados deliciosamente por las tetas de Camila, aumentó hasta que su corazón pitó en sus orejas y, con los dientes apretados y sin poder respirar, se corrió en copiosos chorros sobre las tetas y rostro de Camila, delineando una obra de arte con su semen sobre el precioso lienzo de su piel coloreada por la pasión.

Jadeantes, se miraron y la sonrisa femenina le hizo bramar por lo bajo y jalarla del cuello para besarla en la boca y borrar ese dulce mohín que hizo algo más que tentarlo.

CAPÍTULO 17

A diferencia del sexo rápido y violento con Tony, su jefe le regaló horas y horas de placer. Tras el beso, la llevó de nuevo contra el sofá y volvió a comerle el coño, sin desaprovechar el semen que untó en sus tetas hasta que su piel se impregnó con su fragancia.

Cuando se corrió dos veces más y empapó el sillón, Villalobos se levantó y le ofreció una copa de vino o lo que quisiera. Optó por el coñac añejo y bebieron mientras le contó todo lo que había hecho esos días, sobre el vibrador horas atrás durante la reunión y lo que le hizo su amo durante esas largas y deliciosas horas que pasaron juntos, además de la furiosa y exquisita experiencia junto a su vecino.

Villalobos estaba excitado, así que le propuso meterle los dedos en el coño mientras ella seguía narrando, con lujo de detalles, sus aventuras hasta que se corrió una vez más, con las piernas sobre su jefe, mojándolo con sus jugos justo sobre su polla que no volvió a levantarse con nuevas fuerzas.

De haber tenido su pastilla azul, no se hubiese despegado de la bonita Camila, pero no quería tentar a la suerte, su tensión ya no era la de antes, pero eso no impidió que ella se desmadejara en sus manos, o que sintiera el palpar de su coño.

Cuando acabaron sudados, cubiertos por la voluptuosidad de su encuentro, riéndose, le ayudó a ponerse la ropa. Se burló cuando le colocó el vestido y se dio cuenta del daño que ocasionó en la prenda. Se besaron como una vieja pareja y, con una nalgada que le dio cuando giró para ver si no había nadie fuera de la oficina a esa hora, la dejó ir, a sabiendas de que podría jugar y divertirse con el cuerpo de su empleada cuando quisiera.

Quizá probaría su culo la siguiente vez ya que le dio la impresión de que no le daría más que su boca, sus tetas y su culo, su coño quedaba relegado de la ecuación gracias al otro hombre que se le adelantó.

La vio irse como si fuese una ladrona, en puntas, con los tacones en la mano y desarreglada, como si hubiese pasado por un huracán. Él fue el huracán. Se relamió y suspiró con pesadez. Su sonrisa quedó perenne en sus labios cuando se recompuso y se fue a su baño personal para arreglarse y ponerse un traje diferente, ya que aquel olía a hembra.

Sí, le gustó tenerla para sí, le gustó su mente y juego perverso. Le encantó saber que, pese a ofrecerle una ducha, ella declinó porque quería que su marido lo hiciera, porque quería que le oliese en su piel.

No entendía al cornudo. Si su mujer fuese tan fogosa y deliciosa como Camila, no dejaría que nadie más la tocara, la follaría a la menor oportunidad y la preñaría para retenerla a su lado. Y quizá eso hubiese hecho de no gustarle el picante que agregó al encuentro estar limitado a ciertas partes del cuerpo femenino, a tener que compartirla como una muñeca de carne y hueso con un desconocido que, al parecer, la tenía en su palma. Ni siquiera él comprendió bien lo que sintió, el regusto dulce e hipnotizante que dejó su empleada no solo en su cuerpo, sino en su mente.

Pero no importaba, mientras gozara con la figura curvilínea y le dejara catar cada orgasmo que le arrebatara, estaría más que conforme sin indagar a qué se debía su complicada reacción que le pedía aventurarse en la vida sexual de su bonita empleada.

* * *

Felizmente agotada, entró a su casa, con el cuerpo relajado y tibio al tacto.

Disfrutó demasiado al estar con su jefe. Siempre lo pensó más dominante, incluso creyó, por un momento, que no le diría nada y la penetraría de una sola estocada. Si hubiese sido su amo, eso hubiese hecho, podía imaginarlo en una escena similar. A él no le podría negar nada, no obstante, le plació saber que su *harem* de hombres era diverso, así como le gustó que respetasen sus deseos.

—¿Cariño? —la llamó Marcos, confundido al ver su aspecto desordenado, su vestido dañado y la sonrisa pueril en sus labios, así como sus ojos brillantes y tiernos que lo cautivaron, que hicieron latir su corazón.

Adoró a su esposa.

Se levantó del sofá y se paró frente a ella.

—¿Qué pasó? —preguntó con interés, pese a que por su cabeza pasaron mil preguntas e imágenes de lo que le pudo ocurrir.

Suspiró y lo tomó de la mejilla con delicadeza para plantarle un beso sentido y tranquilo en el que le comió la boca.

Jadeó al saborear sus labios. Tenían un regusto diferente, algo extraño que no supo precisar, pese a que, en cuanto se le acercó, pudo oler todos los fluidos en sus curvas y se deleitó con las posibilidades. Sí, Camila tuvo sexo, de eso no le quedó la menor duda.

Le mordió el labio con sensualidad y se separó para verlo directo a los ojos.

—Te amo mucho, mi amor.

Su frente se arrugó de sorpresa y aguardó a que se quitara la chaqueta, los tacones y el vestido y, en medias y ligero, le pidiese llevarla a la ducha.

—¿Segura? —preguntó con el pulso elevado y una creciente erección.

El aroma de sus tetas lo distinguió con exactitud y saber que un hombre eyaculó sobre sus pechos lo alteró y le hizo querer probar su piel, incluso cuando no parecía quedar indicios visibles del encuentro, no como esperaba, quizá porque no sucedió minutos atrás.

Asintió a modo de respuesta y le echó los brazos sobre el cuello para que la cargara y la llevara al baño.

Silbó encantado con complacerla y la cargó escaleras arriba hacia el baño, donde le quitó los tacones y las medias con delicadeza, y luego el ligero. La sentó sobre el borde de la bañera y ella se abrió de piernas.

—¿Quieres ver? —preguntó sin abandonar esa sonrisa alegre y dulce.

Tragó saliva con dificultad y bajó los ojos para descubrir el sexo mojado, hinchado y enrojecido de su mujer. El aire salió de su cuerpo en bocanadas entrecortadas.

Su sonrisa se amplió y cerró las piernas.

—¿Q-qué pasó? —inquirió cortado, con la cabeza llenándose con mil imágenes de lo que le provocó tal estado de irritación en su preciosa zona íntima. Su piel estaba un poco lastimada, así como sus pezones que no pudieron abandonar la rigidez.

Satisfecha, se levantó y le besó la punta de la nariz, antes de meterse en la bañera y pedirle que le lavara el cuerpo con mucha delicadeza.

—Usa las manos, mi amor, estoy muy sensible y no quiero que me queden marcas o se me irrite la piel —instó con la voz femenina y coqueta.

Sus ojos grises, pícaros, lo miraron e invitaron a tocarla mientras su dedo índice dibujó el contorno de su areola que se arrugó al contacto.

Gimió por lo bajo y su expresión lasciva le hizo relamerse e hincarse para cumplir con los deseos de su mujer que se relajó por completo cuando el agua caliente aflojó sus músculos y alivió su entrepierna.

Marcos usó una buena cantidad de jabón líquido para limpiar a su mujer, atento a cada gemido, a cada temblor, a la viscosidad que quitó de su cuerpo con la respiración pesada. Sí, se excitó al limpiarla, al saber que otro hombre la tocó y marcó con sus fluidos, que la hizo correrse.

Cuando llegó a su sexo, Camila se abrió de piernas y, con muchas pausas, le contó que su jefe le folló con la boca, que la hizo correrse una tras otra vez y después ella le hizo una deliciosa felación, para luego apretarle la polla con sus pechos en los que arrojó su semen en copiosos chorros.

Casi eyacula al escucharla, la tienda de campaña se alzó y su miembro se engrosó por completo. Su presión arterial ascendió y la boca se le secó al imaginarla amenazada para que se dejara seducir por su jefe a cambio de no quitarle el proyecto que significaba tanto para ella.

Aquel hombre... Lo sabía, siempre estuvo interesado en su señora, se veía desde la lejanía, así como el hecho de que era todo un zorro plateado que se aprovechaba de las jovencitas como su esposa, porque le llevaba demasiados años de por medio.

Por supuesto, quien podría resistirse a Camila.

La escuchó con atención y cuando estuvo limpia le ayudó a secarse y acostarse en la cama, desnuda, donde le dio permiso para que se masturbara sin tocarla, ya que, si ella le agrandó los cuernos, era justo que él tuviera un poco de placer, así que, dormida boca abajo, le dejó ver su culo en pompa, sus piernas que se abrieron lo justo para ver su sexo, y revivió en su mente todo lo que le contó y lo que le hizo el dueño del casino días atrás, incluso sus pupilas se fijaron en su anillo fruncido que fue sodomizado por su joven vecino.

Se corrió en pocos minutos, reventando contra la palma de su mano, con fuerza, en gruesos hilos que, antes de ese fin de semana, jamás pudo expulsar.

Sí, quería más, quería que Camila retozara en las manos de otros hombres hasta que la lujuria la corrompiera por completo y se olvidara hasta de su nombre.

CAPÍTULO 18

El siguiente día estuvo ocupada con el trabajo del proyecto, finalizando los detalles para que pudieran poner en marcha la última fase antes de exponerlo al mercado.

Las contrataciones temporales fueron lo más rápido, bastó con un anuncio y poco más. Sandy, su secretaria, quedó a cargo de la logística de algunos pormenores, no obstante, el groso del trabajo le correspondió a ella.

Se suponía que muchos de los pendientes tuvieron que quedar zanjados desde el día anterior, sin embargo, debido a que se llevó toda la tarde teniendo sexo sin control, no pudo hacer mucho, por suerte durmió como un bebé y fue mimada por su marido que se desvivió por hacerla sentir bien esa mañana al darle una larga ducha en la que acarició con suavidad sus sensibles pechos y coño, para después prepararle un desayuno sustancioso.

No tuvo acción ni por parte de su jefe ni su vecino, mucho menos su marido, no la quería, no solo porque necesitaba un descanso tras sufrir los desperfectos de tener la boca de un hombre durante mucho tiempo en su sexo, sino porque no tenía tiempo para pensar en perversiones. Su cabeza se llenó con la larga lista que tenía que completar, incluso hasta caer la noche.

Tras el trabajo, volvió a casa y partió hacia el club, necesitaba hacer unos largos para que sus músculos no se resintieran. Ni siquiera prestó atención a los curiosos que susurraron cuando ella pasó en frente y fue directo a la piscina.

Esa vez llevaba un bikini normal, aun así, tuvo espectadores que se deleitaron con su figura curvilínea y el movimiento de sus extremidades que se sumergieron y alzaron con fluidez y elegancia.

Al terminar, salió y se secó frente a todos.

Su entrenador la miró desde lo lejos y sonrió. Quizá fueron ideas suyas, pero le pareció que se veía diferente, más abierta a la contemplación masculina, incluso le importó muy poco cuando un hombre la miró con descaro mientras se secaba las piernas y le mostraba el culo.

Quizá podría tener su oportunidad más pronto de lo que pensaba, pese a que ese no parecía un buen momento, puesto que Camila salió del club sin siquiera girar a verlo.

Tendría más oportunidades, siempre las tendría mientras siguiera llegando y, entonces, haría lo que quisiera, seguro que le gustaría ser atada y sodomizada hasta que su culito lo absorbiera por completo. Se prometió aguardar hasta que volviese a verla y, entonces, pondría todas sus estrategias en marcha.

Volvió a casa y vio una película con Marcos, quien le hizo cariños y le preguntó por su día, ansiando escuchar algo candente que lo encendiera. Quedó decepcionado al saber que estuvo trabajando arduamente, sin embargo, tal detalle plantó una idea en su mente libertina.

Subieron a la habitación en la que la desnudó y acostó en la cama, boca abajo. Buscó entre sus cosas un aceite de coco que a veces usaban para tales fines, calentó sus manos y las roció con una buena cantidad de líquido aceitoso, al igual que hizo con su espalda y glúteos.

Con las palmas y los dedos relajó sus músculos, incitado por los suaves gemidos que salieron de su mujer que poco a poco se fue calentando, que se dejó llevar por las diestras manos de su marido que aliviaron el estrés del día y suavizaron sus músculos anudados desde la espalda hasta el trasero que procedió a besar y luego metió la cara entre sus nalgas para comerse su rajita, solo lo suficiente para que su fragancia se mezclara con la del coco e inundara la habitación.

Le dio vuelta y siguió con sus tetas a las que les dio un trato especial y delicado. Le sobó desde el nacimiento de sus montañas, rodeó las areolas y aplicó un poco de presión cuando pasó las palmas sobre los pezones erguidos.

Gimió y su boquita se entreabrió con candor. Estaba caliente, pero no quería un orgasmo, solo quería que las manos de su esposo calentaran su cuerpo para luego dormir tranquila.

Marcos siguió con su vientre, su cintura, sus caderas, mimó su sexo, sus labios mayores y menores, metió los dedos entre sus pliegues sin llegar a su canal. Estaba encandilado por la entrega de su mujer, por la forma en la que respondió a sus caricias, pero se dio cuenta de que, como antes del fin de semana, ella no estaba tan estimulada, Camila necesitaba más que sus cariños, necesitaba un hombre que la doblegase, que la hiciera brillar, que enviase sus ojos al fondo de su cráneo e hiciera salivar su boca.

Suspiró entrecortado y su polla respondió ante tal descubrimiento, porque, pese a que ya llevaban bastantes días en aquella dinámica, no consideró que el cuerpo de su mujer nunca le perteneció, en cambio, halló a su verdadero dueño, al hombre que le haría descubrir su sensualidad y cumpliría el deseo de ambos.

Frotó sus dedos con sus labios hasta que los gemidos se volvieron más suaves y siguió con sus preciosas piernas, con sus muslos, pantorrillas y por último los pies.

Cuando volvió a subir para comerse su coño, se dio cuenta de que estaba dormida y la vio por un instante.

Lo que daría porque en ese momento interrumpiera en su casa su vecino para follársela y despertarla con una polla metida en alguno de sus orificios, seguro lo disfrutaría.

Aspiró aire por la boca y simplemente la cubrió, deseoso por volver a ver cómo la tomaban y la convertían en una hambrienta zorrita que deseaba las vergas de otros hombres.

Tragó saliva y se recostó a su lado, con mil pensamientos rondando por su lascivo cerebro que imaginó diferentes escenarios, sin saber que pronto, más pronto de lo que creyó, se encontraría

envuelto en una situación que quizá sobrepasaría sus expectativas y lo que siempre presumió que estaba dispuesto a aceptar.

CAPÍTULO 19

En la ducha, estiró el cuello y las extremidades, el agua caliente que cayó sobre su espalda la reconfortó. Durmió estupendamente. No supo en qué momento los brazos de Morfeo la acogieron, no obstante, al despertar lo hizo con energía y una gran sonrisa. Su corazón llevó sangre oxigenada a cada molécula de su cuerpo y se sintió... viva. Desde que se levantó sobre el cuerpo del mafioso no había sentido tanta vitalidad, aunque no se parecía, con él... fue diferente.

Era una pena que su marido no se pareciera más a ese perverso hombre, que no fuese como su jefe, o si quiera como su vecino. Ellos sí sabían lo que necesitaban, pero tampoco ellos eran como Marcos. ¿Cómo podía quererlos a todos en su vida? Quizá lo más preciso de decir es que los quería a todos entre sus piernas, pero los detalles sobrepasaban su entendimiento.

Antes de que cerrase la ducha, Marcos entró al baño y la llamó.

—Cariño —susurró con amabilidad y se acercó hasta la mampara donde la silueta de Camila se dibujó con sensualidad.

Apagó la regadera y se giró para verlo, sin cubrirse, con gotas de agua lamiendo su cuerpo desde su rostro hasta sus tetas, pasando por su vientre plano y resbalándose hasta su coño.

Parecía una sirena recién salida del agua.

—Tu móvil. —Marcos suspiró antes de seguir y la miró con anhelo. Hacía mucho tiempo que no la follaba y quería hacerlo, pero no así, no sin que ella estuviese de acuerdo.

—¿Qué pasa, amor? —inquirió con interés, con la ceja alzada.

Abrió la mampara y salió de la ducha, se paró en la alfombrilla frente a su marido y este tragó saliva con dificultad cuando sus ojos conectaron y la feminidad de su esposa le abofeteó el rostro.

—No quería hacerlo, pero he visto un mensaje y... —El aliento le salió entre los dientes y un ligero temblor lo acogió.

Su ceño se frunció. No tenía nada en contra de que le revisara el móvil, pero se le hizo tan raro que lo hiciera que su gesto se modificó y el desconcierto se hizo con sus iris grises y sus pupilas oscuras.

—Y-yo... revísalo por ti misma —musitó con cierta turbación que no logró identificar, pese a que le pareció que estaba demasiado nervioso o ansioso, no estaba segura.

Cogió el móvil que le ofreció su marido y lo desbloqueó para ver lo que tanto le estaba trastornando a Marcos. En la bandeja de notificaciones descubrió un mensaje que aceleró su corazón

e hizo que inhalara hondo.

—No vi la imagen, no podía desde las burbujas de notificaciones, pero creo que quiere verte —comentó Marcos con entusiasmo y las cosquillas en sus dedos por tocar el cuerpo de Camila le calentaron la mano.

Solo imaginar las promesas que retuvieron sus retinas tras leer los mensajes del dueño del casino, todo su cuerpo se activó con brío y deseó que el día avanzase con prisa.

Se relamió los labios y entró directo a la app de mensajería para descubrir por completo los mensajes que le envió su amo minutos atrás.

Contuvo el aliento y su cuerpo respondió como si aquellas palabras las estuviesen susurrando él en su oído.

«Has entrenado muy bien, mi pequeña mariposa. Has florecido hermosamente en una mujer ardiente que puede calentar a quien se lo proponga y ahora, es momento de reclamar mi recompensa...»

Lleva contigo las bolas anales, antes de salir del trabajo quiero que juegues con tu agujerito trasero y las dejes en lo más profundo de tu precioso culito para que así me muestres cómo te has divertido».

Debajo de ese mensaje, había adjuntas algunas fotografías, todas ellas de su oficina, del miércoles, donde se tocó con el vibrador en sus entrañas. Su rostro, en cada una de las imágenes, era un poema, así como su cuerpo sobre el escritorio, con las piernas separadas y su feminidad expuesta y perlada con sus efluvios.

Su boquita estaba abierta en la mayoría de las fotos y sus tetas tiraban de la tela del vestido, así como su mano que trataba de jalar los pezones y apretárselas para montar la ola del orgasmo.

Sí, en definitiva, la estaba observando. Se mordió el labio inferior con fuerza ante aquella idea y una sensación violenta y lasciva la recubrió. Él la estaba vigilando, la estaba mirando.

Pasó a la última imagen en la que regresó a su oficina con las medias mojadas, el cabello hecho un lío, con los tacones en la mano y el vestido arruinado y la chaqueta arrugada.

Leyó el último mensaje con el alma colgando de un hilo, a punto de enloquecer gracias a la excitación que calentó su cuerpo, que erizó su piel y puso sus pezones como pequeños guijarros.

«¿Qué estuviste haciendo, preciosa? ¿Será que ya exploraste con otros hombres aparte de hacerlo con tu vecino? Solo espero que hayas disfrutado y no te olvides de que tu coño es solo mío. Planeó tomarlo muy pronto, así que mantente calentita para mí».

Espiró profundo y alzó las pupilas a las de su marido que la miraba con ardor y expectativa.

—¿Quieres leer? —preguntó con dulzura, acercándose de más a Marcos que solo alcanzó a asentir.

Le pasó el móvil y, mientras leía y veía sus obscenas fotografías, lo tocó por encima del pantalón de pijamas, bajo el cual no llevaba nada.

Su marido jadeó y se estremeció cuando lo rodeó con su tibia palma y lo masturbó sin quitarle la única prenda que le impedía sentir el palpar de su pene que se colmó de sangre, en especial cuando la vio en las imágenes. La sensualidad de su orgasmo, la forma en la que regresó después de ser follada por la boca de su jefe. Él la vio al llegar a casa, pero no fue consciente de la apariencia relajada y lasciva de su cuerpo y rostro mientras estaba en la oficina. Su rostro... ¡Mierda!, su rostro era el de una mujer satisfecha, el de una putita a la que le dieron justo lo que quería.

Aumentó la intensidad del movimiento de su mano y envolvió su punta para pasar el pulgar por el sensible ojo ciego que mojó su pulgar y la tela del pijama.

—Amor, no te corras sin mí, ¿sí? —suplicó con la voz tersa y la mirada brillante que destiló inocencia y malicia, ambas cosas, porque así era Camila.

Le sonrió.

Marcos se perdió en su gesto, en la forma en la que le apretó el pene. Sus dientes rechinaron cuando cortó la circulación de su mástil y lo dejó a poco de terminar.

Su sonrisa se amplió y, feliz como niña pequeña que recibe el capricho que quería, lo soltó y lo dejó en medio del baño para irse a arreglar, esa vez, sin pedirle ayuda, porque sabía justo lo que necesitaba, lo que usaría para cumplir las órdenes de su amo y señor.

CAPÍTULO 20

Se relamió los labios con presteza, sus ojos fijos en el movimiento de las agujas del reloj, ansiosa. Faltaba poco más de una hora para que su jornada terminara.

Cerró los ojos y se mordió el carrillo. Se balanceó sobre la silla, incómoda. Llevaba todo el día, desde que supo que el mafioso quería su «recompensa», pensando en lo que eso significaba, en las implicaciones que tendría que le pidiera que jugara con su culito apretado.

¿La volvería a secuestrar para llevarla a su mansión y follarla sin reparos?, ¿la haría sufrir toda la tarde para luego meterse como un vulgar ladrón a su casa? Quizá debió decirle que tenía tal fantasía, así él podría hacerla realidad e incluso sería mucho mejor que lo que imaginó que haría su vecino, pero la vergüenza le impidió decir algo, ni siquiera pudo responder el mensaje, en principio porque no sabía si debía hacerlo o, por el contrario, no esperaba respuesta por su parte.

Se removió más inquieta y la suave tela de las bragas hizo contacto con su rajita que se secó minutos atrás, cuando tuvo que ir al baño para limpiarse la humedad que destiló su coñito al pensar en todas las alternativas. Ni siquiera se concentró por completo en su trabajo.

Le resultó casi imposible canalizar su mente en las tareas a realizar, fue una suerte que el día anterior hubiese hecho lo más difícil y complicado y lo que le quedaba no necesitase enfocarse tanto, no obstante, su cuerpo no dejaba de demandarle cosas que no pasarían.

Villalobos la llamó para comer juntos y tuvo que declinar su oferta de pasar un delicioso fin de semana a su lado, en un yate que tenía aparcado en el puerto a dos horas de distancia. Se imaginó en alta mar, tomando el sol, desnuda, con su jefe entre sus piernas, comiendo con delicia su coñito para después follarle la boca y el culo, mientras toda la tripulación observaría su cuerpo con lascivia, pero eso no iba a suceder, en especial porque lo que le propuso fue ir a un viaje corporativo para presentarle algunos contactos que le ayudarían para futuros proyectos. Tuvo que explicarle que su amo le envió un mensaje e incluso le mostró las fotografías para que comprendiera su negativa.

Su jefe sonrió al ver las imágenes, pero su gesto se expandió cuando descubrió la última y supo que él fue el causante de su aspecto tan desaliñado y erótico.

—¿Así que me estás dejando plantado para ir a una posible cita con tu amo? —preguntó con fingido dolor, sin soltar su sonrisa pícaro.

La repasó con la mirada. Estaba muy bonita con la camisa semitransparente, blanca, con olanes al frente que resaltaban el escote de sus tetas y su tamaño prominente, además, al llevarla fajada a su

falda negra corta que se ceñía a sus caderas, le hacía ver como una sexy ejecutiva. El traje se completaba con unas medias negras, una chaqueta a juego con la faldita, y unos tacones stiletos que alargaron sus piernas y le hicieron ver como toda una *femme fatale* de oficina que enreda al héroe con sus peligrosas curvas.

—Es la idea, aunque, a decir verdad, no sé qué vaya a pasar.

Villalobos se rio al ver su puchero infantil, casi hizo un berrinche ante la incertidumbre. Pensó que los celos lo carcomerían, pero en lugar de ello, la llevó, tras el almuerzo, a una tienda de lencería para comprarle algo bonito para usar esa tarde, incluso le ayudó a vestirse una vez volvieron a la oficina.

La desnudó con calma, la llevó hasta el escritorio y le hizo una inspección para verificar que todo estuviera «perfecto» para su cita. Cuando se calentó al ver que estaba mojadita, Camila se bajó del escritorio, solo usando las medias y los tacones y, metida bajo la madera, le hizo una deliciosa y prolongada felación que no detuvo cuando su secretaria entró para hablar sobre un tema urgente, sin saber que Camila estaba metida entre las piernas de su jefe que resistió, entre temblores, el orgasmo que creció cuando su bonita empleada se lo metió hasta el fondo de la garganta y, en un acto increíble, le lamió con la punta de la lengua la base de su polla, incluso la pasó por dos segundos por sus testículos. Por suerte, su secretaria salió, con el ceño fruncido al verlo acalorado y tartamudo, pero sin imaginar lo que estaba ocurriendo.

Eyaculó con fuerza dentro de su boca y sus ojos, entreabiertos buscaron los grises que lo observaron con lascivia.

Camila estaba hincada entre sus piernas, con la boca abierta para mostrarle las gotas sin tragar que quedaron en su lengua, a punto de caer al precipicio junto con su saliva, con los ojos entornados en un gesto demasiado voluptuoso para olvidarlo. Desnuda, con la piel sonrojada y los pechos insuflados por la pasión le pareció la mujer más atractiva del mundo y casi volvió a tener otra erección.

Tragó su semen y luego salió de su escondite, bamboleando sus caderas cuando le pidió el baño para asearse y, sin inhibiciones, se fue a dar una ducha sin mojarse el cabello.

Cuando salió, la ayudó a vestirse con la nueva lencería. Le compró unas braguitas negras de encaje, pequeñas de adelante, pese a que le cubrían parte de las nalgas por detrás y a los costados parecían estar trenzadas. Era una bonita pieza, sin embargo, lo mejor era el corpiño, una prenda a juego cuyos tirantes estaban también trenzados. Las copas alzaban y juntaban sus tetas como si las estuviera entregando al hombre que las usaría y comería a su gusto. El encaje del sujetador era suave, casi no cubría el color de sus areolas y bajaba hasta envolver su torso por encima de la cintura, apenas unos cinco centímetros, poco más.

—Te ves hermosa —halagó y le puso la camisa, cuyo escote se realzó con el sujetador nuevo, y la falda la subió lo suficiente para que se viesan las costuras de las medias.

Maravillado, la miró y le hizo tomarse unas fotos antes de irse, fotografías en las que le hizo posar en mil posturas diferentes, incluso en una donde, apoyada en el sofá, en pompa, se abría de piernas y jalaba las bragas para mostrarle su sexo.

Fueron unas horas excitantes, pero tenía cosas por hacer, así que la dejó ir, de cualquier manera, no podría volver a probar su boca, mucho menos sus otros agujeros. Podía haberle hecho un oral, no obstante, Camila se negó y le dijo que se estaba restringiendo para después.

Por su bien, esperaba que el tipo que la reclamó la complaciera, porque estaba por hacer erupción con un simple toque, lo pudo ver en la manera en la que le succionó el miembro y lo dejó seco.

* * *

Desesperada, se removió sobre la silla. Todavía faltaba demasiado para que volviese a casa, pero no estaba segura de cuánto tiempo debía esperar para jugar con su tierno canal.

Estar con Villalobos horas atrás solo logró trastornarla más, incitar su calor y corromper su concentración. No obstante, no quiso faltar; no quería llegar saciada con su amo; quería estar ardiendo, que su toque la enviara a la luna, a Marte, a Venus, al mismo sol donde se convertiría en Icaro y volaría hasta caer quemada en sus manos.

Inspiró profundo y se levantó de la silla, decidida a calentar sus entrañas tal como los mensajes insinuaron que debía estar.

Fue un acierto ducharse en el baño de su jefe, no solo quedó fresca, sino que se quitó el semen de Villalobos de la boca y esperaba que su aroma no se quedase en su piel, al final, su amo no era como su marido, no sabía si le gustaría oler a otro hombre en su cuerpo, mucho menos compartirla. Por algo la reclamó, y aunque la idea de estar con otros hombres fue suya, no creyó conveniente enojarlo al desafiar su confianza, al menos ese día, solo sería de su amo, solo le pertenecería por completo a él, quien le haría lo que quisiera.

Del bolso sacó el lubricante y las bolas anales.

Se relamió los labios y tragó saliva. Su cuerpo tembló y sus pezones se crisparon.

Cerró los ojos y cuando abrió los párpados sus pupilas registraron la oficina. Si las fotos fueron captadas desde el frente, significaba que debía tener alguna cámara en ese ángulo.

Si ella se estaba quemando, no sería la única, le daría un espectáculo y seguiría sus órdenes al pie de la letra.

Rodeó el escritorio y preparó el lugar para hacer lo necesario. Con la mesa despejada, dio media vuelta, giró solo el torso y, con el trasero en pompa se levantó la faldita, despacio, mientras sus ojos se entornaron y su boca se entreabrió para exhalar.

Tembló y volvió a buscar alguna luz roja o verde que le indicara dónde mirar, pero no halló nada, así que siguió con su película.

Con la falda enrollada sobre la espalda, bajó el torso y se pegó al escritorio para subir una pierna y abrirse bien para mostrar sus braguitas negras.

Agitó el culo, movió el trasero en un meneo hipnotizante, como si estuviese montando a un macho. Jadeó y se mordió el carrillo. Suspiró y una de sus manos amasó su culo para abrirse más y más, hasta que la tela negra se perdió en su rajita y la suavidad de la prenda provocó una deliciosa excitación.

Gimoteó y alargó los dedos para jalar las bragas y hacerlas a un lado, revelando su sexo y culito cubiertos de lubricación. Se abrió de labios y metió el dedo de en medio entre sus pliegues para

recolectar dulce elíxir.

Se estremeció. Tenía la vulva empapada. Esparció su néctar por su coñito y lo arrastró hasta el culo, donde frotó su anillo fruncido con suavidad, tan lento y cadencioso que su respiración se volvió pesada y quiso apretarse los pechos como tanto le gustaba, sin embargo, no podía soltarse del escritorio o se caería. Estaba solo parada en una pierna y podía resbalarse al suelo si no tenía cuidado, así que siguió con su exploración sin aumentar el placer al tocarse otras partes del cuerpo.

Metió un dedo en su agujerito, jugó con sus paredes y recolectó su almizcle para llevarlo a su trasero, en el cual empujó hasta meter las primeras falanges. Se detuvo y lloriqueó, su aliento salió entrecortado y cerró los ojos, presa del placer más sosegado que mareó su cerebro.

Hizo círculos hasta que su canal se expandió lo suficiente para meter otro dedo y removerlo con sensualidad, encharcando su coño con la exquisita fricción.

Cuando el temblor en su pierna de apoyo se hizo visible, sacó sus dedos y se irguió lo suficiente para coger las bolas anales y llenarlas con el lubricante, a sabiendas que los jugos que salían de su sexo no serían suficiente si no quería experimentar dolor.

Tragó saliva al ver las bolas cubiertas por completo de lubricante y volvió a su posición inicial. Aspiró profundo y la primera bola entró en su culo. Se aferró al escritorio y sus uñas crearon trazos delgados sobre la madera.

Una nube de vaho salió de su boca cuando forzó la siguiente bola y se arqueó hacia el frente, con los dientes apretados.

Siseó cuando empujó la tercera y el temblor se hizo más evidente, al punto de que casi se dobla el pie gracias a su calzado de alto tacón.

Inspiró hondo y esperó unos minutos para coger fuerza y llevar la última bola, la más grande de todas, dentro de su agujero que se cerró en cuanto la empujó.

Siseó y se estremeció ante un potente escalofrío que la recubrió, entre el placer y el suave y satisfactorio dolor.

Embriagada por la sensación de estar rellena por detrás, se acomodó la ropa y, erguida. Cogió sus cosas. Era el momento de volver a casa y, con suerte, no llegaría a entrar antes de que su amo la llevase a aquella sucia celda para follarla como lo que era: su zorrita.

CAPÍTULO 21

En su coche, sentado sobre el suave cuero, observó el móvil con fijeza. Llevaba varias horas acechándola, desde que le envió el mensaje no se perdió cada segundo en el que su hermosa mariposa se retorció ante la excitación.

Ansiosa y hambrienta, le pareció la criatura más hermosa del planeta. Con su boquita abierta para contener cada gemido, para espirar cada aliento caliente que salió de lo más profundo de su alma que ardió en deseo.

Sus ojos oscuros se quedaron pegados a la pantalla, en especial cuando su mariposita le mostró el coño y el trasero. Sus agujeros estaban empapados y el latido de sus entrañas lo tensó, su sangre viajó al sur de su anatomía y aspiró profundo para seguir con su plan.

Destensó el cuello y los omóplatos, aguardando como un lobo a su presa.

Sus pupilas se dilataron al ver el fogoso despliegue de caricias cuando los dedos femeninos estimularon sus deliciosos atributos. El aliento le salió entre los dientes apretados como un toro bravío cuando su culo apretado absorbió cada bola. Tembló, la última cuenta entró y su anillo se cerró, justo como quería que hiciera con su polla.

Desde que abandonó la mansión, hizo que uno de sus hombres la siguiera, mientras instalaron cámaras en su oficina para monitorear sus «avances». No se imaginó que después del fin de semana buscaría a su primera conquista al salir como una putita a la calle con esa minifalda que apenas le cubría el sexo. Mucho menos creyó que se dejase doblegar por un veinteañero que ni siquiera tenía pelos en la verga. Le hubiese gustado ver el espectáculo, pero quiso dejarle un poco de privacidad, así también probaría hasta dónde estaba dispuesta a obedecer sin su supervisión.

Su empleado le informó sobre el joven, incluso le llamó cuando este entró a la casa de la parejita con ese gesto lascivo y la mirada puesta sobre el culo de Camila, pero no se preocupó. La dulce mujercita tenía que hacer más grandes los cuernos de su marido, y qué mejor lugar que en su propia casa donde dormían juntitos.

Supuso que seguiría entrenando con su vecino, pero no pasó. Lo tomó por sorpresa cuando, una tarde, después de jugar con el vibrador, mientras él la miraba y le follaba la boca a una de las mujerzuelas que tenía en el casino, que casi ahoga con su contundente corrida, desapareció por horas y volvió hecha un cuadro. Fue evidente que tuvo sexo con alguien más. La duda lo carcomió por un largo instante, hasta que llamó a su empleado y le pidió que indagara sobre las horas en las que

estuvo fuera de su oficina. Descubrió la verdad al meterse en el ordenador del CEO de la empresa, leer su agenda y comprobar que canceló varias citas por el mismo tiempo en el que su hermosa mariposa estuvo lejos.

Bufó cual bestia y casi estuvo a punto de levantarse de su silla para ir tras de ella, arrastrarla con una buena cadena para amaestrar canes, llevarla a su habitación y follarla hasta enrojecerle el coño y luego seguir con su boca y su culo goloso.

No lo hizo, no le faltaron ganas, y esa sensación que no tuvo con el púber, aumentó al verla en el trabajo. Esa misma tarde, sin más, cuando escuchó que la llamaban por el teléfono interno para que fuese a comer con su jefe, sintió una extraña punzada en el pecho y sus dientes rechinaron.

Si ese imbécil la tocaba ese día, se juró encerrarla de por vida.

Como león enjaulado, dio vueltas en su oficina, se despeinó el cabello y, cuando estaba ardiendo de ira y de celos, se fue a la ducha para que el agua helada calmase su irritación.

Al regresar, cambiado y limpio, con el cabello mojado y bien peinado, se puso en marcha. Tenía un plan que cumplir y luego... luego haría su más grande acto para que su mariposa volara alto, para después enjaularla para sí, para volverse su completo dueño y tenerla comiendo de su palma para cuando quisiera tomar su cuerpo una tras otra, tras otra y otra vez, porque era suya, suya y de nadie más.

¿CONTINUARÁ?

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTROS RELATOS](#)

Si os ha gustado esta sugestiva novela, podéis apoyar mi trabajo dejando un comentario, sea corto o largo, a través de Goodreads, Amazon o redes sociales en las que me podéis etiquetar.

SOBRE EL AUTOR

Soy un ciudadano del mundo, enamorado de la silueta femenina y adorador de sus hermosas y cándidas almas que me dejan sin aliento, de ahí que me encante escribir relatos eróticos en donde ellas son las protagonistas de mi prosa.

Para más información, me podéis seguir en mis redes sociales:

En Instagram como:

@nicolas_hyde03

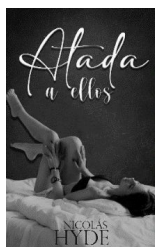
En Facebook como:

Nicolás Hyde

O contactarme a través de mi correo como:

03hyde@gmail.com

OTROS RELATOS



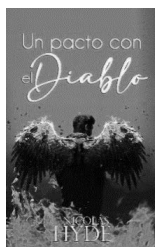
Atada a ellos

Desde que lo vi la primera vez... Me gustó, me pareció el hombre más atractivo y varonil del mundo. Pero era un hombre prohibido, un hombre en el que nunca debí fijarme. Sentir su mirada imponente, su aroma masculino, su esencia dominante..., pudo conmigo y me dejé llevar por su propuesta indecente, una propuesta emocionante e inquietante.

«Un relato corto que te hará estrujar la sábana de tu cama y suspirar de excitación».



Un pacto con el Diablo



Elisa estaba harta de su vida, de que las personas la pisotearan, de hacer todo por los demás, sin recibir nada a cambio.

No quería caer en los embrujos y promesas de otros. No quería ceder ante nadie, ya no más.

¡Ya no podía con su vida mediocre!, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para obtener lo que quería, incluso venderle su alma al mismo demonio, o para el caso, su cuerpo.

Y tú, ¿dejarías entrar al diablo en tus bragas?

«Un relato ardiente que te quemará en las brasas del infierno».



Perdóname, padre, porque he pecado



Desde joven, Amanda siempre soñó con convertirse en monja y dedicar su vida al servicio de los más necesitados. Nunca le importó las privaciones que su convicción traería a su vida, mucho menos las sexuales.

Incluso en su adolescencia, jamás tuvo la necesidad de sentir su piel ardiendo en llamas, no esperaba las caricias de un hombre, y mucho menos consideró hacerlo con sus propias manos, hasta que, en una noche estrellada, se encontró con la tentación personificada en un hombre.

Un pecado que necesita ser expiado.

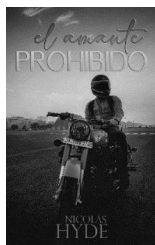
Un castigo que corromperá su alma y desatará su deseo.

Y una sotana que la hará hincarse ante la impudicia del placer.

¿Te animas a explorar las perversiones de Amanda?



EL AMANTE PROHIBIDO



Paula siempre fue una mujer con mucha suerte, a la que la vida le sonrió. Con un buen trabajo, un físico envidiable, sensualidad y mucho más...

No obstante, su vida da un vuelco cuando se enamora y su matrimonio no corre con la misma dicha... Con un esposo que la deja abandonada a la mínima oportunidad, y un hijastro joven, rebelde, y guapo...

La vida para Paula nunca fue tan difícil, en especial porque tiene que soportar las miradas lascivas de cierto joven que hace que su cuerpo tiemble.

Un relato donde la seducción incita a lo prohibido.



ÁNGEL



Desde que la vi por primera vez, me pareció una mujer despampanante, guapísima, como ninguna otra, sin embargo, pese a su sonrisa discreta y displicente, no podía engañarme, aquella mujer de cabello dorado, ojos como las esmeraldas y cuerpo de infarto, no me correspondía de ninguna manera, ¿o sí lo hacía... y solo tenía que saber cómo subyugarla?

Después de todo, Ángel no era una mujer cualquiera, no, ella era una bailarina exótica de lo más sensual, y la vecina más «buena» que tenía.

«Un relato erótico que te someterá a sus deseos...»



LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO, SOLO LO HIZO RONRONEAR



El viejo dicho dice que «la curiosidad mató al gato»..., en mi caso, la curiosidad me llevó a un mundo nuevo de aventuras, un mundo lleno de erotismo, sensualidad y muchos jadeos.

Todo comenzó con una carta, y terminó con un orgasmo.



LA SOCIEDAD DEL CÍRCULO ROJO



Múltiples sueños me llevaron hasta ese momento, el instante en donde cumplí mi mayor fantasía: *Ser la presa...* Vestida con una elegante capa roja y larga me preparé para comenzar el juego en el que dos apuestos y fuertes «dobos» me cazarían y cumplirían con mi más fervoroso deseo.

Un retelling excitante entre caperucita roja y dos lobos feroces.



SOLO UNA NOCHE.



Después de una complicada ruptura, Adriana decide pasar página y dar rienda suelta a sus deseos, olvidándose así de todo aquello que atormenta su mente.

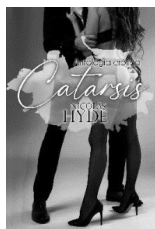
Dispuesta a bailar al son de los acordes de la música que suena en la discoteca, se encuentra con las hábiles manos de un hombre que estará dispuesto a borrar todos esos pensamientos que la atribulan.

Un relato lleno de pasión desenfrenada.

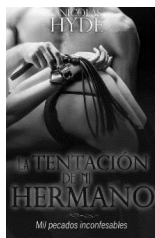


CATARSIS

ANTOLOGÍA ERÓTICA



Antología erótica con muchos relatos sensuales, llenos de pasión, seducción, recubiertos por el romance oscuro. La cual recoge los anteriores relatos, además de «Sé mía» un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.



LA TENTACIÓN DE MI HERMANO

Cuando sus padres murieron no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de su hermano, diez años mayor, e irse a vivir al extranjero, a su lado.

Cecil dejó todo atrás: sus estudios, sus amigos, su novio, y emprendió una nueva aventura, o al menos eso creyó, hasta que se dio cuenta de que la vida con su hermano no sería lo que pensó.

No, no iba a aceptar sus reglas, no iba a dejar que le dijese cómo vestirse o que la insultara. Era una chica con el corazón rebelde y la piel caliente, una chica que pensaba apagar su calor a como diese lugar, incluso si caía en lo moralmente reproable.

Un romance erótico oscuro y prohibido no apto para todo público.



EL IDILIO DE MI TÍO



La vida de Susan da un vuelco cuando su padre muere y su madre se ve *obligada* a aceptar una oferta de trabajo en el extranjero, dejando a su hija al cuidado de Xavier, el hermano de su fallecido marido, a quien Susan no conoce.

Lo que no sabe es que Xavier no es un hombre cualquiera, no, él solo quiere jugar con su nueva *muñequita* y cobrar venganza.

«Un relato oscuro subido de tono, no apto para todo público».



LA FANTASÍA DE PAPÁ

Era incorrecto, estaba mal, no debía suceder y, sin embargo, pese a saberlo, la deseaba, la anhelaba como jamás lo hizo con otra mujer.

Cuando Celeste le preguntó si podía llegar a quedarse con él, Dominic no lo pensó dos veces. Tenía muchos años sin ver a su hijastra, pese a que siempre se mantuvieron en contacto, recordaba con gran cariño a la niña de trece años que dejó atrás cuando se divorció de su madre, no obstante, en ningún momento esperó encontrarse con la mujer sensual y extrovertida en la que se convirtió aquella chiquilla a la que tanto cariño le tenía.

¿Podrá Dominic resistir la tentación de probar la fruta prohibida que es Celeste, su hijastra?

Un relato de romance erótico donde sus principios serán cuestionados, y su amor transformado.



EL JUEGO DE MI MARIDO



La primera vez que se lo propuso, creyó que estaba jugando, que no era más que palabras destinadas a insuflar su deseo, a caldear sus encuentros íntimos, no obstante, no fue así, y cuando menos lo esperó, el juego se hizo realidad, llevando a Lisa a un mundo nuevo, donde la mente retorcida de su marido sería la que dirigiría su andar. Un relato lleno de tabú, de erotismo oscuro, en el que Lisa será la protagonista de un juego retorcido que caldeará su cuerpo y perturbará su alma.

¿Podrá Lisa resistir al erótico juego que le propone su marido?



EL SECRETO OSCURO DE MI PAPI



Amor y odio, dos palabras que, por mucho tiempo, fueron sinónimos para Dulce.

Lo amaba y lo odiaba.

Por eso se alejó...

Sin embargo, cuando creyó que había superado su agonía, volvió, solo para que esas palabras cobrasen su significado original y se desenredaran, volcando su vida, convirtiendo su día a día en un torbellino de sensaciones que cada vez fueron nublando más su raciocinio, hasta que sucumbió ante él, el único hombre que amó y odió con toda su alma, el hombre que ayudó con su crianza, un hombre prohibido: su padrastro.

Un relato picante y excitante, donde el tabú es el ingrediente principal.



LA INDIFERENCIA DE MI HERMANASTRO



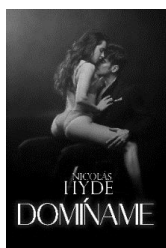
Desde el primer segundo en el que sus ojos se posaron en su estoico rostro, se sintió profundamente atraída por él, por su masculinidad, por su cuerpo fuerte, por sus formas altivas y viriles que enloquecieron su corazón, que estremecieron su cuerpo, sin embargo, él nunca la vio como mujer.

Para Ian, Aurora, solo era una niña. Le molestaba verla, tenerla cerca, y mucho más advertir aquella mirada inocente del color del hielo que lo atravesaba e incordiaba, hasta que un viaje cambia todo, un viaje que le hizo apreciar el dulce y curvilíneo cuerpo de su hermanastra de otra manera y cayó rendido a los encantos de la sirena que nunca deseó.

Un relato ardiente, donde la proximidad forzada los calentará hasta el punto de no retorno.



DOMÍNAME

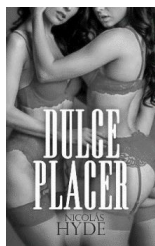


Ariana siempre fue una mujer fuerte e inteligente, una mujer que le gustaba defender sus principios y sus derechos, hasta que lo conoció a él y todo su mundo cambió, deseando que aquel hombre la dominase y cumplierse sus fantasías más perversas, esas fantasías que ni siquiera se atrevía a confesarse en su fuero interno.

Un relato picante donde el juego de rol traspasa a la realidad.



DULCE PLARCE



Se dijo que solo iba a divertirse, a tomar unos tragos y bailar hasta quedar agotada. Emy no tenía otros planes más que relajarse, hasta que la vio, hasta que vio a la mujer más impresionante que alguna vez sus ojos pudieron admirar y su corazón se desembocó.

No quería que su pulso se alterara, sin embargo, el magnetismo que esa elegante mujer ejerció sobre su cuerpo pudo con su psique.

Lo que Emy no sabía es que aquella impresionante mujer escondía un secreto que la haría estallar en una apasionante vorágine de sensaciones.



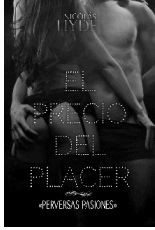
SÉ MÍA

Desde la primera vez que lo vi, supe que era un hombre imponente, un hombre peligroso, capaz de doblegar a cualquiera, capaz de hacer que el alma y cuerpo de cualquier mujer tambaleara, y eso me incluía.

Pero ¿qué tanto me quería él?, ¿hasta dónde podía llegar nuestra relación?, después de todo, él era un hombre prohibido.

Un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.





EL PRECIO DEL PLACER

Camila solo quería llegar a casa y disfrutar de una noche candente al lado de su pareja, sin imaginar que las adicciones de su esposo la arrastrarían a un tétrico lugar en el que un hombre, de aura oscura, la envolvería con sus encantos para que pagase con su cuerpo la deuda de su marido.

Bruno no pretendía aceptar la propuesta de ese estúpido que le debía el alma, no era un hombre al que le gustara perder, no obstante, en cuanto vio la fotografía de la bonita esposa del deudor, no pudo más que recomponerse la bragueta del pantalón y planear su próximo movimiento, el que lo llevaría a retozar junto a esa candente mujer que prendió sus venas e hizo arder su alma.

La tendría, sería suya, la dominaría y se la arrebataría de las manos al idiota de su marido que presenciara el espectáculo desde la primera fila.

Un relato candente en el que la ignominia, el tabú y las apuestas jugarán con su mente y espolearán su deseo.